



UNA  
HISTORIA DE  
**ROJO**

**PABLO POVEDA**

# SECUESTRADA

UNA NOVELA DE POLICÍAS, CRÍMENES, MISTERIO Y SUSPENSE

Pablo Poveda

# Secuestrada

*Una novela de Rojo*

Copyright © 2020 by Pablo Poveda

*All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.*

*This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.*

*First edition*

*Cover art by Pedro Tarancón*

*Proofreading by Ana Vacarasu*

*This book was professionally typeset on Reedsy*

*Find out more at [reedsy.com](https://reedsy.com)*



**Pablo Poveda Books**

Estamos todos rotos, así es como entra la luz.

—Ernest Hemingway

# 1

Un muro de ladrillo era todo lo que tenía enfrente. Maniatado en una silla, el sospechoso estaba demasiado cansado como para resistirse. Respiraba entrecortado, asustado y desorientado. El almacén se hallaba tan oscuro que no podía ver más allá de sus zapatos. Un tubo de luz, gastado, colgaba del techo, parpadeando por momentos.

—No sé nada, os lo juro... —balbuceó el sujeto, con la cabeza gacha—. ¿Queréis dinero? ¡Os lo conseguiré! Pero no me hagáis daño, por favor...

Tras él, los dos hombres con pasamontañas escuchaban las súplicas. Uno de ellos se ajustó los guantes negros de cuero y caminó hasta una mesa, de la que agarró una bolsa transparente con pastillas de color rosa. El otro observaba atento a su compañero, mientras se rascaba el cuello de la camisa. La humedad del recinto se les pegaba a la piel provocándoles un sudor frío y molesto.

El hombre de la bolsita se colocó frente al sujeto de la silla y le mostró las pastillas. Éste lo miró de reojo y entendió que su verdugo no parecía estar dispuesto a perder más tiempo.

—¿Quién las vende? —preguntó, acercándole la bolsa de plástico a los ojos.

—Ya te lo he dicho, se las compro a un camello de la zona...

Respuesta equivocada.

Antes de que terminara la frase, con la mano que tenía libre, el interrogador le propinó una fuerte bofetada que sonó como un palazo contra el suelo. Se oyó un desagradable crujido.

El desconocido que aguardaba tras la silla, contemplaba la situación sin expresar emoción alguna.

—Joder...

—Los listos como tú, me ponen de mala hostia... —dijo, se acercó al tipo y le levantó el mentón con los dedos—. Venga, no seas bobo y deja de hacerte el valiente.

—Sois maderos, ¿verdad?

—Somos quienes te vamos a joder, pero bien, como no hables —comentó la voz que había detrás.

—Todo este sufrimiento es innecesario...

—No, no puedo... Me matarán si digo una palabra.

—Te mataremos si no la dices —añadió el de atrás.

El sujeto de la silla sonrió.

—No, vosotros no lo haréis... La Policía también está metida en el ajo...

Los dos hombres se miraron. El tipo de las pastillas retrocedió un paso y asintió. Uno de los secuestradores agarró una bolsa de plástico por los dos extremos y se acercó al interrogado.

Con fuerza, la bolsa cubrió su cabeza, impidiéndole respirar. Se movió sin éxito, intentando salvarse, mientras que el vaho llenaba el interior del plástico. Entonces la bolsa salió de su cabeza.

—¡Dios! —bramó, acompañando el grito con una arcada—. No puedo respirar...

—¿Quién te ha dicho que seamos policías? —preguntó el que estaba delante—. ¿Acaso te he enseñado una placa?

—Se os huele a kilómetros.

Su respuesta incomodó a los dos tipos.

—Dime para quién carajo trabajas, o más te vale aguantar como un submarinista...

—¡Que te jodan, imbécil! No pienso soltar prenda porque no podéis hacerme nada. Llevadme a la puta comisaría y en unas horas estaré durmiendo en mi cama...

El hombre apretó el puño que tenía libre y miró a su compañero, que aún sujetaba la bolsa.

—¿Le doy otra vez, Rojo? —preguntó Gutiérrez.

El detenido levantó los ojos. Aún tenía el rostro pálido y sudoroso.

—¿Así que ese es tu nombre? ¡Ja,ja! Joder, vaya dos... ¿Inspector o poli a secas?

Gutiérrez se dio cuenta del error que había cometido. Antes de capturar a aquel desgraciado, acordaron que no dirían nombres, ni usarían el arma y ni tampoco cargarían con ningún objeto que los relacionara con su trabajo. Pero, al mencionar su apellido, el plan se había ido al traste.

Rojo se acercó la bolsita de pastillas rosas a los ojos. Las píldoras llevaban un cangrejo tallado en el centro. Sabía que era una marca de autor, como muchas de las drogas de diseño que se fabricaban en los laboratorios clandestinos. Eso ayudaba a hacerlas únicas, por su efecto y por el precio. Sin embargo, aquella se diferenciaba del éxtasis y de toda la porquería que se vendían en la provincia de Alicante. Había llegado a la costa recientemente y todavía desconocían su origen, si procedían del norte de África o las introducían los narcos del Este desde Italia. Lo único que tenían claro era que aquella píldora estaba ligada a la muerte de dos mujeres, ambas de unos veintisiete años. A una de ellas, el narcótico le produjo una alucinación de tal grado, que terminó saltando desde la azotea de su domicilio. La segunda víctima falleció a causa de un infarto, pero antes había sido abatida por dos policías, después de correr desnuda por el paseo de la Explanada e intentar morder a uno de los agentes. En las autopsias de las víctimas, los forenses encontraron la misma sustancia.

¿Quiénes las consumían? Resultaba difícil de averiguar, pensaba Rojo.

El sujeto había recaudado esa noche lo mismo que un camello habitual en dos meses y la carga que llevaba encima era, más bien, escasa.

—¿Sabes lo que hace esta mierda que vendes? —preguntó, apretando la bolsita con el puño.

—¿No es increíble?

—Han muerto ya dos chicas. ¿Te parece gracioso?

—No me vas a hacer sentir culpable... Mis clientes saben lo que se meten... Están advertidos si se pasan de frenada.

Rojo se adelantó unos metros y echó el brazo hacia atrás, con afán de propinarle otro golpe, pero reuló. La mirada del sujeto seguía firme, confiada. Después de enterarse de que eran policías, había recuperado su altivez.

—¿Sabes qué, idiota? Estoy harto de ti.

—¿Y qué vas a hacer, madero? No es por nada, Rojo, pero el que tiene un problema aquí, eres tú.

Gutiérrez, desde la sombra, movía las manos a la espera de una señal para ahogarlo de una vez por todas.

—Tienes razón... —dijo el inspector y abrió la bolsita de plástico—, pero ya lo he solucionado.

La sonrisa invencible de aquel tipo, pronto se transformó en una mueca de pánico. Rojo se echó el puñado de pastillas en la mano izquierda y se acercó al rostro del sujeto. Con la diestra, le abrió la boca.

—Sujétalo bien —ordenó. La cabeza se movió, pero las manos de Gutiérrez la inmovilizaron. El puñado de píldoras entró a la fuerza, a pesar de que la lengua de ese hombre se resistiera. Después, Rojo le cerró la mandíbula obligándolo a tragar. La expresión de aquel desconocido era la misma de quien veía al Diablo de cerca.

Una vez terminó de ingerir, tosió para provocar una arcada sin éxito, intentando desprenderse de los restos de su garganta, pero era ya tarde. Tenía la frente empapada y la cara desquiciada. Se movió hacia ambos lados para romper las bridas que lo sujetaba, pero toda intención era inútil.

—¡Maldito hijo de Satanás!

—Pensarán que te pegaste un festín.

—¡Te contaré lo que sé, te lo juro!

Rojo fingió sorpresa.

—¿Has oído eso, Gutiérrez? —preguntó, señalando con el índice al hombre—. Que dice que va a cantar...

—Tienes que llevarme a un hospital. Tengo menos de una hora de vida... ¡Necesito un maldito lavado de estómago!

Gutiérrez se acercó a Rojo, dejando al descubierto su figura, aunque siguieran ocultando sus rostros con los pasamontañas. Después miró hacia la silla.

—Relájate, hombre. No te conviene viajar tan alterado, que luego te mareas.

—¡Os lo suplico, por favor! ¡Me voy a pegar un paro cardíaco!

Rojo buscó en su cartera y sacó una vieja fotografía, bastante deteriorada. En ella aparecían él y Elsa, su expareja, en Cartagena, poco antes de desaparecer. Le acercó la foto al hombre.

—¿La conoces?

Éste apartó la mirada.

—¡Ayúdame, por favor! ¡Necesito ir a Urgencias!

—Te he hecho una pregunta. ¿La has visto alguna vez?

—Tío, no estoy bromeando. Empiezo a sentirme mal...

—No seas cagón —comentó Gutiérrez, dándole una palmada en la espalda—. Ni siquiera han pasado cinco minutos...

Rojo comprobó la hora y calculó que amanecería en breve. Agarró de la cara al sujeto para que lo mirara y le apretó los pómulos.

—Dime dónde se encuentra y te ayudaré.

Las pupilas del traficante se dilataron.

—Ella... está...

—¡Termina la frase, carajo!

Cuando parecía que iba a dar el último suspiro, su expresión cambió. El sujetó sonrió, las pupilas se dilataron aún más y sus músculos se volvieron rígidos. Gutiérrez agarró a su compañero por el hombro para que se alejara del cuerpo, pero Rojo aún apretaba la cara de aquel tipo. De pronto, un calor febril llegó a él. El inspector se echó hacia atrás y los dos se quitaron los pasamontañas. El desconocido convulsionaba en la silla. Parecía sufrir la misma alucinación de la que hablaban los informes médicos. Algo inaudito para los policías.

—Esto es lo más parecido a un exorcismo que he visto... —comentó Gutiérrez, intentando rebajar la tensión que había en aquel almacén.

En un movimiento brusco, sintieron que una de las bridas se partió, pero no llegó a romperse por completo. Los primeros rayos del sol entraron por las ventanas rectangulares del almacén en el que se encontraban, alumbrando el interior. Como si de un fuego se tratara, Rojo vio aquel cuerpo consumirse hasta la extenuación. Gutiérrez caminó hacia una mesa de aluminio, agarró una botella de whisky DYC y le pegó un trago para aclararse la boca. Después se encendió un cigarrillo mientras contemplaba atónito los vaivenes de aquel ser que había dejado de ser humano, minutos atrás. La escena terminó con una tos seca que le marcó las venas del cuello, hasta que su corazón se detuvo.

El silencio sepulcral inundó el interior del recinto.

—¿Está tieso? —preguntó Gutiérrez—. Yo que tú, no lo tocaría.

Rojo lo miró con fijación y dio un paso adelante, cuando la cabeza del hombre se movió de nuevo hacia él, intentando propinarle un bocado. El policía desenfundó el arma, pero no fue necesario disparar. Ahora sí que se había ido.

—Menudo susto.

—¿A qué ha venido eso de la foto?

—Tenía mis sospechas —comentó y recordó las imágenes de la cinta de vídeo, en la que su pareja participaba en uno de los rituales sexuales de la secta que la había raptado—. He visto esto antes... en alguna parte.

—Ya. —Gutiérrez pegó otro trago a la botella y siguió con el cigarrillo. Rojo se acercó a la mesa, dejando atrás el cadáver, y bebió un poco de whisky—. ¿Ahora qué, *amic meu*?

—¿Con este sol? Será mejor que nos pongamos en marcha.



## 2

A menudo se preguntaba hasta qué punto las personas eran capaces de guardar un secreto, o de ir tras él; si merecía la pena tanto sufrir por otros seres queridos, sin importar quién hiriera a quién.

Gutiérrez se hizo cargo del cadáver. La Policía lo encontraría más tarde en la playa, como tantas veces sucedía, sin muestras de agresión ni ninguna clase de rastro que pudiera delatarles. Muerte por sobredosis. Otro caso más de estupefacientes, pensarían, y así darían carpetazo, por enésima vez, a un asunto de narcóticos. Con los años, Rojo y Gutiérrez habían perfeccionado el procedimiento, aunque eso no los hacía intocables. Aquella noche lo tenían todo planeado para que saliera bien. Antes de abordar al delincuente cerca de su domicilio, acordaron no sumar más cadáveres, pero Gutiérrez tuvo que abrir la boca en el último minuto. Rojo no se lo reprochó. Al fin y al cabo, era quien se encargaba de hacerlo desaparecer. Era su especialidad. No obstante, desde un tiempo atrás, Rojo tenía la sensación de que, más temprano que tarde, al igual que él iba al acecho de una verdad escondida, alguien tendría interés en destapar su arca de los secretos.

El sol brillaba sobre la playa del Postiguet. A primeros de junio, la ciudad se convertía en una sartén ardiente cuando el reloj marcaba el mediodía. El verano estaba a la vuelta de la esquina y, con éste, la llegada del turismo desbordado, el aumento de los robos, de las peleas callejeras y de los casos de importancia menor que se acumularían en las oficinas de la comisaría. Aparcó el Ford Sierra Cosworth blanco en la zona de descarga del mercado de abastos y caminó hacia el bar Guillermo. A pesar de sus ojeras, nadie sospecharía de él allí dentro. Todos sabían quién era y a qué se dedicaba. Sin embargo, no lo tenían tan claro con su compañero, que daba el aspecto de ser un matón recadero.

Cruzó la puerta y se fue directo a la barra, a la vez que pedía un café y una tostada con jamón serrano y tomate rallado para recuperar fuerzas. El bar estaba tranquilo a esa hora, pero no tardaría en llenarse de clientes habituales. El camarero le sirvió una taza y Rojo la agarró antes de que tocara la madera de la barra. Después se bebió el café de un trago.

—Otro.

—Marchando... —dijo el empleado, asombrado, recuperando la taza vacía y regresando a la cocina.

Se sentía inquieto. Comprobó la hora en el reloj que colgaba tras el mostrador. Gutiérrez estaba tardando más de lo habitual. Buscó con la mirada el periódico y agarró el ejemplar del diario Información. Dio un vistazo a la portada y suspiró. Su aversión hacia los reporteros venía del pasado, de sus años en Cartagena. No existía insulto que estuviera a la altura para calificar a esa carroña que vivía a costa de la privacidad de otros. ¿Acaso eran ellos los adalides de la verdad?, se cuestionaba cada vez que leía cómo los titulares sacaban los trapos sucios de otra gente. Basura inmundada, pensó y continuó despoticando en silencio, hasta que dio con un breve que le llamó la atención.

—El segundo café —dijo el camarero, atento a su reacción, pero el inspector se había quedado embozado frente a la página. La noticia recordaba el décimo aniversario de la desaparición de Tamara Sempere, una chica de Orihuela que, una mañana de junio, desapareció para siempre. Alguien se la llevó a la salida de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Alicante. Dos sospechosos principales quedaron en libertad al no reunir las suficientes pruebas contra ellos. Nunca se supo más de la joven. El caso se cerró con un montón de preguntas sin responder—. ¿Rojo?

—¿Eh? Sí, ya voy.

—Y la tostada.

—Gracias...

—Lo mismo, pero el *cafetet amb misteri* —añadió una voz de ultratumba, desgastada por la nicotina de los Winston, que fumaba sin cese. Los movimientos de Gutiérrez arrastraban una brisa perfumada—. *Collons!* ¿Es que no hay otro bar? Con lo que cuesta aparcar aquí a estas horas.

—Llegas tarde —dijo Rojo, levantando la vista del diario—. ¿Qué es esa peste? Te he olido desde la entrada.

—Eres un exagerado. Me he puesto unas gotas de fragancia...

—Déjame adivinar, ¿Varón Dandy?

—Por favor, ¿por quién me tomas? —cuestionó, fingiendo haberse ofendido, e hizo un gesto de modestia, mirándose los hombros—. Ese es tu problema, Rojo, que te rindes a los rollos esos de la metrosexualidad que nos acecha con la llegada de este nuevo siglo... pero no queda otra que joderse y tragar, lo que nos faltaba... Un hombre debe oler a masculinidad y no a crema balsámica. Los tipos de verdad, como yo, los que apreciamos la distinción de clase, usamos Brummel. Nunca falla.

—Tus enemigos se rinden a tus pies cuando te huelen.

—Vete al cuerno, ¿acaso sabes quién era Brummel? Un aristócrata inglés, un sofisticado seductor... Deberías leer más.

—Sí, nunca me fijo en el reverso de los frascos —contestó, se rio y cerró el diario—. Bueno, al grano. ¿Ha ido todo bien?

—La duda ofende, compañero.

El camarero sirvió el desayuno de Gutiérrez.

—Más nos vale.

—Confía en mí, de verdad. Lo siento, ha sido mi culpa.

Rojo lo miró y se mordió el labio inferior. Gutiérrez era más que un compañero, casi como un hermano. Le podía perdonar cualquier cosa.

El silencio los acompañó unos segundos.

—¿Y el dinero?

—A buen recaudo —dijo y le pegó un bocado al pan tostado—. ¿Me vas a contar qué diablos tenías en la mente cuando le has enseñado la foto?

—Ya te lo he explicado.

—No, me has dicho otra cosa. No pensabas en eso. ¿Sigues creyendo que esta gente nos puede llevar a Elsa?

Con el estómago saciado, el cansancio se apoderó de sus músculos. Se echó las manos a la cabeza, agotado, y llenó los pulmones.

—A veces tengo la impresión de que estamos perdiendo el tiempo, de que corremos como

dos ratones hambrientos en un laberinto sin salida.

Gutiérrez no hizo ningún comentario y se limitó a tragar la bola de pan que tenía en la boca. Decir lo que pensaba, en voz alta, hubiese sido más doloroso para su amigo.

Entonces un pitido los interrumpió. Era la alarma del teléfono de Rojo. Sacó del bolsillo del aparato y la canceló.

—¿La loquera?

—No la llames así —dijo el inspector—. Es un recordatorio, nada más.

—Pensé que hablabas en broma...

A Rojo le incomodaba el tema.

—Me sugirieron que lo hiciera, que me vendría bien conversar con alguien sobre mis problemas.

—Me tienes a mí y tienes los bares. ¿Qué más quieres?

—A una profesional, Gutiérrez.

Los ojos del compañero bailaron.

—Joder, Rojo, más serio que yo, que no me asusto ya con nada...

El inspector se levantó, sacó un billete de cinco euros y lo dejó sobre la vitrina de los encurtidos y las ensaladillas.

—A mí tampoco me hace gracia, pero los de Asuntos Internos me iban a tocar la moral si no cedía. Pon tú el resto, anda... Necesito dormir un poco antes de ver a esa mujer.

—¿Es hermosa?

—No la veo con esos ojos.

—Pues ábrelos, que para eso los tienes... Anda, diviértete —contestó y se quedó sentado en el taburete, viendo a Rojo abandonar el bar—. ¡Ah! No te olvides de un detalle importante...

Rojo se giró.

—Sorpréndeme

—Ponte Brummel, ya sabes... por si acaso.

### 3

Era su primera vez. Media hora por sesión, le dijo la secretaria, por teléfono. Deseó que el tiempo pasara rápido. No estaba allí para contarle su vida a una desconocida. Más bien, lo hacía por cumplir órdenes y ajustarse a las exigencias burocráticas, aunque se le diera muy mal aquello.

Llegó antes de la hora prevista. Miró hacia lo alto del edificio y buscó el cartel que colgaba de la segunda planta. La consulta se encontraba en uno de los bloques de viviendas que encaraban la plaza de los Luceros. Subió por las escaleras hasta el segundo piso y tocó a la puerta de la consulta.

El cerrojo se abrió gracias al portero automático. Al otro lado de la entrada, una secretaria atendía a los pacientes que llegaban.

—Vicente Rojo, ¿verdad?

—Sí —dijo él. Le resultaba extraño oír su nombre al completo, y más todavía que lo llamaran así.

—Pase, por favor —indicó la mujer, poniéndose en pie y señalándole la sala de espera—. La doctora Galiana le atenderá en un momento.

—Claro.

Rojo avanzó hasta un pequeño cuarto con un sofá de dos plazas, tres sillas acolchadas y un revistero de mimbre. El suelo era de madera oscura, las paredes tenían un color amarillo vainilla que le recordaban a la clara de un huevo y por el hilo musical sonaban baladas de los años ochenta. De la pared colgaba la orla de una promoción universitaria de Psicología. A medio metro de ésta se encontraba la puerta del despacho y se preguntó si la doctora se esperaría ahí dentro. Suspiró y se sentó en una de las sillas, preparando una batería de respuestas para las posibles preguntas que esa mujer le haría en breve.

«No le hables de ella», se repitió, a la vez que tamborileaba con los dedos sobre los muslos. Aburrido, se puso en pie y se acercó a la orla, curioso, en busca del rostro de la terapeuta, cuando la puerta se abrió.

Rojo echó los hombros hacia atrás, sin estrés alguno.

—¡Oh! Disculpe —dijo la mujer que apareció. De pronto, sus miradas se encontraron. La doctora Galiana llevaba unas lentes que hacían sus ojos verdes más grandes. Ella parecía más sorprendida que él, al encontrarlo mirando la orla—, no quería asustarle.

—No lo ha hecho.

La doctora le regaló una sonrisa cordial. Con sólo unas palabras, podía sospechar qué clase de paciente tenía delante.

—¿Vicente, cierto?

—Sí, pero puede llamarme Rojo.

—¿No prefiere su nombre de pila?

—No. Rojo está mejor —aclaró con su voz grave y lineal—. ¿Comenzamos, doctora?

—Por supuesto, adelante... —sugirió y ella fue la primera en entrar. Rojo siguió sus pasos hasta el interior de la habitación y cerró la puerta.

\* \* \*

La sala tenía un toque austero que llamó la atención del policía, como si la doctora no quisiera invertir demasiado en mobiliario nuevo, o que estuviera esperando el momento oportuno para mudarse a un lugar mejor. En cualquiera de los casos, no le interesaba lo que hiciera con el futuro de su carrera profesional. Era consciente de que había sido su decisión ir a esa consulta por recomendación de los compañeros. Galiana tenía buena fama entre los policías de Alicante, ya que no solía poner problemas a la hora de evaluar con acierto a los agentes que pasaban por allí. Además, era la opción más barata. Rojo no estaba dispuesto a desperdiciar su dinero en terapia de salón. Para su decepción, no encontró ningún diván, ni un sofá cómodo en el que acostarse durante media hora mientras le contaba sus monsergas superficiales. El despacho tenía un escritorio con un ordenador y una lámpara verde, una estantería con libros, dos sillas y un gran ficus junto a la ventana. No era muy diferente a la oficina de una agencia de viajes.

El inspector pegó un vistazo rápido al entorno, en busca de fotografías o señas que pudieran darle más información sobre ella, pero no encontró nada relevante.

—Por favor —dijo la mujer, haciéndole una señal para que se sentara. Él aceptó y se fijó en su cuerpo, menudo y delgado. Tenía una buena silueta, aunque no la sacaba a relucir. El policía también se fijó en su cabello castaño, teñido con mechas rubias y, por supuesto, en los dedos de las manos, con algunas sortijas, pero sin un anillo de matrimonio que demostrara su estado civil —. Antes de nada, quisiera preguntarle si le importaría que grabase las sesiones en una cinta de audio. Escuchar las conversaciones me ayuda a evaluar mejor los problemas.

—Preferiría que no lo hiciera.

—Son totalmente confidenciales.

—No lo haga.

—Como desee... —comentó, decepcionada, y guardó la grabadora de casete en el cajón del escritorio. El inspector se fijó en los vaqueros que vestía y en la fina camisa salmón de la que había desabrochado un botón. Del cuello de la doctora colgaba una inicial dorada—. ¿Hay algo que desee saber antes de comenzar?

—¿Quién se lo ha regalado? —preguntó, apuntando con el índice al colgante.

Ella ladeó la mirada y frunció el ceño, desconcertada.

—¿Es eso a lo único que le interesa saber, inspector?

—Y también su nombre, por supuesto.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sorprendida. No era la pregunta que esperaba oír.

—Sofía Galiana —contestó—. Verá, Rojo, antes de empezar, me gustaría dejar algo claro... No sé qué le habrán contado sus compañeros y puedo hacerme una idea de la situación en la que se encuentra ahora mismo.

—No, no puede.

—Mire, sé que no es fácil cuando se trata de la primera vez, pero agradecería que formáramos un ambiente distendido y cercano. No es el primer agente que viene por aquí.

—Entiendo.

—Como a muchos hombres, quizá le incomode el hecho de que sea una mujer.

—En absoluto.

Ella sonrió ocultando su mirada. Rojo hablaba como un robot.

—Hoy no se lo tomaré en cuenta, ni tampoco el próximo día. Comprenda que es usted quien ha decidido venir a verme y que yo estoy para escuchar y ayudarle, no para juzgar lo que tenga que contarme.

—Lo sé.

—Entonces, comencemos por ahí —comentó ella y se recostó en su asiento, atenta, con la mirada por encima de las monturas, agachando la cabeza y cruzando las piernas—. ¿Por qué está aquí?

—Buena pregunta, sobre todo si ya sabe la respuesta. ¿De verdad quiere que hablemos de eso, doctora?

Ella hizo una mueca. Rojo era un hueso duro, pero pronto se relajaría. Era una cuestión de horas, pensó ella en silencio.

—Tenemos tiempo. Veinticinco minutos para ser más concreta —aclaró—. Pero podemos hablar de lo que quiera, de algo sobre lo que esté arrepentido... Ya le he dicho que no voy a juzgarle, a menos que haya cometido un crimen. En ese caso...

—¿Sí?

—Tendría que contárselo a la Policía.

—Pero yo soy la Policía.

—¿Es responsable de algún delito grave, inspector? —preguntó ella, harta de sus juegos. Rojo se dio cuenta de que la tensión estaba a punto de romper la confianza de la mujer. No era la mejor manera de comenzar, sobre todo si esa terapeuta debía dictar una evaluación positiva acerca de su salud mental. La cordialidad tenía un límite y él no quería arruinarlo todo el primer día. Así que sonrió con pereza, pero lo hizo, como muy pocas veces lograba, para tranquilizar a la persona que tenía delante.

—Puede estar tranquila, doctora —dijo, acomodándose en la butaca—. Soy uno de los buenos.

## 4

No le hizo ningún mal hablar con otra persona, aunque fuera sobre las banalidades de la vida. La primera sesión pasó más rápido de lo que imaginó en un principio. Para un tipo como él, resultaba complicado jugar a ser quien responde a las preguntas, y no al revés. Los interrogatorios dejaban secuelas, después de ver, estudiar y entender a cada una de las personas que habían compartido sala con él. Como muchos policías, logró desarrollar un instinto afilado para detectar las mentiras sin que fueran necesarias las palabras. Las personas cambiaban cuando se sentían observadas bajo la presión ajena, expectantes por la pregunta para actuar rápido y responder con un argumento creíble. El proceso las volvía vulnerables, presas de sus cuerpos, de las expresiones faciales, de los movimientos inconscientes que hacían mientras asimilaban la información en cuestión de segundos. Lo había hecho tantas veces, que ahora tenía miedo a ser él quien estuviera bajo la mirada de esa mujer. Rojo pensaba que las personas eran tan predecibles como los animales domésticos, por muy inteligentes que se creyeran.

Por suerte, al menos en durante la primera sesión, Sofía Galiana no hurgó en su pasado. Él tampoco lo hubiera permitido. El juego de la terapeuta era peligroso: su voz, su postura, sus ganas por mostrar empatía mientras repetía que no estaba allí para juzgarle.

Pamplinas, pensó.

Todos juzgan a todos.

Rojo le contó cómo terminó allí o, mejor dicho, por qué le habían obligado a sentarse en esa silla.

—¿Se considera un hombre violento?

—¿Tengo aspecto de macarra?

—Responda a mi pregunta, por favor.

—No, para nada, pero ahora todo lo solucionan así —dijo con desprecio, apretando los dientes, mientras soltaba aire por la nariz.

—¿Así? ¿A qué se refiere?

—Sin acritud, ¿eh? Pero ya sabe a lo que me refiero... Que si bajas laborales, terapias... En fin, menudeces.

Ella lo miró de perfil.

—¿Es eso lo que piensa? —preguntó la mujer, intrigada por la explicación del policía. Para sorpresa de él, su rostro era puro hermetismo, como si nada de lo que hubiera dicho le provocara una emoción.

—No se lo tome a pecho. Usted pregunta, yo respondo. A la próxima, no pregunte.

La doctora no llegó a comentar. La alarma del teléfono sonó puntual cuando los treinta minutos de sesión finalizaron.

—Será mejor que lo dejemos aquí.

—Vaya, ahora que se ponía interesante.

—Seguiremos por ahí el próximo día —comentó y anotó algo en su cuaderno. Después lo cerró antes de que él pudiera ver lo que había escrito—. ¿Duerme bien, Rojo?

—Uno siempre puede dormir mejor. ¿Me va a recetar unas pastillas en mi primera sesión?

Ella sonrió y miró hacia abajo. A él le gustó aquello. De alguna manera, su humor amargo le resultaba gracioso.

—No, no hago eso, no soy psiquiatra, pero puede tomarse una valeriana y darse un baño caliente. Eso también ayudará.

—Tomo nota. —Rojo se tocó la sien con el índice y se puso en pie para abandonar la sala

—Se lo digo de verdad. Tiene mal aspecto.

—Vaya.

—No se lo tome a pecho.

—En absoluto... Es la cara que tengo. Adiós, doctora.

Rojo era tan contradictorio con sus acciones, como con sus emociones. Abandonó la consulta y salió a la calle. Buscó en los bolsillos del pantalón uno de esos chicles mentolados de nicotina que estaba tomando para dejar su adicción al tabaco.

«Venga, cabrón, ¿dónde estás?», se preguntó sin éxito. En el fondo, lo que quería era fumarse un buen cigarrillo, así que se acercó al primer bar que vio y compró una cajetilla. La primera bocanada supo a rayos, pero el efecto de la nicotina disipó la bola metálica que esa mujer le había formado en el estómago. Se sentó en la terraza de uno de los bares de la glorietta y pidió un café solo para espabilarse. Alguien había dejado el periódico doblado sobre la mesa de aluminio. Era el mismo ejemplar que había leído por la mañana. Rápido, buscó el breve acerca de esa chica desaparecida y lo volvió a leer. Tamara Sempere era un nombre que le resultaba familiar, aunque también su historia. Sempere, a fin de cuentas, era un apellido muy común por la zona. Aquella clase de sucesos le producían escalofríos. Ningún inocente merecía algo así y lamentaba con impotencia no poder hacer nada al respecto. El calor de la tarde aún era pegajoso, pero el sol comenzaba a perder fuerza. Terminó el café, pagó y buscó su coche en el aparcamiento subterráneo. Condujo por el centro, con rumbo al barrio de Benalúa, escuchando las noticias de la radio, cuando una llamada desvió su atención.

Comprobó el número. Era de una centralita.

—Rojo al habla.

—¿Dónde estás? —preguntó Pérez, el inspector jefe de su nueva unidad. Tras el famoso incidente con la muerte de su compañero, a Rojo lo habían cambiado de sección.

—De camino. Estaba en terapia.

Se formó un incómodo silencio. Aquel era un tema delicado para todos, menos para Rojo; le resultaba indiferente lo que pensarán.

—Vale, sin problema. ¿Vas a tardar mucho?

—Depende. ¿Qué ocurre?

—Han preguntado por ti.

—Últimamente todo el mundo lo hace. ¿De qué se trata?

—¿Cambiaría algo si te lo dijera?

«Por supuesto, estoy de mierda hasta el cuello», pensó para sus adentros.

—Si puedo, me gusta llegar preparado.

—Es sobre una desaparición —respondió el superior, sin entrar en detalles—. Hablamos cuando estés por aquí.

La llamada lo dejó boquiabierto. Esperó que Gutiérrez hubiera hecho lo que tenía que hacer y



que aquel asunto no tuviera nada que ver con lo ocurrido con ese camello. Pero Gutiérrez era una caja de sorpresas, además de un descuidado.

Pensó en llamarlo, en pedirle explicaciones, aunque se abstuvo de hacerlo. ¿En qué diablos pensaba?, se cuestionó. Gutiérrez era un profesional. Horas antes, en el bar, le había confirmado que todo estaba en orden. No podía romper su confianza de esa manera, pues era una de las pocas cosas que tenía en la vida.

Debía calmarse. Puede que fueran esos chicles de nicotina, que no servían para nada. Por alguna razón, tampoco podía quitarse de la cabeza los ojos de esa mujer, agrandados por las lentes, mirándole como una lechuza antes de acechar a su víctima.

Dejó el Sierra aparcado en batería junto a un coche patrulla, frente al bar y el local de fotografías de carné y fotocopias, que había al otro lado de la comisaría provincial.

El edificio era nuevo y tenía un aspecto moderno, limpio y ordenado, nada que ver con los agujeros en los que había trabajado años atrás. Cruzó el interior y subió hasta la primera planta, cuando encontró varios rostros familiares.

—¡Rojo! —exclamó Pérez, llamando su atención para que fuera directo al despacho en el que se encontraba con otros dos hombres. Uno de ellos iba vestido de uniforme y el otro no. A medida que se acercaba, sintió un palpito de que algo no iba bien. Al entrar en la sala, una extraña sensación de alivio apartó sus pensamientos sobre Gutiérrez. No entendía aún el asunto, pero estaba convencido de que no tenía que ver con ellos—. Llega a tiempo.

—Buenas tardes, comisario —dijo Rojo, refiriéndose al hombre del uniforme. Había visto a Marchirant en varias ocasiones, aunque nunca llegó a tratar con él más de lo necesario. Llevaba dos años en Alicante, después de haber sido trasladado desde Valencia. Si Marchirant estaba allí, significaba que el caso era serio.

—Rojo, este es el inspector Lledó, de la Brigada Tecnológica —explicó Pérez, apuntando al segundo hombre. Estrecharon las manos y Rojo le pegó un repaso con la mirada, fijándose en los detalles de su atuendo. La primera impresión fue buena, y eso era difícil de conseguir. Le pareció inteligente, espabilado, aunque tenía un cierto aire a rata de cibercafé. Por suerte, a diferencia de otros agentes, había entendido los códigos del lugar de trabajo al que pertenecía.

El inspector pensó que, si esos dos hombres estaban allí dentro, algo gordo e importante se cocía en aquel despacho.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarles.

Pérez miró al superior y después se fijó en Rojo. Era obvio que no querían contarle todo, así que debían medir las palabras con cuentagotas. El alto cargo carraspeó y tomó la iniciativa.

—Inspector, antes de comenzar, me gustaría dejar clara una cosa... —dijo y dio un paso al frente, marcando su territorio, mostrando qué posición ocupaba allí—. Nada de lo que comentemos en este despacho puede salir por esa puerta. ¿Entiende?

—Sí.

—Bien... La razón por la que está con nosotros ahora mismo es porque le pedí a Pérez ayuda sobre un tema muy delicado y él me dirigió a usted. —Rojo no se inmutó con las palabras. Después de los cumplidos, vendrían las exigencias—. He leído su expediente y he hecho algunas llamadas para asegurarme de que era el hombre adecuado.

Rojo detestaba los rodeos y al comisario le encantaban las introducciones largas. De hecho, gozaba escuchándose hablar. Para los demás, resultaba un duro ejercicio de concentración.

—A sus órdenes. ¿En qué puedo servirle, señor?

Marchirant sonrió complacido por unos segundos, hasta que su rostro cambió y se volvió rígido, tenso y serio.

—Usted tiene un largo historial de casos de desapariciones.

—Yo diría que más bien corto... —corrigió. Los ojos del superior se clavaron en él como dos puñales—, pero intenso.

—Tiene que haberse implicado mucho, para cerrar tantos casos con éxito.

—Me limitaba a hacer mi labor.

—La excelencia se logra, no sólo con el buen trabajo, sino también una fuerza motora emocional. ¿Cuál ha sido la suya?

Rojo se sintió desarmado y se preguntó sobre qué diablos iría todo aquello.

—No lo sé, señor. Es mi deber, por eso me hice policía.

—Ya... —respondió y se rascó el mentón—. ¿Está contento en su nueva unidad? Entiendo que no haya sido fácil el cambio de Homicidios a Estupefacientes, después de todo por lo que está pasando.

«Menudo bastardo».

—Estoy bien, gracias.

—Señor... —intervino Pérez, cortando aquel despiadado interrogatorio que el comisario jefe había iniciado contra él—, será mejor que le hablemos de lo ocurrido.

—Sí, claro... —comentó y retrocedió unos pasos. Rojo mantuvo la expresión neutra, como si fuera el portero de un burdel—. Verá, inspector, hace dos noches recibimos un aviso de desaparición. Una chica de veintidós años, estudiante de Farmacia, de familia normal y de estatus medio... Vivía con sus padres, cumplía a diario con su rutina y no era la clase de persona que lo dejaría todo para comenzar una nueva vida.

Rojo pensó en la noticia de Tamara Sempere.

—Sólo han pasado cuarenta y ocho horas. ¿Qué justifica que sea un secuestro y no una desaparición voluntaria?

Marchirant cogió aire. Rojo miró al informático.

—Una llamada —agregó Pérez—, desde el móvil de la chica. El secuestrador telefoneó a los padres y les comunicó que tenía a su hija.

—¿Ha pedido algo a cambio del rescate?

—Eso es lo más sorprendente... Sí ha pedido, pero no dinero. Les exigió que lo denunciaran a la Policía si querían verla con vida, de nuevo. De lo contrario, en cuarenta y ocho horas la mataría.

—A nosotros —repitió Rojo.

—Así es.

Rojo miró al suelo.

—Entonces, se supone que hoy la libera.

—En efecto —afirmó Pérez.

—Caso resuelto, ¿no? —preguntó el inspector, pero su broma no hizo ninguna gracia a los superiores. Marchirant volvió a llenar los pulmones y se acercó a él. Rojo reculó—. No quiero ser indiscreto, pero me gustaría saber para qué me han llamado. No veo cómo podría ser útil mi ayuda en este caso.

—¿Cómo que no? ¿Acaso piensa que vamos a dejar que la suelte y que se marche sin más? Lo atraparemos a la primera y, por lo que me han contado, esta es su especialidad.

Rojo desvió la mirada hacia Pérez. Había lanzado un órdago con él, quitándose de encima el

problema.

—Con todos mis respetos, señor —dijo, apurado—, me temo que confía demasiado en quien ha rellenado ese informe.

—¿Sabe, inspector? Soy un hombre de números y confío en las estadísticas.

—Olvida que me han trasladado a Estupefacientes.

Marchirant lo miró altivo.

—Sé de dónde viene, no crea que no he hecho los deberes. Usted olvida que, poniendo de su parte y haciendo lo que sabe, podría volver a Homicidios por la puerta grande.

\* \* \*

Una vez terminado el áspero recibimiento, el comisario jefe abandonó el despacho, dejando a los tres hombres al cargo de la misión.

—¿Qué ha sido eso, Rojo? —preguntó el inspector jefe—. ¿A qué ha venido esa actitud? Te está dando una oportunidad. ¿Quieres quedarte donde estás? Ese no es tu sitio.

—Lo mismo me pregunto yo, señor —contestó. Pérez chasqueó la lengua y dio un soplido. Lledó guardó silencio, fingiendo que la situación no iba con él, como un mero espectador curioso por lo que estaba aconteciendo. Entonces se dirigió a él—. Tú, ¿qué? ¿No vas a decir nada?

El inspector frunció el ceño.

—A Marchirant no le gustan los impuntuales —replicó, metiendo las manos en los bolsillos—. Le resultan irrespetuosos.

—Pues vaya con el comisario. Menudo sentido del respeto que tiene.

—Basta de cháchara —interrumpió el jefe—. Vamos al tajo, los dos. Ahora que han confirmado la denuncia, tenemos que estar atentos por si vuelven a llamar. Ese lunático nos dará noticias pronto.

—Un momento, jefe. Lo he dicho antes y lo vuelvo a decir —comentó Rojo—: no entiendo para qué necesitan mi ayuda... Consigan una orden, localicen el lugar desde el que se ha hecho la llamada, pregunten a los padres por las amistades de las chicas, organicen un operativo de rescate y establezcan un perímetro de seguridad en cuanto ese desgraciado la suelte. Pero todo eso ya lo sabe usted.

—No, Rojo. Esta vez, no es así.

—¿Quién es la chica?

El inspector tardó demasiado en hacer la única pregunta que importaba. El operativo no podía ser como los demás, ya que la prensa no tardaría en escribir alguna noticia sobre ello. Rocío Quirant, la chica desaparecida, no hubiese llamado la atención de los altos cargos, si no fuera porque era amiga y compañera de facultad de Luisa Valverde, la mayor de las dos hijas de Ramón Valverde, un conocido diputado de las Cortes Valencianas y un peso pesado de la política regional.

—En cuanto supimos que era amiga de la hija de Valverde, Marchirant se lo tomó como algo personal —comentó Pérez. De entrada, a Rojo no le agradó el tufo a interés político que tenía todo el tema—. Por supuesto, la prioridad es salvar a esa chica y detener al captor, pero si la joven fue secuestrada a la salida de la universidad, se abre un abanico de posibilidades que, de dejar suelto a ese sujeto, podrían traernos consecuencias devastadoras.

—¿Quién sabe si no ha interrogado a Quirant para saber más detalles sobre Valverde? ¿O si no ha sido un error y sus intenciones eran otras? —planteó Lledó—. Todo es posible. Lo más probable es que estuviera cerca de ellas, que fuera conocido y, por ende, invisible, ya que nadie vio nada.

—Esto es un disparate...

—¿Algo que objetar, inspector? —formuló el jefe.

—Han secuestrado a una joven durante dos días, que Dios sabe dónde carajo estará, y me están hablando de su amiga, que es la hija de un meapilas de la política...

—Modere esa boca, Rojo. Le estamos dando una segunda oportunidad.

—Y yo me estoy cuestionando por qué lo han hecho.

—Alguien le habló a Marchirant de usted, le contó lo que sucedió con esa joven en Cartagena y cómo destapó la red que contrataban chicas como camareras, para ser prostitutas. Digamos que tiene un ángel de la guarda, en alguna parte. De lo contrario, ahora mismo seguiría organizando redadas en plantaciones de marihuana.

—¿Un ángel? Más bien, yo diría que un arcángel... —respondió, a la vez que se preguntaba quién podría haber mencionado su nombre. De aquel suceso, a esas alturas todos estaban criando malvas, menos uno: Pomares. Tomó una nota mental para informar a Gutiérrez, más tarde. Deseó que fuera una absurda casualidad—. Lo de Cartagena fue un golpe de suerte. Estaba en el lugar correcto y en el momento oportuno. Hice lo que habría hecho usted. No tiene demasiado mérito, ¿sabe?

—¿Y qué me dice de su última operación? Antes del traslado.

Entendió por dónde iba. Lo que meses antes se había convertido en una vergüenza, ahora brillaba como una medalla de plata.

—Quiles era un corrupto y murió por pasarse de listo, pero yo no lo maté.

—Nadie le ha acusado de que lo hiciera.

En eso tenía razón. Nadie lo hizo. A Rojo lo habían trasladado temporalmente de unidad por su comportamiento después de lo sucedido. La muerte de Quiles, la detención de aquella gente en el club de intercambio de pareja, sólo fue la punta de un profundo iceberg. El inspector llevaba demasiados años haciéndose a sí mismo, buscando un amor perdido y saltándose las normas. En una operación rutinaria, toda esa ira terminó aireándose tras la detención de un hombre que golpeaba a su esposa. La respuesta de Rojo, al conocer que ese cretino había convertido la vida de su mujer y de sus dos hijas en un calvario, no fue otra que la de dejarlo con varios huesos rotos y el tabique nasal partido. El acusado negoció una rebaja penal a cambio de no denunciar al policía.

—Venga, inspector, seguro que se le ocurre algo —dijo Lledó, rompiendo el ánimo decaído de la conversación—. No le conozco de nada, pero parece un tipo listo. Si juntamos nuestras mentes, podemos dar con él y sorprenderlo antes de que se salga con la suya.

Rojo lo miró con desdén.

—¿Y tú, de dónde diablos has salido?

No llevaba muy bien a los pelotas, ni siquiera si lo eran para rebajar los ánimos. El silencio, cuando resultaba incómodo, lo era para todos. La fortaleza mental se construía acostumbrándose a él.

—Muy bien, Lledó —alabó el jefe—. Esa es la actitud que necesitamos ahora. Algunos tendrían que aprender de usted.

Antes de que Rojo respondiera, el teléfono del despacho sonó. Los tres miraron al aparato. El

inspector jefe descolgó.

—Pérez al habla. Está bien... Sí, comisario. Vamos a ello...

Su expresión se congeló.

Rojo se dirigió al otro compañero.

—Me temo que nuestro amigo se nos ha adelantado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Algo raro está pasando, y tengo un mal presentimiento sobre cómo acaba la película.

## 6

El inspector jefe coordinó el operativo para que dos coches patrulla y un furgón con cuatro hombres se dirigieran a las lagunas de Rabassa, un pedregal con dos embalses artificiales ubicados al norte del polígono de San Blas. Los lagos pertenecían a la zona salvaje y abandonada de la ciudad, con un plan urbanístico que nunca se ponía en marcha, con independencia de la formación política que gobernara en ese momento. En el presente, aquella zona, lejos de la civilización y muy cerca de la circunvalación de Alicante, se había convertido en un punto de reunión de delincuentes y gentes de mal vivir.

Tan pronto como Pérez dictó las órdenes, Rojo se puso en pie para acudir al rescate de la chica. Sintió un mal augurio de aquella operación, pero prefirió guardárselo. El secuestrador había contactado con los padres de la víctima, por lo que, de algún modo, permanecería al corriente de los movimientos de la Policía. Llegados a ese punto, Rojo sospechó que, lo más probable, la joven estaría muerta.

—¿Viene, o se queda ahí? —le preguntó a Lledó que, con parsimonia, se limpiaba la nariz con un pañuelo de papel, haciéndose el despistado.

El inspector miró al jefe y asintió con la cabeza.

—Acompáñelo. Nunca está de más.

—Claro... —dijo, sin gana alguna y ambos se dirigieron al exterior. En silencio, abandonaron la comisaría, y Rojo se puso las gafas RayBan de aviador y se acercó al viejo Ford —. ¿Es su coche?

—Es vacilón, ¿verdad?

Lledó miró el asiento del copiloto, que estaba sucio y ocupado con multas de aparcamiento, cintas de casete y algún que otro paquete de tabaco, vacío. El inspector le abrió la puerta y echó la basura al suelo.

—Maldita sea, ¿cuánto hace que no lo lava?

Rojo lo miró por encima de las lentes.

—A partir de ahora, nos dejamos de mamoneos. Las lamidas de culo no van conmigo, ¿entendido? —preguntó y giró la llave del contacto. El motor rugió y el inspector pisó el acelerador para que el coche se revolucionara un poco—. ¿Te gusta el rock?

Lledó agarró el cinturón de seguridad y buscó el cierre.

—Sí, claro. Lo típico.

—Perfecto, porque aquí no se escucha otra cosa —respondió y echó marcha atrás. Después metió primera y salió disparado hacia la avenida de Aguilera para unirse a la otra avenida que bordeaba la ciudad y así alcanzar la circunvalación. Por los altavoces de las puertas, Mötley Crüe pegaba los primeros guitarrazos de *Live Wire*, a todo volumen. Lledó tenía el rostro de la incertidumbre, de quien no estaba acostumbrado a la acción y, mucho menos pensaba que el hombre que iba al volante era un adicto al trabajo. Por su parte, Rojo conducía concentrado, sin

levantar el pie del acelerador, hasta que se detuvieron en uno de los semáforos de Babel—. ¿Te puedo preguntar algo?

El copiloto dudó.

—Sí, claro, siempre y cuando no...

—¿Cuánto hace que te ascendieron? —interrumpió, sin dejarlo respirar—. ¿Lo has conseguido todo desde la silla del despacho?

Lledó se rio. A lo largo de su carrera se había cruzado con suficientes tipos así, agentes que no tomaban en serio el trabajo que desempeñaba en su unidad.

—Así que eres de la vieja escuela... No te hacía uno de ellos, la verdad. Pensé que erais más mayores.

—Lo suficiente para tener los huevos pelados. ¿Qué opinas de la chica?

—¿Qué pienso? ¿Sobre qué?

—¿Crees que llegarán a tiempo?

El compañero no entendía las intenciones de su interlocutor.

—Sí, claro. Es lo que pactaron, ¿no?

El inspector zarandeo la cabeza y chasqueo la lengua.

—Llegaremos nosotros antes... Dime una cosa: ¿has visto alguna vez un cadáver?

—No, la verdad es que no.

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Eres virgen?

—¡No! ¡Diablos! ¿Qué clase de conversación es esta?

La luz del semáforo cambió de ámbar a verde. Rojo levantó el pie del embrague, metió la marcha y aceleró.

—Joder, debe de ser tu día de suerte... No te preocupes, siempre hay una primera vez para todo.

\* \* \*

El Ford Sierra llegó dejó la carretera de asfalto y subió por un sendero de grava y matorrales. Los coches quedaban a sus espaldas, lejos de allí, como si aquel lugar no formara parte del escenario urbanita. El tono del cielo cambiaba despacio, forzado por los últimos rayos de sol vespertino, que daban paso al atardecer.

—¿Estás seguro de que este es el camino correcto? —preguntó Lledó, a lo que el inspector respondió con una mirada tajante.

Después oyó un ruido de motor que venía de atrás y comprobó por el espejo retrovisor que eran sus compañeros.

—No debe de estar muy lejos.

—¡Rojo, ahí! —exclamó Lledó, señalando al frente.

El inspector pegó un viraje y frenó en seco, derrapando sobre la tierra y levantando una cortina de humo para evitar el accidente. Delante del vehículo, envuelto en una dura lona de plástico transparente, apareció el cadáver de Rocío Quirant.



Rojo sacó el arma del cinto y bajó del coche, no sin antes dar un vistazo rápido a su alrededor. Lledó lo siguió, así como también hicieron los agentes que llegaban con ellos.

—¡Es ella! —exclamó el inspector, acercándose al cuerpo tendido en el suelo y observando la escena del crimen—. Maldito diablo...

El secuestrador no había cumplido con su palabra, tal y como Rojo pronosticó. Nunca lo hacían cuando no se trataba de un rescate. Por desgracia, la espera no había hecho más que alargar el sufrimiento de la familia.

Rocío estaba desnuda y pálida bajo la manta de plástico impermeable, con los ojos cerrados y el rostro hinchado. Pobre criatura, se dijo. Era una chica joven, con un futuro por delante, lleno de posibilidades, que había sido cortado con una motosierra. Si el infortunio no le hubiera cruzado con ese miserable, pensó, ahora seguiría viva. Se acercó al cadáver y observó sus extremidades. No encontró marcas, ni hematomas evidentes que manifestaran alguna clase de resistencia física. Después la atención se desvió a sus manos, con las que sujetaba una fotografía que no logró ver bien. Cuando se agachó para cogerla, sintió unas pisadas que se acercaron a él.

—He pedido una ambulancia —comentó Lledó, aproximándose por su espalda. Rojo reculó y se alejó del cuerpo—. Será mejor que no toques nada.

Los otros agentes se aproximaron a la escena del crimen.

El inspector entornó los ojos con rabia, deseando cerrarle la boca de un puñetazo.

—Ah, ¿sí? No fastidies... —comentó y buscó el paquete de tabaco que había guardado en uno de los bolsillos—. Un forense será más útil. Dame un *kleenex*.

—¿Qué?

—¿No llevas uno de esos pañuelos de papel encima? Te he visto antes sonándote la nariz.

—Sí, espera... —dijo, intrigado, y le entregó el pequeño paquete rectangular—. ¿Qué pretendes averiguar?

—Este cabrón nos ha dejado un mensaje.

Rojo abrió el pañuelo y se agachó para recoger la fotografía que el cadáver tenía entre los dedos.

—¿Qué hay de no tocar nada hasta que vengan los de la Científica?

Con sumo cuidado, sujetando el extremo con la punta del índice y del pulgar, despegó la película fotográfica de las manos de la chica y se puso en pie.

El corazón se le aceleró cuando comprobó la imagen.

No podía creerlo.

—Me cago en sus muertos... El mensaje soy yo.

Condujo pensativo hacia la comisaría, sin cruzar una palabra con Lledó, quien también podía palpar la incomodidad del asunto.

¿Por qué había dejado una fotografía con el rostro del inspector?, se preguntaron los dos en silencio, sin atreverse a romper el hielo.

Rojo manejaba el volante con violencia, enfadado por la confusión y la pérdida de control de la situación. La radio estaba apagada, necesitaba pensar. Buscó una razón en su archivo mental, un enemigo que se la tuviera jurada desde hacía tiempo, pero no lograba dar con nadie. A pesar de los aciertos y errores que había cometido en los últimos años, tanto él como Gutiérrez, por las buenas o por las malas, se aseguraron de sellar cada caso con candado, es decir, de por vida. La noche estaba a punto de cerrarse cuando llegaron de vuelta al despacho del inspector jefe. Allí les esperaban Pérez y el comisario Marchirant, expectantes por oír lo que Rojo tenía que explicar al respecto.

Pérez señaló a la bolsita de plástico donde se guardaba la fotografía. Era una imagen reciente del inspector,, por lo que se podía deducir que el asesino la había tomado en Alicante. Aquello le sirvió a Rojo para descartar a viejos fantasmas del pasado. La estudió de nuevo, con detenimiento. Aparecía con su indumentaria habitual, el cielo azul de fondo y los ojos protegidos por las gafas de sol. Sin embargo, la habían hecho desde la distancia, tal vez usando un zumo óptico.

—Esto sí que no lo esperábamos —comentó Pérez, abriendo la conversación y elevando la tensión que reinaba en su despacho—. ¿Qué significa, inspector?

Él levantó las cejas, fingiendo sorpresa e ingenuidad.

—Llevo un buen rato haciéndome esa pregunta.

Un estrépito interrumpió el diálogo. El puño derecho de Marchirant golpeó el escritorio, desplazando el teclado del ordenador. El resto de los hombres desvió la atención hacia el superior.

—¡No me venga con soplapolleces! —bramó, en un arranque de furia. Los pliegues de su rostro se contrajeron. Después señaló a Rojo con un gesto intimidatorio—. He visto mucha corrupción en mis veinticinco años de carrera, pero nunca que un asesino se comunicara directamente con uno de los nuestros... Así que cuéntenos la verdad, sin rodeos y sin hacerse el listo... No vacilaré en pegarle una patada en el culo y echarlo del Cuerpo.

Rojo negó con la cabeza. Entendió que sería complicado ganarse su confianza.

—De verdad, no tengo la menor idea de qué va la cosa —explicó y se acercó a la mesa—. Ni qué pretende decirnos con una foto mía... No conocía a esa chica de nada, era la primera vez que la veía.

—¿Hay alguien que quiera vengarse de usted?

Rojo tragó saliva, con dificultad.

—Todos tenemos enemigos, pero los míos no recurrirían a la Policía, me temo...

—No lo está poniendo fácil, inspector —comentó Marchirant—. ¿Se ha preguntado por qué le ha elegido a usted? Es obvio que lo conoce.

—Gracias por aclararlo, comisario.

El sarcasmo de Rojo no agradó al superior.

—La cuestión es qué quiere decirnos con esa foto... Si el próximo será el inspector —dijo Lledó, abriendo la boca de una vez—, o si intenta culparlo de lo sucedido.

—Creo que nos falta algo. ¿Es todo lo que han encontrado?

—Por mucha prisa que se den, los de la Científica tardarán unos días en tener los resultados de la autopsia —añadió Pérez—. Encontrarán algún tipo de fibra o de fluido en el cuerpo de la chica. Siempre lo hacen. Entonces iremos a por él.

Marchirant se dirigió al subordinado.

—¡No tenemos tanto tiempo, Pérez!

Rojo buscaba una razón entre el ruido.

—¿Y qué propone, comisario?

Marchirant miró a Rojo.

—No lo sé, pero no podemos quedarnos a la espera de unos resultados —comentó—. ¿Qué le digo yo ahora a Valverde? ¿Que no tenemos ni la más remota idea de quién puede estar detrás? ¿Y si la siguiente es su hija? Venga, no me toque la moral, inspector. Hay que solucionarlo ya, como sea, antes de que los del diario Información publiquen algo y se vuelva un tema de interés nacional. ¿Comprende?

—No quiero meterme donde no me llaman...

—Pues no lo haga —advirtió el inspector jefe—. Hay que abrir una investigación e interrogar a familiares y amigos relacionados con la chica. Quiero que hablen con toda persona que pueda resultarnos sospechosa.

—Yo iría a su facultad —agregó Rojo—. Si la secuestró allí, lo más probable es que sea alguien de su entorno, una persona cercana de la que nadie sospeche.

—Pues ya sabe, Pérez —dijo el comisario y se rascó la cara—, a mover el culo. Mande a todo dios a interrogar a compañeros, profesores, personal de limpieza... Ponga agentes en el campus a primera hora de la mañana. Quizá nos lleve más tiempo que a los de Científica encontrar algo, pero por lo menos no podrá hacer más daño.

Rojo escuchaba las directrices que daba sin sentido alguno. Era inexplicable. Marchirant no tenía ni idea de cómo abordar aquello. En realidad, no parecía importarle otra cosa que no fuera su amistad política con el diputado Valverde.

—Eso sí que no llamará la atención, ¿verdad?

—No vaya de listo conmigo, Rojo. Es su cara la que sale en esa foto.

—¿Qué pasará con Rocío Quirant y con su familia? —continuó, a pesar de la respuesta—. ¿Vamos a dejar en un segundo plano a esa chica sólo porque era la hija de un desconocido?

Cansado de preguntas que no quería escuchar, el comisario se acercó a Rojo.

—La chica está muerta. Poco podemos hacer ya por ella —explicó con frialdad—. No se preocupe, inspector, alguien de la unidad se encargará de todo lo demás. Ahora tenemos que impedir que esto vuelva a suceder.

—Poniendo escoltas a la hija del diputado. ¿Sabe la imagen que dará?

—Lo que sé es que el año que viene hay elecciones, y Valverde se ha comprometido a presionar a su partido para que aumenten el presupuesto que tenemos. ¿Le parece poco?

—A cambio de nuestra protección, supongo.

—Mire, inspector, mi problema es evitar que haya otra víctima y que esto nos salpique, incluido usted, y el suyo es resolver quién ha enviado una foto con su cara en un cadáver —replicó—. Así que, Rojo, hágase un favor, guárdese los comentarios insolentes y medite con la almohada a quién le ha tocado las pelotas en los últimos años, que seguro que no son pocos los candidatos... Ya le he dicho que conozco su historial. Si estuviera en su pellejo, no me mostraría tan tranquilo. Los muertos pesan, ¿sabe?

Marchirant le estaba sacando de sus casillas.

Rojo apretó los puños con fuerza. Necesitaba un trago, un cigarrillo, echar un polvo. Cargó los pulmones de aire y exhaló.

—De verdad, tal vez deba mantenerme al margen.

Los dos superiores, atónitos, lo miraron.

—Eso lo decidiré yo —aclaró Marchirant.

Pérez señaló a la foto.

—¿No le parece un motivo suficiente?

## 8

El cansancio se manifestó en una potente jaqueca. Cuando la reunión se zanjó, Lledó y Rojo abandonaron el despacho. Sería una larga noche, pensó Rojo, caminando hacia la máquina de café. Buscó unas monedas en el bolsillo pequeño del pantalón y miró las opciones que tenía: chocolate, café con leche, cortado, americano o espresso. Entre los problemas que acumulaba y el corrosivo café, pronto le saldría una úlcera de estómago. Las tripas le rugían por la falta de alimento. No había pegado bocado desde la tarde, antes de la consulta con la doctora Galiana, y el enfado comenzaba a apoderarse de él. Parado ante la máquina, vio al compañero al otro lado del pasillo, trabajando en un escritorio provisional que no era el suyo, con un ordenador portátil de color negro y una expresión de no tener ninguna gana de quedarse esa noche en la comisaría. Para Rojo era evidente que el secuestrador había puesto el ojo encima de él. Marchirant no iba muy desencaminado, lo cual no ayudaba a mejorar su situación personal. Se le escapaba algo, un rastro que no lograba encontrar, una pista que lo llevara a una primera conclusión. Descartó la opción del café y caminó hacia la mesa del nuevo compañero. Necesitaba un aliado allí dentro. Si aparecía un segundo cadáver, lo apartarían del caso.

Lledó levantó los ojos de la pantalla cuando vio la figura del inspector.

—¿Tienes hambre? Son las diez y esto acaba de empezar.

—¿Pizza?

Rojo le hizo una mueca.

—¿Me has visto con cara de salami? —preguntó, impasible, poniéndolo a prueba con su humor—. Vamos a por unos bocadillos al bar de enfrente. Te sentará mejor que esa bomba calórica.

Cruzaron la acera, que ahora tenía una luz amarillenta por el alumbrado público, y entraron al único bar que había abierto en la calle. En la barra cenaban algunos agentes y también clientes habituales, del barrio. El local tenía el encanto de todo bar español que se preciara: una barra de níquel, un televisor en lo alto, una oferta de tapas, limitada pero suficiente y un menú del día que saciaba a cualquiera. A su favor, los propietarios, una familia granadina que había emigrado en los noventa, no hacían ascos a la presencia policial, por lo que se respiraba un ambiente de camaradería y respeto mutuo.

—Dame un minuto —dijo Lledó, bajándose del taburete—. Necesito ir al baño.

—Claro —contestó Rojo, y aprovechando para llamar a Gutiérrez, sacó el teléfono del bolsillo. En una sociedad adaptada a las pantallas táctiles, Rojo todavía utilizaba los terminales con botones y sin Internet. Buscó en la agenda el contacto de su amigo y marcó.

—Vaya, sí que ha durado la sesión —dijo Gutiérrez, al otro lado de la línea.

—No tengo mucho tiempo —señaló—. Necesito que me hagas un favor.

—Claro, ¿qué sucede?

—Una chica muerta. El asesino ha dejado una foto con mi cara en la escena del crimen... Alguien me recomendó para este caso antes de que encontráramos el cadáver. Te daré más detalles cuando los tenga, pero pinta muy mal el asunto. Tienes que dar con Pomares y asegurarte de que no ha sido él.

—¿Pomares? —preguntó Gutiérrez. Al exinspector le sonó extraño. Pomares era otro inspector de Policía, ahora destinado al norte del país y con paradero desconocido. En el pasado había compartido oficina con ambos, durante sus años en Cartagena. Poco más tarde los traicionó e intentó liquidarlos, cuando Rojo y Gutiérrez descubrieron que formaba parte de una red de prostitución de jóvenes. No le dieron muchas opciones. Sus compañeros descubrieron que vivía en una mentira conyugal, ocultando su homosexualidad por miedo al escándalo profesional. Cuando el siniestro caso terminó, ajustaron cuentas con él. Primero lo forzaron a deshacerse del cadáver de uno de los hombres para los que había trabajado. Después le obligaron a pedir un traslado a San Sebastián, una de las ciudades más conflictivas por entonces a causa del terrorismo—. ¿Crees que ha sido él?

—El comisario sabe algo... —comentó, cuando vio al compañero saliendo del baño—. Tengo que dejarte.

—Estamos al habla —dijo y cortó la llamada.

El inspector Lledó regresó a su asiento y pegó un sorbo a la botella de cerveza.

—Avisando de que hoy tampoco estarás para la cena...

—Más o menos.

Lledó se quedó pensativo y apuntó al inspector con la botella.

—¿No te parece curioso? Tú y yo, aquí, compartiendo una cerveza y una tapa, codo con codo en un bar...

—¿Qué tiene de especial? Es lo que hace la gente que trabaja en el mismo sitio, ¿no? Aunque tú no parece llevar una vida común.

—No sé... —dijo el otro—. Paso demasiadas horas frente a la pantalla. No tengo mucho tiempo para socializar.

—¿Por qué te metiste en la Unidad Tecnológica? —preguntó Rojo. El camarero se acercó con el fin de atender a la pareja—. ¿Sabes ya lo que quieres, Lledó?

—No he tenido tiempo de...

—Dos bocadillos de lomo con queso serán suficientes —dictó Rojo. Después se giró—. Es importante que siempre tengas una respuesta para todo, que decidas lo que quieres en esta vida, aunque no estés muy seguro de lo que haces.

—¿Qué cambiará? ¿Me hará más respetable?

—Dejarás de cuestionártelo todo y te tomarán más en serio. ¿Acaso crees que no he notado cómo te guardabas tus opiniones en el despacho del jefe? Si no quieres quedarte el resto de tu vida frente a un teclado, hazte notar.

—Gracias por el consejo... Respecto a tu pregunta, lo hice porque siempre quise ser policía.

—Pero te da miedo la gente.

—Se me dan mejor los ordenadores —replicó y le dio un segundo trago al botellín—. Vivimos en la era de la tecnología y se me da bien. Tengo mucha intuición, pero estoy escaso de don de gente.

Rojo se rio.

—No hace falta que lo jures —dijo y le ofreció el botellín para brindar. Chocaron los vidrios y pegaron un trago—. A mí me se da mejor trincar gente, que arreglar maquinas.

—Lo sé, ya he visto el teléfono que llevas. ¿Por qué te metiste tú?

—Es una larga historia y estoy demasiado cansado para hablar de ella. Será mejor que nos centremos en esa chica. ¿También piensas que se nos escapa algo?

—Una pieza, ¿verdad?

—Por lo menos, tienes olfato —comentó y el camarero sirvió los bocadillos—. El comisario no parece estar muy afinado... montando un despliegue policial en pleno campus, es una respuesta a su mensaje. David contra Goliat. Nosotros somos más fuertes y, por ende, él se creará más inteligente, así que desaparecerá. Ganaremos un día, pero perderemos la ocasión de ser invisibles.

—Tú ya no pasas desapercibido... —dijo y agachó la mirada, meditabundo—. ¿Qué crees que significa la foto? ¿Has pensado en lo que te ha dicho el comisario? Puede que alguien busque ajustar cuentas contigo...

—Dudo que esa persona se tome tanta molestia en algo así... —contestó, pensando en Pomares e incluso en Elsa. Todo le parecía una absurda broma—. No tiene por qué significar nada. Podrías ser tú, o Pérez. ¿Qué más da? Sospecho que intenta jugar con nosotros.

—Pero eres tú quien sale en la fotografía y eso es lo único que tenemos.

—Y es lo que más me inquieta.

La conversación acerca del caso quedó a un lado y el tema derivó a cosas más mundanas sobre la vida diaria, las relaciones sentimentales y las guardias nocturnas. De vez en cuando era necesario desconectar del trabajo, para conectar con el lado humano de cada uno.

Rojo invitó a la cena y Lledó le dio una palmada en el hombro como muestra de agradecimiento. Su primera impresión sobre el inspector no fue negativa, aunque sabía que el otro no pondría la mano en el fuego por él. Era un tipo cauteloso, acostumbrado a trabajar solo, en cierta medida, como él. Eso le ayudaba a entenderlo, pero también a desconfiar de su lealtad. Se preguntó si el carácter hermético y distante que mostraba se debía a las zurras recibidas en más de una ocasión, durante sus años de instituto.

Cuando regresaron a la comisaría, un agente se acercó a Rojo.

—El inspector jefe le espera en su despacho.

—¿Qué sucede?

—No lo sé, ¿pero por qué no contesta al teléfono?

Rojo sacó el aparato y comprobó que la batería estaba agotada.

Lledó esperó atrás, aguardando la decisión final.

—Gracias por el aviso —dijo y miró al otro—. ¿Vas a quedarte ahí o decides por tu cuenta?

—Acabo de llegar a esta comisaría. Será mejor que entres tú solo.

—Por supuesto... —murmuró, le dio la espalda y caminó hacia la puerta de la oficina de Pérez.

Esa noche presintió que el bocadillo le iba a formar una bola en el estómago.

Cuando abrió la puerta, vio al inspector jefe frente a la pantalla de su ordenador. Tenía la expresión desecha, muy diferente a la que había mostrado un par de horas antes. Rojo caminó hasta la silla. Pérez mantenía una conversación telefónica con alguien, a la vez que soltaba monosílabos en voz baja.

—Siéntese —susurró a la vez que sujetaba el aparato—. Por supuesto, señor alcalde, no se preocupe... No, ya le he dicho que no será necesario. No, claro que no... Nos encargaremos de ello.

Colgó con desdén. A Rojo le sorprendió que Pérez se hiciera cargo de las llamadas que eran de Marchirant, pero optó por no hacer preguntas.

—Usted dirá, señor.

—¿Dónde demonios se había metido? Les ha faltado tiempo para desaparecer de aquí.

—En el bar de enfrente. No podíamos ir muy lejos... Es por la chica, ¿verdad?

Pérez se rascaba los padrastrós de los dedos con la uña del pulgar. Estaba nervioso y no tenía muy claro cómo sacar el tema.

—Los de la Científica han encontrado algo —dijo con un tono de preocupación—Malas noticias, Rojo.

—Eso sí que es una sorpresa. ¿Cómo es posible? Suelen tardar semanas en enviar los informes...

—No, todavía no tenemos nada. No le han practicado la autopsia.

—¿Entonces? Ya sabemos que está muerta.

Pérez dio una palmada sobre la mesa, aunque no fue tan fuerte como la que había efectuado Marchirant.

—Modérese, se lo pido. No es el único al que le pone nervioso esta situación... —comentó y sujetó el ratón del ordenador. Después movió la flecha, hizo doble clic en un correo electrónico y giró el monitor para que el inspector lo pudiera ver. Una fotografía apareció en pantalla. Había sido tomada por una cámara digital. En la imagen se mostraba un trozo de papel con una frase mecanografiada—. Mire esto, ¿qué piensa?

Rojo tragó saliva.

En efecto, los restos masticados del bocadillo pesaban más que antes. Se frotó los ojos con los nudillos, aguantó el aliento y fijó la atención en aquella frase.

—Hay un verdugo en la Policía y debe pagar por ello —leyó en voz alta, bajo la atenta mirada del superior—. Aquel que lo proteja será cómplice de sus crímenes. Si en menos de 24 horas no confiesa y no se arrepiente en público de sus delitos, lo pagará con la vida de personas inocentes. Ella sólo es la primera... ¡Será hijo de perra!

—¿A qué se refiere? —preguntó Pérez, elevando el tono de voz. Rojo respiró y contuvo la emoción, antes de delatarse—. ¡Hable! ¿Qué está diciendo? ¿A qué verdugos se refiere? ¿Tiene



algo que contarme? Porque ahora es el momento de hacerlo.

—No, señor. No sé de lo que habla, no entiendo nada, demonios... —dijo, fingiendo confusión—. Lo que me faltaba, otro lunático en el expediente... ¿Dónde diablos estaba esa nota?

—Enrollada en el interior de la boca —aclaró—. Se dieron cuenta al transportar el cadáver.

Rojo lamentó no haberse fijado mejor.

—Maldito loco.

—No, en absoluto. Sabía lo que hacía —replicó el jefe—. Era consciente de que nadie iba a tocar el cuerpo antes que nosotros, y que no lo haríamos en el momento de encontrarla, ya que eso podría interferir en la búsqueda de huellas. Así que también sabrá cómo funcionamos y lo que se tarda en recoger unos análisis forenses. Eso le da ventaja y contaba con ella. ¿Lo entiende?

—Menudo mamón...

—Tranquilícese. Si lo he citado aquí es porque el comisario Marchirant no sabe nada de esto, todavía.

—¿Y a qué espera para contárselo?

—¿Bromea? —cuestionó, ofendido—. Si lo hago, le dejaré fuera del caso, si es que no lo ha decidido ya... Mire, yo tampoco soy partidario de hacer un despliegue en la universidad, pero él es quien da las órdenes. Tanto usted como yo, sabíamos a lo que veníamos cuando nos unimos al Cuerpo...

—Algunas cosas han cambiado mucho desde que lo hice.

—Rojo, mañana formará parte del operativo de la universidad, pero por su cuenta... Quiero que recorra las aulas y que interrogue a quien tenga que preguntar... Si el asesino sabe quién es usted, tal vez lo reconozca.

No era una mala idea, pensó.

—Puede ser. Ahora que conocemos que es obra de un psicópata, lo más probable es que esté allí para vernos fracasar.

—Rojo...

—¿Sí, jefe?

—Tenemos la sospecha de que la siguiente víctima puede ser la hija del señor Valverde —explicó—. El comisario no quiere airear el tema, pero lo cierto es que, desde hace unas semanas, alguien acosa a la muchacha a través de las redes sociales. Cuantos menos lo sepan, mejor, ya sabe cómo se propaga esta basura y más en el anonimato de Internet.

—Por eso tenemos aquí al cerebritito, ¿verdad? —preguntó el inspector y se giró, señalando con el pulgar derecho a Lledó, que tecleaba concentrado en su ordenador portátil, al otro lado de la ventana del despacho—. En fin, usted manda.

—Le pido que no interfiera, ni monte un numerito de los suyos... Eso creará más confusión.

—Me mantendré alerta —dijo Rojo—. ¿Algo más?

—No, por ahora. ¿Tiene alguna cuestión al respecto?

—Sí, ¿por qué yo?

—Esa es la pregunta del millón.

—No, no me ha entendido —corrigió—. Lo que quiero decir es, ¿por qué me han llamado unas horas antes de que el cadáver de esa muchacha apareciera con una foto mía?

Pérez resopló y le mostró las palmas de las manos.

—¿Y qué quiere que le diga? Yo tampoco lo sé, inspector... Secuestraron a esa pobre chica

hace dos días. Esta mañana, el comisario jefe ha solicitado su presencia, por una recomendación de terceros... Eso es todo lo que puedo contarle. ¿Contento?

—No, pero agradezco su honestidad.

—Si quiere saber nombres, tendrá que preguntárselo a él..., aunque no se los dirá hasta que se gane su simpatía. No parece haber empezado con buen pie.

—Es lo primero que pienso hacer.

—Entonces ayude a encontrar a ese enfermo —dijo y apagó la pantalla del ordenador—. Péguese una ducha y descanse unas horas. Le vendrá bien.

—Gracias, señor —dijo y se dispuso a salir, cuando pensó en un último detalle—. ¿Qué pasa con Lledó?

—Irá con usted, mañana.

La expresión de Rojo cambió por completo.

—¿Está seguro? No parece preparado.

—Ni usted en condiciones de actuar a solas. Tómelo como un voto de confianza. ¿Ha terminado, Rojo?

Suspiró agotado.

—Sí —dijo, y se levantó para marcharse—. Acabo de recordar un detalle... El asesino conocía a la víctima. Le cerró los ojos antes de abandonarla.

## 10

Un rayo de luz golpeaba la madera del escritorio. La doctora Galiana observaba el gesto de Rojo, que se encontraba al otro lado de la mesa, sentado en la butaca destinada a los pacientes. No hablaban, sólo se miraban, pero Rojo notaba cómo el aire de esa habitación volvía más y más difícil de respirar.

—¿La mató, inspector? —preguntó la terapeuta, inclinando la cabeza y mirándolo por encima de las lentes. En su mano derecha sujetaba un bolígrafo, a la espera de una respuesta para juzgarlo.

—No, yo no la maté. ¡Nunca haría daño a Elsa!

—Pero su mujer está muerta.

—¡No, no lo está!

La alarma del reloj de la mesita de noche lo despertó.

Rojo abrió los ojos sobresaltado, saliendo de un sueño tan confuso como real. Comprobó la hora. Eran las cinco de la mañana y había dormido cuatro horas y media.

Salió de la cama de un salto, abrió las ventanas y fue directo a la ducha. El fresco de la madrugada se colaba por el pasillo en una corriente de aire. Una vez más espabilado, se preparó para el día que estaba a punto de encarar. Intuyó que no sería una jornada tranquila. El cielo aún seguía oscuro cuando el café gorgoteaba en el interior de la cafetera moka, y en la radio emitían el noticiario de la primera hora.

Rojo prestó atención, a la vez que daba sorbos a la taza, y se alegró de que no leyeran ningún teletipo relacionado con la muerte de otra pobre chica, aunque era consciente de que no tardarían en hacerlo.

Cogió el teléfono móvil y buscó en el registro de llamadas. Después pulsó el botón verde y espero hasta el tercer tono.

—¿Se te han pegado las sábanas?

—No —respondió Gutiérrez con voz ronca—. Ya sabes que no puedo dormir como una persona normal... y veo que tú tampoco.

Rojo sonrió en silencio. Aún recordaba las noches en vela que Gutiérrez pasaba haciendo flexiones en el dormitorio de invitados de su casa, para conciliar el sueño, hasta que decidió mudarse a un lugar propio. En un principio su compañía era bien recibida, pero ambos necesitaban su espacio privado. Con el dinero que habían recogido, Gutiérrez pudo permitirse el alquiler de un estudio cerca de la estación de ferrocarril.

—¿Has encontrado algo?

—Más o menos —musitó—. No he podido localizar a Pomares, pero sí a su esposa. Estuve hablando con esa mujer, pobre de ella... Al parecer, el matrimonio no aguantó mucho en el norte y se divorciaron al año de estar allí.

—¿A causa de la situación?

—Mucho mejor... Eso es lo que esperaba oír cuando me lo contó —prosiguió—. Pomares seguía con sus historias turbias, pensando que su esposa era imbécil. En un despiste, la mujer comprobó el registro de llamadas que tenía en el móvil, telefoneó a un número particular y la aterciopelada y sugerente voz de un joven le saludó con excesiva confianza.

—Supongo que no te lo contaría así.

—No, qué va. Al revés... —dijo y se rio en voz alta—. Le cantó las cuarenta, exigiéndole explicaciones de aquello y ese cabrón respondió abandonando a su familia. Pidió el divorcio, otro traslado y lo mandaron a Irún. La familia regresó a Murcia y no volvieron a saber de él, hasta hace un año, cuando dejó de pagar la manutención de los hijos. Le pareció extraño porque, pese a todo, Pomares era puntual con la pensión. Cuando intentó ponerse en contacto con él, le notificaron que había fallecido unos meses antes, en un accidente de tráfico.

—Qué turbio todo... —comentó Rojo—. ¿Cómo no la llamaron cuando sucedió?

—Pomares había rehecho su vida con otra mujer... ¡Segundas nupcias, Rojo! Es un disparate... La Policía entendería que era su familia más cercana.

—Menudo desgraciado. ¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace un año, así que no pudo ser él.

—¿Y no te resulta extraño? —preguntó y Gutiérrez no abrió la boca. Por supuesto que les parecía insólito, pero sus vidas estaban llenas de incongruencias y casualidades insospechadas—. Hay un tufo en todo esto que me revuelve el estómago. Será mejor que me ponga en marcha.

—Es por esa joven, ¿no?

—Sí, tengo el presentimiento de que alguien intenta ponerme la zancadilla.

—O clavarte el estoque. Sabes que puedes contar conmigo.

—De momento, quiero que estés al margen del caso —respondió. Se escuchó un gruñido insatisfecho al otro lado del aparato—, por la seguridad de ambos.

—Tú mandas.

Se despidieron y Rojo cortó la llamada.

No le agradaba la idea de dejar fuera a Gutiérrez, pero no podía permitir que se implicara demasiado, al menos, hasta que no conociera la razón por la que el asesino se había obsesionado con él. Primero, tenía que averiguar si no era más que un farol para confundir al personal, o si hablaba en serio. En el peor de los dos casos, lo más posible era que también conociera a Gutiérrez y su situación como exinspector de la Policía Nacional. Una vez cortada la tarta de los secretos, habría pastel para todos.

\* \* \*

Una hora más tarde, Rojo aparcaba el Ford Sierra en las inmediaciones de la comisaría. Los servicios de limpieza se encargaban de que las instalaciones desprendieran un olor agradable y el aire se mantuviera fresco y renovado, a pesar de la cantidad de personas uniformadas que recorrían los pasillos a cualquier hora.

Cuando llegó a la primera planta, encontró un grupo de agentes alrededor de la entrada de la oficina del inspector jefe. No serían más de diez, calculó al dar un vistazo rápido. Estaban preparados para la acción.

Rojo caminó hacia ellos y se colocó junto a una agente vestida de uniforme. Tenía el cabello oscuro como el carbón, lacio y brillante, recogido en una cola de caballo que caía sobre su cuello. Su nuca pasaba por unos centímetros el hombro del inspector. Rojo se fijó en el distintivo y ella giró la cabeza al sentir su presencia. Sin mentar palabra, le hizo un gesto con el mentón para que pusiera atención a lo que Pérez estaba a punto de decir. La subinspectora lo advirtió con su mirada de color ámbar y, para sus adentros, el inspector comentó que no veía unos ojos tan hermosos desde hacía años.

La misión que tenían era sencilla: proteger a Luisa Valverde, llevarla a casa y detener a cualquiera que se le acercara con intenciones sospechosas.

En la mayoría de las ocasiones, los ejercicios como aquel no presentaban demasiada dificultad, a pesar del barullo estudiantil que se solía generar en un campus universitario. Los agentes, algunos vestidos de uniforme y otros no, seguirían los pasos de la hija del diputado, informando en cada momento de su posición. Dos inspectores estarían al mando de cada unidad que, a su vez, responderían a las indicaciones del jefe. Rojo escuchó el resto de la charla, desde atrás, sin moverse. Le importaba bien poco lo que Pérez dijera, ya que él no formaría parte de un espectáculo propio del cine. Seguía convencido de que el hombre al que buscaban, no se dejaría ver en un escenario así. Ya había demostrado algunos signos de inteligencia, por lo que no caería en una trampa tan estúpida por una cuestión de orgullo, aunque la idiotez humana tenía límites incalculables.

—Muy bien, dicho esto, pongámonos en marcha —sentenció el jefe y el grupo se disolvió en cuestión de segundos. Cuando la subinspectora se giró, volvió a fijarse en Rojo, que estaba de brazos cruzados, con el trasero apoyado en uno de los escritorios.

Pérez se dirigió hacia él.

—Inspector —dijo y le hizo un gesto a la agente, antes de que se marchara—, quiero presentarle a la subinspectora Ripoll. Ella les acompañará, a usted y a Lledó.

—Vaya, qué sorpresa... Hoy me toca hacer de canguro.

—¿Tiene alguna objeción? —preguntó ella.

Rojo mantuvo la mirada y sonrió.

—En absoluto.

Pérez estaba a punto de decir algo importante. Rojo lo advirtió porque levantaba los talones cuando deseaba hacerlo.

—Verán, es de suma prioridad que vigilen a esa chica y a sus relaciones más cercanas —comentó, cortando la tensión y conduciendo la conversación hacia lo relevante del encuentro—. Anoche, el señor Valverde, por primera vez, recibió la misma llamada que los padres de Rocío Quirant, horas antes de que a su hija se la tragara la tierra. Esta vez, somos conscientes de la magnitud del problema si esa chica desaparece, y las consecuencias que puede tener.

—¿A nivel personal o a nivel profesional?

—No empiece, inspector...

La subinspectora aguantó la sonrisa.

—Ripoll se hará pasar por estudiante para tener un contacto directo con la joven. Al igual que Quirant, ella no está al corriente de la llamada, por lo que no sospechará de nadie. Es nuestro deber protegerla.

—¿Y Lledó?

—Lledó ha pasado la noche rastreando el origen de la llamada. Parece que el sujeto utilizaba una aplicación para desviar su localización a Tailandia... De todos modos, ha insistido en

acompañarle, así que le ruego que no exija demasiado por su parte.

—No pensaba hacerlo. ¿Qué más?

Pérez se dirigió a la subinspectora y asintió para que le diera un segundo a solas con Rojo.

Después, los dos hombres se apartaron unos metros.

—Rojo, ¿recuerda lo que hablamos ayer?

—Como para olvidarlo... Todo irá bien, señor.

Pérez quiso comentar algo más, pero se tragó las palabras.

—Mucha suerte.

La subinspectora Ripoll conducía su Toyota Corolla por la avenida de Oscar Esplá, con destino al campus universitario. La Universidad de Alicante se encontraba a las afueras de la ciudad, junto a San Vicent del Raspeig, a unos quince minutos de allí. Rojo intentaba regular el asiento del acompañante y Lledó, con las gafas de sol puestas, pegaba una ligera cabezada en la parte trasera.

Lo habían echado a suerte con una moneda, ante la resistencia de la subinspectora por subir al viejo Ford. Según sus palabras, prefería ser ella quien condujera, pero tanto Rojo como Lledó leyeron en su rostro la expresión de asco que le produjo ver el interior del Sierra.

—¿Quién diablos se sienta aquí? —preguntó Rojo, aún intentando ajustar el respaldo—. ¿Un niño?

Ella sonrió con timidez. Era la segunda vez que lo hacía, como si se obligara a ocultar sus reacciones.

—No, mi padre, algunas veces —contestó cuando pasaron por delante de la estación de trenes y tomaron la avenida de Salamanca—. ¿Y en el suyo? ¿Sube alguien?

—Sigo sin entender qué le ha producido tanto rechazo. Mi coche es más amplio que este.

—Por supuesto.

Ripoll ya no llevaba el uniforme, sino una camisa vaquera arremangada a la altura del codo, unos pantalones negros ajustados y unas zapatillas deportivas blancas que la hacían rejuvenecer tres o cuatro años. Era obvio que la idea no era mala. Rojo no habría pasado desapercibido.

La subinspectora se mostraba moderada al hablar. No hacía preguntas, ni se alargaba en las respuestas. Rojo supuso que sentiría la presión al trabajar con un desconocido de un rango superior. El inspector se fijó en sus manos, como siempre hacía, y entendió que no estaba casada, ni tampoco comprometida con nadie. Por desgracia, era un signo habitual en el Cuerpo.

—¿Es su primera vez?

—¿Qué? No, para nada —dijo ella, poniendo atención a la carretera. Rojo también apreció su forma de manejar el volante, confiada y precisa.

—Me refería a lo de hacerse pasar por una joven... ¿Dónde ha aprendido a conducir así?

Ella lo miró de reojo.

—En los karts.

—¿Cómo?

—Mi padre es un gran aficionado y me transmitió su pasión. Su sueño era que me convirtiera en una piloto de Fórmula 1.

Tenía sentido, pensó él. Estaba acostumbrada a la velocidad.

—Pero se hizo policía.

—Sí, como usted —contestó tajante y no dio más detalle. Rojo no quería incomodarla y desconcentrarla antes de entrar en acción, por lo que se reservó la batería de preguntas que tenía

para conocerla mejor. Después de unos segundos de silencio, ella volvió a hablar—. He oído algunas cosas respecto a usted y su pasado, inspector.

—Ah, ¿sí? Si no son buenas, seguro que son mentiras.

—Puede ser.

Esperaron varios segundos de silencio, antes de hablar de nuevo.

—Venga, ¿qué has oído?

—¡Ja, ja! Hombres, son tan predecibles... —dijo ella y reprimió otra vez su sonrisa—. Hay quien dice que se ha librado de situaciones muy peligrosas a lo largo de su carrera, pero que ha perdido la cabeza en esta última etapa.

—Hay una mentira en esa frase y no pienso decirle cuál.

—Lo suponía.

Cruzaron la avenida de la Universidad, dejando la música de la radio que sonara de fondo. Después tomaron la circunvalación de Alicante, llena de vehículos a esa hora de la mañana, y salieron por el desvío que llevaba al campus universitario. Rojo giró la cabeza para comprobar que Lledó seguía vivo.

—¡Inspector, despierte! Hemos llegado.

Lledó se quitó las gafas y comprobó mirando por la ventanilla trasera, que Rojo decía la verdad. Pasaron por delante de un aparcamiento y de un enorme edificio con forma semicircular.

—Es ahí —señaló la agente, que continuó hasta detenerse en un cruce, para dejar paso a un montón de veinteañeros cargados de cuadernos, carpetas y mochilas. Al otro lado de la calzada, vieron una enorme escultura que representaba una mano sujetando un lápiz—. La mano de Azorín. Aquí es donde desapareció su primera víctima.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Rojo.

Ella no pestañeó.

—¿Acaso lee algún informe?

—Tiene sentido —dijo Lledó, observando al rebaño de estudiantes que se movía como una masa uniforme—, viendo a todos estos chavales.

Rojo estudió el escenario. Aquella era una de las entradas al campus que conectaba con los colegios mayores y se fundía con los límites del pueblo colindante. En su primera vez, sólo tenía la supervisión de otros jóvenes que, observando su actitud desinteresada e individualista, poco podrían hacer por salvar a la víctima. Así que dedujo que esa mañana, el secuestrador cambiaría de estrategia. La subinspectora entró en la gran extensión de asfalto y aparcó en batería.

—No lo hará por aquí —comentó Rojo.

—¿Qué cree que está pensando?

—No lo sé, la verdad —respondió el inspector—, pero me gustaría averiguarlo antes de que nos veamos en un callejón sin salida.

\* \* \*

A las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana, el resto de los agentes que participaban en la operación estaban listos en sus posiciones y se comunicaban por radio. Varios coches patrulla controlaban los accesos de entrada al Aulario General 2. La parte interior del gran edificio daba acceso a una bella terraza semicircular con una fuente, y a un extenso y agradable parque de



árboles y césped por el que pasear. A un lado del paseo se encontraba el edificio de Ciencias Sociales, dividido en tres partes, y la enorme biblioteca universitaria. Al otro lado, con forma alargada y rectangular, se situaba el edificio Rectorado.

La subinspectora abandonó el vehículo y caminó, mochila a cuestas y como una estudiante más, hacia el aula. Los dos agentes esperaron a que Ripoll se perdiera entre la multitud para que no los identificaran. Según las instrucciones, Luisa Valverde, estudiante de Publicidad, acudiría a la clase de Fundamentos de la Creatividad, que comenzaba a las nueve en punto en el aula A2/D25 de la segunda planta.

—¿Estás preparado para tu primera misión de incógnito?

—Siempre lo estoy —dijo Lledó. Un comentario por el altavoz de la radio interrumpió la banal conversación.

«...El objetivo ha sido identificado y se dispone a entrar en el edificio... Lleva un vestido blanco de una sola pieza, y una carpeta azul... ¿Agente Tres?», dijo una voz masculina.

«Identificado, procedemos a entrar», contestó la voz de otro policía.

«Perfecto. Activen los micrófonos del aula y bloqueen la señal telefónica del interior...».

—¿Y usted, subinspectora, la ha visto ya? —preguntó Rojo, dirigiéndose al pinganillo que llevaba en la oreja.

—Afirmativo —contestó Ripoll—. Está subiendo por las escaleras.

—¿Algo sospechoso?

Ripoll pensó la respuesta.

—No, de momento... Aunque algunos tienen unas pintas muy extrañas. No se queden ahí quietos.

Rojo lanzó una mirada a su compañero.

—Ya has oído, Lledó. Es hora de moverse.

Bajaron del Toyota y se dirigieron hacia la entrada principal del edificio, sin dejar de prestar atención a cada detalle. La sensación fue extraña. Rojo detestaba las aglomeraciones de gente en los espacios cerrados. Estaba poco habituado a rodearse de estudiantes, en su mayoría veinteañeros, y a tratarlos como lo que eran. De joven había vivido otros tiempos, diferentes a los de ellos. Nunca fue a la universidad, ni supo lo que era ser libre, sin tener una obligación a corto plazo. Se fijó en los atuendos, marcados por las modas presentes y pasadas. Leyó los eslóganes de algunas camisetas reivindicativas, como si llevarlas supusiera un acto de rebeldía, un grito contra el sistema. Dedujo que la mayoría no sabía hacia dónde iba y eso le hizo recordar a su hijo pequeño. Por su parte, la mera presencia del inspector despertó el recelo y la atención de algunos con los que se cruzaba por el camino. Aunque Lledó lo hacía mejor, Rojo no se esmeraba en disimular lo que era.

El inspector miró hacia arriba y localizó a Ripoll en la barandilla de la tercera planta.

—Aquí estamos, subinspectora —comunicó al pinganillo. Ella se asomó y los vio abajo. Después siguió hacia el interior del aula.

En cuestión de minutos, cuando dieron las nueve en punto, los pasillos del edificio se vaciaron, como si todos esos jóvenes se hubieran escurrido por un sumidero. Los dos inspectores merodearon por las instalaciones, asegurándose de que las salidas permanecieran vigiladas.

—Todo parece estar dentro de lo normal —comentó—. La esperaremos en la puerta, que nunca se sabe.

Inspeccionaron cada uno de los pasillos de cada planta, hasta que llegaron a la última, donde se impartía la clase de la asignatura. Rojo se acercó al ojo de buey y dio un vistazo al interior. La

sala era espaciosa y estaba a rebosar de asistentes. Apoyado en el escritorio, el profesor se dirigía a los alumnos, a la vez que proyectaba unas diapositivas en una pantalla. El inspector localizó a Ripoll, sentada en las últimas filas, junto a un chico y dos chicas. Más adelante vio a la hija del diputado, escribiendo algo en su teléfono móvil, desatendiendo la explicación del docente. Cuando quiso retirarse, el rostro de aquel tipo lo sorprendió al otro lado del ojo de buey. La puerta se abrió.

—¿Puedo ayudarle con algo?

Rojo dio un paso atrás. No quería llamar la atención.

—¿Tiene un minuto? —preguntó.

—Estoy en medio de una clase, ¿quiénes son ustedes?

Lledó le mostró la placa.

—Actúe con normalidad.

—Claro. —El profesor se giró y pidió a sus estudiantes que realizaran un análisis de la imagen que había en la pared, mientras él salía unos minutos. Después cerró la puerta—. ¿En qué puedo ayudarles, agentes?

—Verá... —arrancó Rojo, pero el hombre le interrumpió.

—Perdón, antes de nada —dijo, disculpándose—, mi nombre es Rogelio Carrasco, soy el profesor de esta asignatura... ¿Ha sucedido algo con alguno de mis alumnos?

Rojo estudió su postura. Carrasco llevaba unas gafas de pasta oscura que hacían sus ojos más pequeños. Vestía un traje gris, entallado, y una camisa blanca con arrugas. Tenía el pelo alborotado y barba de varios días. Le recordó a Woody Allen en una de sus muchas películas, desaliñado y sin malicia.

—No tenía intenciones de interrumpirle, pero ya que ha salido, ¿sabe si ha faltado alguno de sus alumnos matriculados?

El docente se encogió de hombros.

—No paso lista, la verdad —explicó—. Sé que debería, pero no pretendo convertir mi asignatura en una obligación presencial. Son mayorcitos para saber qué quieren hacer con su tiempo, y la universidad es un lugar para aprender y experimentar con nuevas materias, no para sentirse oprimido por un deber. ¿Sabe? Bastante tienen con...

—Ya, ya, eso está muy bien, pero dejemos las moralinas para otro momento... —contestó Rojo—. Estamos aquí porque debemos proteger a la señorita Valverde, supongo que sabrá quién es.

—Sí, claro. Luisa.

—Y también estará al tanto de quién es hija, ¿no? —preguntó. Lledó supervisaba la conversación en silencio. Rojo empezaba a acostumbrarse a ello.

La expresión del profesor era de puro desconcierto.

—Pues, no... No investigo a las familias de los estudiantes, ni tampoco hablamos de asuntos personales durante las clases. Soy un profesor asociado y tengo una vida fuera de estas cuatro paredes. ¿Qué pasa con ella, está metida en algún problema?

—Tranquilo, no sucede nada. Tan sólo le pedimos que guarde la compostura y que actúe con normalidad.

—No lo pone usted muy fácil, inspector...

La charla se vio interrumpida por un ruido ensordecedor de sirena que se colaba por el interior del edificio. Rojo y Lledó se miraron al escuchar un murmullo humano, procedente de la planta inferior, como si se tratara de un tsunami.

—Oh, no... —comentó Carrasco y se giró hacia la puerta.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó, Rojo.

—¡La alarma anti-incendios!

El bullicio crecía en cada una de las salas, como si una explosión en cadena reventara de forma coordinada.

—Es un simulacro, no haga caso —respondió Rojo. Los estudiantes empezaron a inquietarse. El volumen aumentó—. Dígales que se calmen.

—Sí, por supuesto. Como si fuera tan fácil.

—¿Conoce el protocolo?

—¡Ya le he dicho que soy un profesor asociado! —exclamó, maldiciendo su día.

Inseguro, el docente entró para pedir calma a los presentes. Después, rogó que salieran de manera ordenada, pero los estudiantes no escucharon sus súplicas.

—¿Qué es todo esto, Rojo?

—Mierda, Lledó. No hagas preguntas, ¡ya sabes qué es todo esto! —respondió, exaltado—. Ese cabrón nos ha tendido una trampa... ¡Avisa por radio! ¡Que controlen todas las salidas! Voy a por Ripoll y a por la chica.

—¡No tengo radio!

—¡Pues llama por teléfono, carajo!

En cuestión de segundos, una marabunta de jóvenes, procedentes de las diferentes aulas, inundaron el pasillo circular en el que se encontraban. Rojo y Lledó se separaron a causa de una embestida, propia de un encierro de toros.

Los estudiantes salieron del aula, vaciándola en segundos y uniéndose a la corriente humana que corría hacia las escaleras.

—¡Ripoll! ¿Me oye? —preguntó por el pinganillo, pero la señal se había perdido. Se quitó el auricular y abordó a la agente—. ¿Y Valverde?

Desconcertada, miró a su alrededor. El profesor permanecía arrinconado, en un extremo de la sala, junto a varios estudiantes que esperaban para salir.

—Estaba en las primeras filas, tiene que haber salido ya.

Por una de las ventanas que daba al exterior, se podía ver cómo la masa de estudiantes se esparcía por el aparcamiento.

—Maldigo mi sangre, están saliendo ya...

—¡Vamos, vamos! —ordenó Rojo y abandonaron juntos el aula.

Los agentes corrieron, abriéndose paso entre la multitud, fijándose en los rostros que tenían a su alrededor.

—¡Es ella! —indicó la subinspectora, refiriéndose a una chica con vestido blanco, que caminaba apresurada, varias filas por delante—. ¡Abren paso!

Bajaron las escaleras con dificultad y llegaron a la planta baja, siguiendo la trayectoria de la joven, hasta que Ripoll la alcanzó, agarrándola por la mochila. Entonces Rojo se dio cuenta del error.

—¡No!

La muchacha se giró, asustada por el tirón de la agente. En efecto, no era ella. Las sirenas de la Policía y de los Bomberos se fundían en un estridente bullicio, generando más ruido y más confusión.

—¡Joder! —gritó Ripoll, en un gesto de impotencia, y se disculpó por la equivocación. La joven desapareció por la puerta.

Fatigado, Rojo llegó a ella. La entrada principal se vaciaba. El camión de los bomberos aparcaba frente al edificio y el inspector no tenía la menor duda de que se la habían vuelto a jugar.

«... *El objetivo no ha salido del aula, repito, el objetivo no ha sido identificado en el exterior...*», comunicó una voz a la subinspectora.

Lledó acompañaba al profesor y a cuatro alumnos más hacia la salida.

—La hemos perdido —dijo Rojo, molesto por el fracaso—. Valverde no llevaba mochila.

—Estaba ahí, yo la he visto...

—Déjelo, Ripoll.

El jefe de bomberos irrumpió en el edificio.

—¿Están todos fuera? —preguntó.

—No lo sé, pero no existe ningún fuego —respondió Rojo. El grupo de estudiantes que acompañaban al profesor Carrasco lo miraron incrédulos—. Ordenen el cierre de todas las salidas. Si aún sigue alguien aquí dentro, lo encontraremos... aunque yo no me haría muchas ilusiones.

## 12

Los minutos no avanzaban en el contador de su reloj. Sentado, Rojo juntaba las yemas de los dedos formando un triángulo con las manos.

—¿Se siente culpable por lo que ha sucedido? —preguntó la doctora Galiana, con las piernas cruzadas, al otro lado del escritorio. La terapeuta escuchaba con atención a su paciente, pero éste estaba teniendo uno de esos días complicados.

—¿Yo? ¿Por qué tendría que ser responsable?

—Respire profundamente y relájese —contestó ella—. No le estoy juzgando. Tómese el tiempo que necesite.

El inspector observó la planta que había junto a la ventana. Se fijó en el macetero. Después recorrió con la vista la estantería de libros que tenía la doctora detrás: manuales, títulos súperventas y novela negra.

¿Qué demonios?, pensó, y se cuestionó si alguien más se habría dado cuenta de aquel detalle.

—¿Vicente?

—Sí, siga aquí —dijo y separó las manos—. No me gusta que me tomen el pelo... Esa es la razón por la que estoy molesto. Ese hombre se ha burlado de mí, delante de todos.

—¿Por qué cree que se dirigía a usted y no al Cuerpo, en general? —preguntó. Rojo emitió un gruñido. Esa fue su respuesta. Decir algo más, habría sido excesivo—. Entiendo. ¿Teme que lo sucedido provoque una reacción negativa en los medios?

Él se rio.

—Me es indiferente. Nunca leo la prensa amarilla.

—¿Y en sus compañeros?

El inspector emitió un segundo gruñido, esta vez sin rabia. Buena pregunta, se dijo. Por supuesto, con la desaparición de Luisa Valverde, todos los dedos acusadores apuntarían hacia él.

—Doctora, la verdad es que no sé por qué le estoy contando esto, ni tampoco por qué razón tenemos que hablar de mi trabajo.

—Es usted quien ha empezado. Le he preguntado cómo le había ido el día.

—Pues ya lo sabe. Ha sido un completo infierno. ¿Algo más?

La mujer apoyó la cara en los dedos y observó al paciente. Rojo contenía la rabia y eso lo hacía más interesante de analizar.

—No, nada más, por ahora... —comentó, anotó algo en su cuaderno y lo cerró—. Hablemos de momentos positivos, eso le vendrá bien. ¿Qué relación tiene con su hijo? Mencionó que tenía uno, ¿verdad?

—Sí... —dijo, cabizbajo—. Vive con sus abuelos, es decir, mis padres.

—¿Cómo es su relación con él?

Rojo levantó la cabeza y le clavó la mirada.

—Es.

—Comprendo... ¿Qué hay de su madre? Entiendo que no están juntos.

—Asume bien... —contestó, incómodo—. Doctora, ha dicho que hablaríamos de algo positivo. Su madre no es un buen tema para comenzar.

—Esto sí que es curioso.

—¿Sí? Seguro que se lo dice a todos sus pacientes —respondió el inspector, cada vez más nervioso. Mencionar a Elsa era como invocar al mismísimo Diablo. La doctora Galiana abrió de nuevo el cuaderno y garabateó una frase ilegible. Rojo comprobó la hora. Apenas habían pasado unos minutos desde el último chequeo—. ¿Qué escribe ahora?

Paciente, la mujer respiró hondo y contuvo la ansiedad. La tensión arañaba las paredes, provocando un clima insoportable en el interior de la consulta.

—Tiene que confiar en mí y dejar que haga mi trabajo... —dijo con voz calmada, buscando la manera de relajar a la fiera que tenía sentada al otro lado del escritorio—. De lo contrario, no podré ayudarle, ni hacer un diagnóstico, ni tampoco saber cuál es su conflicto...

—Todos tenemos problemas personales y debemos aprender a gestionarlos por nuestra cuenta... ¿Hemos acabado?

La doctora Galiana comprobó la hora. Aún quedaban quince minutos para que la sesión llegara a su fin, pero no veía la forma de continuar con aquel hombre.

—Sí, usted gana.

—Estupendo —dijo, y se puso en pie—. Ahora, si no le importa, tengo que ocuparme de un problema más serio. Hay una joven desaparecida en manos de un sádico, y necesita que la encuentre viva, porque si no lo hago, aparecerá en una cuneta, envuelta en plástico, desnuda y sin vida.

Los ojos de la mujer estaban a punto de romper en llanto, a causa de la presión. Las palabras del policía sonaban como los rugidos de un tigre furioso.

—Por supuesto —dijo ella. El inspector caminó hacia la salida—. Rojo, le recomiendo que no fume por unos días. Está muy alterado.

Él se giró a la altura de la puerta.

—Por supuesto, doctora. En eso estaba pensando ahora mismo.

\* \* \*

Se había limitado a desaparecer. Le estaba agarrando el gusto a aquello. Consideró que le ayudaría hablar con esa mujer, pero no había hecho más que empeorar su estado de ánimo. Después de fumarse varios cigarrillos de camino al bar Guillermo, se apoyó en la barra y pidió un irlandés con hielo para apaciguar el malestar. Gutiérrez no tardó en aparecer por allí, acudiendo al grito de socorro que su compañero le había dado. Sorprendido al ver el estado del inspector, el expolicía pidió una cerveza y se sentó a su lado.

—¿Cómo estás, *amic meu*?

—Tocado y hundido —respondió, moviendo el vaso para que el whisky derritiera el cubito de hielo—. Este es mi final, Gutiérrez.

—Vamos, Rojo. No te pongas llorón ahora, después de todo lo que hemos pasado juntos... Sólo tenemos que encontrar el hilo del que tirar.

El inspector irguió la espalda y levantó la cabeza.

—Esto es diferente. Lo que más me molesta es que soy incapaz de averiguar quién se está riendo en mi cara. ¿Estás seguro de que Pomares es historia?

—Sí, y criando malvas —contestó y le dio un sorbo a la cerveza, manchándose el bigote de espuma—. He hablado con su última novia. Ella fue quien lo enterró. No te vuelvas loco... ¿Te haces la idea de la cantidad de malnacidos a los que hemos dado caza? Me pongo a pensar y pierdo la cuenta. Tenemos más trofeos que el Real Madrid...

—La chica que ha desaparecido es hija de un diputado regional, Valverde. ¿Te suena el apellido?

—Ah, sí. El estirado ese...

—A su vez, es amigo del comisario jefe, por lo que, si le pasa algo a esa joven, Marchirant va a necesitar un culpable, y ya lo tiene...

—¿Cómo es que no has regresado a la comisaría? —preguntó Gutiérrez, expectante por una aclaración.

—Me faltaba cuerpo para aguantar un asalto sin perder los nervios —explicó el compañero—, así que he ido directo a la consulta...

—¿Has vuelto a ver a esa mujer?

—Sí, ¿algún problema?

—No, aunque me sorprende que confíes antes en una desconocida que en tu amigo.

Rojo lo miró. Estaba decepcionado.

—No te lo tomes como un tema personal —aclaró—. Necesitaba hablar con alguien que no me conociera nada. Eso es todo.

—¿Y te ha servido de algo?

—No.

—Lleva cuidado, Rojo. Esa gente es tan nociva como el tabaco, pero más cara. Te hace sentir bien y te cobra cada vez que vas. No deja de ser un vicio como otro cualquiera.

—Ya... —dijo, y el teléfono comenzó a vibrar. Comprobó la pantalla y vio un número de muchas cifras. Podía hacerse una idea de quién llamaba—. ¿Sí?

—¿No debería estar aquí, inspector? —preguntó una voz femenina. Tardó unos segundos en reconocer a la subinspectora Ripoll al otro lado de la línea. Suspiró aliviado, podría haber sido mucho peor—. Dijo que tardaría unos minutos y han pasado ya más de cuatro horas.

—Demonios...

—Sé que no debería pedirle explicaciones, ni hacer esta llamada, pero van a rendir cuentas como no aparezca cuanto antes. Alguien ha filtrado lo sucedido, a la prensa.

—Gracias, subinspectora.

—Hay algo más.

—¿Ha preguntado Pérez por mí?

—Deje de pensar en usted por un momento —replicó. Su tono era precavido, como si estuviera evitando que la escucharan—. El profesor y los alumnos siguen aquí. Lledó los está interrogando para saber más sobre Luisa Valverde, pero necesita que le echen un cable.

—Sé a lo que te refieres.

—Por mi parte, he descubierto un detalle que se nos ha pasado por alto esta mañana. Por suerte, quedó registrado en las cámaras de vigilancia. Me debe una.

—Voy para allá. Buen trabajo, Ripoll.

—No tarde.

Las palabras de la subordinada tenían un halo esperanzador.

Rojo colgó, sacó un billete de diez euros y se puso en pie.

—¿A dónde carajo vas ahora? —preguntó Gutiérrez.

—A enfrentarme a mis problemas, que ya es hora.

—Bien... ¡Rojo! —exclamó desde la barra—. Sabes que aquí me tienes para lo que necesites.

—Lo sé, gracias.

—Cualquier cosa.

El inspector asintió y salió del bar.



Cruzó el interior de la comisaría, sin detenerse a saludar a las caras conocidas con las que se encontraba a su paso. En cuanto vio a Ripoll, se aproximó a ella.

—¿Me he perdido algo más? —preguntó, acercándose a la pantalla del ordenador. La subinspectora revisaba las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio universitario. Diferentes ángulos habían captado el momento de la estampida. Eran imágenes a color, desde lo alto de las columnas, pero sin una nitidez notable que permitiera identificar a los sujetos. De pronto, vieron a la chica del vestido blanco, uniéndose a la masa de jóvenes y saliendo por el pasillo de la tercera planta. Después aparecían los agentes—. Le dije que no llevaba una mochila. ¿La han interrogado?

—No, no sabemos dónde está, ni tampoco quién es, de momento... —explicó la agente—, pero es la única que lleva un vestido blanco. ¿Lo ve?

—¿Qué quiere decir? ¿Que no abandonó la sala? El edificio se encontraba vacío, subinspectora.

Ripoll se cruzó de brazos y miró al superior.

—Sé lo que vi. Esa chica estaba delante de mí y le aseguro que en la sala no quedaba nadie.

Alguien interrumpió la conversación.

Un agente acompañaba a los estudiantes y a su profesor hacia la salida.

Rojo les dio un vistazo y saludó a Carrasco. Una joven de cabello rubio, con pecas en la nariz y los ojos de color esmeralda, se detuvo tras él. Entre sus pechos caía un colgante del cuello, que magnetizaba los ojos de los hombres.

—Lamento lo que ha sucedido, agentes —dijo el profesor, representando al grupo. Por sus caras, ninguno de ellos quería estar más tiempo allí—. Su compañero nos ha tomado declaración, aunque si hay algo en lo que pueda ayudarles, no duden en decírmelo. He dejado mi número de teléfono.

—¿A todos? —cuestionó Rojo, contemplando a los cuatro.

—Sí, nos la ha tomado a todos.

—¿Podemos irnos ya, Rogelio? —preguntó la chica rubia. Rojo le hizo una mueca a su compañera.

—Un momento, ¿conocíais a Luisa?

Los estudiantes asintieron.

—¿Por qué habla de ella en pasado? —replicó un de los chicos. Era alto, casi como Rojo, y muy moreno, con las cejas gruesas y la barba cerrada. La pregunta provocó una reacción en él—. ¿Acaso también está muerta?

—Es una forma de hablar, chaval. ¿Cómo te llamas?

—Raúl.

—Pues relájate. ¿Acaso eres su novio?

El chico tensó la mandíbula, conteniendo la respuesta. Antes de que hablara, el profesor intervino.

—Ha sido una mañana muy larga, inspector —comentó, apaciguando los ánimos—, y los chavales necesitan un respiro.

—Todos lo merecemos.

—Déjeme que los tranquilice... Hablaré con ellos y le prometo que colaborarán. No han hecho nada, ustedes lo han visto.

La subinspectora carraspeó cuando el inspector jefe, vestido de uniforme, irrumpió en la sala.

—Está bien, pueden irse, pero no muy lejos.

El grupo desapareció por las escaleras que llevaban a la planta baja.

—¿Está pensando lo mismo que yo, inspector?

—Déjeme adivinar... El profesor tiene una aventura con su alumna. ¿Qué hay de malo en eso? Es legal.

—El chico sabe algo.

—¡Rojo! —gritó Pérez, desde el pasillo, estirando el brazo y señalando a su despacho sin detenerse—. ¡Ahora mismo!

Las pisadas del superior pausaron el tiempo por unos segundos.

—Haga una cosa por mí, Ripoll. Lea las declaraciones que han dado, lo más probable es que hayan mentido —respondió, mientras veía cómo Pérez iba enfilado a su oficina—. Luego entérese de quién es cada uno y qué relación tenían con Rocío Quirant y con Luisa Valverde. Puede que encontremos un nexo.

—Y usted, ¿qué hará?

—Lo de siempre, contener los golpes, ¿qué cree? —dijo, haciendo referencia al jefe.

—¿Y si no sale vivo?

—Entonces hágalo por las chicas, subinspectora.

\* \* \*

Había perdido la cuenta de las visitas a ese despacho en las últimas cuarenta y ocho horas. El inspector jefe lucía el uniforme impoluto, planchado y sin arrugas. Rojo sospechó que se habría reunido con alguna personalidad importante para presentarse de tal guisa. De pie y frente a la mesa, Pérez hablaba con alguien por el altavoz del teléfono, mientras caminaba en círculos por la habitación. Por su tono de voz, Rojo supuso que esa persona era el comisario.

—Aquí le espero —dijo y pulsó el botón que cortaba la llamada.

—¿Señor?

El jefe se frotó la frente con los dedos.

—El comisario está de camino. Me lo cuenta a mí, o puede esperar a que llegue él.

—Desde el principio le dije que sería un error.

—No, no me refiero a eso, Rojo. Quiero que me hable de... lo otro.

—¿Lo otro?

—¡Maldita sea! —exclamó y se agarró el tabique nasal, a causa del dolor de sienes—. No me obligue a hacer algo que no quiero... ¿De qué va todo esto? ¿Qué es lo que ha hecho que esconde?

Rojo aguantó la respiración. Su corazón latía con fuerza.

—Puede comprobar mi ficha. Está todo en regla.

—¡Eso ya lo sé, cojones! —gritó, perdiendo las maneras—. ¿Es que no lo entiende? Sea lo que sea que hiciera, no dudo de que tuviera sus razones, pero está llevando lo personal a lo profesional y ese tipo va a arruinar su vida igualmente. Al menos, sea un hombre de honor y ahórrese más víctimas.

Pero el inspector no iba a ceder a las presiones.

—Sigo sin saber de lo que habla, mi historial...

—Sí, sí... Sirvió en Cartagena, cerró con éxito más de tres cuartos de los casos que investigó..., es un hombre de honor con el pasado limpio, a excepción de lo sucedido con su último compañero de unidad..., razón por la que Asuntos Internos, sin cuestionárselo, pidió una revisión de su situación y le dieron una segunda oportunidad, enviándolo a Estupefacientes... ¡Venga ya, hombre! ¿Se cree que soy imbécil?

—En absoluto.

Pérez se dirigió a él, levantando el índice y cerrando el puño.

—Si no quiere hablar conmigo, no lo haga, pero pretendo tenderle una mano antes de que le caiga todo el chaparrón, ¿entiende? Esta es mi comisaría y velo por ustedes —explicó con resignación—. Marchirant puede echarse las flores que quiera, pero soy yo quien se preocupa por lo que les suceda.

Las intenciones eran buenas, aunque Rojo no iba a morder el cebo de una trampa tan vieja. Se acercó al escritorio y lo miró como si nunca hubiese roto un plato.

—Tiene que creerme, señor. Le estoy diciendo la verdad.

La cerradura se abrió. Los hombres se separaron y la colonia del comisario contaminó el aire. Se oyó un estrépito al cerrar la puerta.

—Entonces, inspector Rojo —dijo Marchirant, acercándose como una sombra hasta situarse en medio de los dos hombres—, cuéntenos por qué en su expediente no figura una sola palabra sobre la desaparición de su pareja, o acerca de Gutiérrez. ¿Le suena ese apellido?

Rojo reculó. Un sudor frío le brotó del pecho.

—No entiendo qué tienen que ver ellos con todo esto.

—Yo sí —dijo el comisario—. Gutiérrez, según mis fuentes, además de ser un alcohólico con graves problemas de autoestima, fue un policía violento y corrupto al que echaron del Cuerpo hace un tiempo. Este hombre, por si todavía Pérez lo desconoce, fue su compañero durante años en Cartagena, ¿me equivoco? Y, tal y como me han dicho, han seguido en contacto desde entonces.

—Vaya, ¿me ha puesto unos *paparazzi*?

—¿Quiere que le cuenta al inspector quién era su pareja?

—¿Eso es todo lo que tiene?

—Señores... —intervino Pérez, pero la tensión entre los dos aumentaba. Rojo pensó que, si Marchirant no hubiese sido quien era, hacía rato que sus dientes habrían volado por el aire—, guardemos la calma.

—Puedo cesarlo, suspenderle el sueldo y mandarlo a su casa ahora mismo, para siempre —dijo con voz grave y dio un paso al frente, invadiendo el espacio del inspector. El alto mando demostraba su poder, sacando pectoral, con el uniforme lleno de condecoraciones y dejando claro quién era el macho alfa de aquel despacho. Por su parte, Rojo, como un lobo solitario, no se

achantaba a las artes intimidatorias del mandamás de la comisaría. No le temía, y eso lo volvía más peligroso.

—Haga lo que considere, tengo la conciencia muy tranquila.

—Rojo... —dijo el inspector jefe, pero la cabeza de Marchirant se acercó un poco más, abrumándolo con su fuerte colonia. Pérez no se atrevía a moderar la situación.

—Admítalo, asuma la verdad y dele a ese desgraciado lo que nos pide.

—No pienso decir en público algo que no es cierto —replicó el policía—. Fue usted quién ordenó ayer la chapuza de hoy.

—¿Acaso es consciente del agujero en el que está? Estoy a un segundo de tapanlo para que se pudra en él.

Rojo sonrió. Marchirant estaba llegando a su límite.

—Señores...

—¿Y eso no es abusar de la autoridad?

—¡Por favor, señores! —insistió Pérez.

Los dos hombres se giraron.

—¿Por qué me interrumpes, inspector?

—Hemos recibido un correo electrónico... —señaló, y un silencio perturbador enfrió la conversación. Cuando lo abrió, encontró un vídeo adjunto en el que aparecía Lidia Valverde—. Lo acaba de enviar el secuestrador.

La calidad de la imagen era tan mala como la del sonido. El vídeo había sido filmado con un teléfono móvil. Sospecharon que una de las razones fuera transmitir el mensaje sin que la Policía pudiera averiguar dónde se encontraba Luisa Valverde. El secuestrador podría haber utilizado una red inalámbrica cualquiera, incluso sin abandonar el campus universitario. En el fragmento de vídeo, de poca duración, aparecía la víctima en un primer plano, sentada en el interior de un oscuro almacén y atada de pies y manos a una silla. Rojo puso toda la atención en los escasos detalles de la imagen. Luisa Valverde mostraba signos de violencia, además de una angustiada expresión de miedo. La cámara, frente a su rostro, temblaba con movimientos bruscos. Con dificultad, la joven estudiante transmitía el mensaje del asesino:

*«Por favor, ayuda... hagan lo que dice, o me hará daño...».*

La chica rompió a llorar, inmóvil, desesperada.

—Suba el volumen —ordenó Marchirant.

Entre sollozos y ruido blanco, el asesino seguía filmando en primera persona, para enfocar a unas tenazas que sujetaba en la mano izquierda.

—¿Se han fijado? Es zurdo... —comentó Rojo.

Los dos hombres lo miraron, como si hubiera dicho una estupidez.

Entonces habló la voz masculina, distorsionada por un modulador de voz.

*«Inspector Rojo, le doy cuarenta y ocho horas para que haga público su pasado y se disculpe por los errores que cometió... Piénselo bien... Esta vez, le juro que no seré tan piadoso como lo fui con Rocío... Se lo advierto, estoy dispuesto a despedazarla para que lo vea todo el mundo... Usted no tiene salvación, pero aún puede perdonarle la vida a esta pobre chica, ¿verdad, guapa?».*

Las tenazas se acercaron a los dedos de la mano de la chica. A medida que se aproximaba, la chica intentaba escapar, pero sólo lograba alterarse más. El asesino hizo un gesto malvado, simulando cortar una de las falanges. Se oyó una risa de fondo. El llanto de la joven era perturbador. Después, las tenazas desaparecieron y la mano agarró el rostro el de la chica, apretándole los dientes.

«Saluda a la cámara, bonita».

La grabación se cortó en seco.

\* \* \*

El vídeo les provocó un profundo malestar y no tuvieron el estómago preparado para reproducirlo de nuevo. Ninguno de los tres hombres se atrevió a hablar durante varios segundos, hasta que el superior rompió el hielo.

—No podemos dejar que avance con su plan —comentó Marchirant, empleando un tono de preocupación—. Prepare el discurso, inspector. Llamaré a las agencias de prensa.

—Eso no nos asegura que vaya a liberarla.

El comisario jefe le clavó la mirada en sus pupilas.

—Haga lo que le he ordenado, o seré yo quien me encargue de redactar esa maldita carta.

Rojo se frotó los ojos con ambas manos. La situación no podía empeorar, sopesó. Se había pasado la vida buscando la manera de salvarles el pellejo a los demás, sin pensar en las consecuencias futuras. Había aprendido a deshacerse de los seres más ruines, de quienes habían intentado ponerle la zancadilla, incluso dentro de su propio despacho. Después de tantos años de experiencia, de artimañas y chantajes a los que había hecho frente sin miramientos, sentía el peso de la jerarquía, por primera vez sobre su garganta, ahogándolo sin poder defenderse. Se le acababa el oxígeno y podía sentir la asfixia. A Marchirant sólo le importaba esa chica, su carrera y su relación con la política. Para él, Rojo no era más que un cordero fuera del rebaño.

Miró a su superior, que parecía sumido en una nube de pensamientos, en la búsqueda de una solución coherente.

—¿Eso es todo, de verdad?

—Debería apartarlo de la investigación, inspector —dijo Pérez, con una incómoda amargura en sus palabras—. Está demasiado implicado y no puede pensar con claridad. Esto no nos beneficia.

—Denme cuarenta y ocho horas. Es todo lo que les pido.

—¿Para qué? ¿Y cagarla aún más? ¡Ni se le ocurra! —espetó Marchirant con voz autoritaria, sin despeinarse—. Escuche, Rojo. Me importa un bledo lo que haya hecho, o si ese cabrón se ha obsesionado con usted. No dude lo más mínimo de que se le abrirá una investigación cuando todo esto acabe, para aclarar el asunto del que habla. Mientras tanto, límitese a escribir la dichosa carta asumiendo su culpa y hágase la idea de que no volverá por aquí. Eso, si quiere seguir recibiendo una paga. De lo contrario, yo me encargaré de avisar a los medios, pero ya sabe lo que pasa con la puerta de atrás...

—Espere, señor —intervino el inspector jefe.

—Se lo repito, Marchirant. No soy culpable de nada.

—Pero lo será, ¿no?

Pérez volvió a meterse entre los dos.

—No llame a los medios, señor comisario. Si nos dejamos llevar por los impulsos, ese hombre se saldrá con la suya y vencerá humillándonos a todos. Eso es lo que pretende, ¿no? Actuemos con sensatez y centrémonos en salvar a esa muchacha.

—Por fin, un poco de sentido común.

—Cierre la boca, Rojo —ordenó el comisario—. ¿De qué diablos habla ahora, Pérez? ¿Me está tomando el pelo?

El inspector miró al subordinado.

—Cedámosle la oportunidad que se merece. Cuarenta y ocho horas, Rojo, ni una más. Es todo lo que tiene para lograr algo. Si no conseguimos nada, tendremos que tenderle una trampa con su declaración pública, aunque eso nos cueste un escándalo y a usted la salida —prosiguió Pérez—. Siento ser tan directo con mis palabras, pero ya hemos tenido suficientes problemas de corrupción en el Cuerpo, como para soportar otro escándalo público. Evitémoslo a toda costa, señores. Nuestra prioridad en estos momentos, debe ser esa chica y la imagen de la Policía. Y eso es lo que pienso.

Las facciones de Marchirant eran propias del *Guernica* de Picasso.

Rojo se tragó sus palabras, antes de que el superior cambiara de opinión.

—Si es inocente y está convencido de que puede solucionar esto a su manera, demuéstrelo y limpie su honor y este desastre.

—Agradezco la oportunidad. ¿Comisario?

El alto mando los miró desconfiado, arrinconado sin opción.

—Ha perdido la cabeza, Pérez —recordó Marchirant—, pero no seré yo quien impida ver cómo manda al cuerno su reputación. Ahora, ¡largo!

Le costaba no pensar en la evanescencia del tiempo, como si un reloj de arena lo persiguiera en cada momento. Los rumores habían traspasado las paredes del despacho del inspector Pérez. Cuando abandonó la oficina, notó en la nunca las miradas de sus compañeros, que juzgaban en silencio, con acusado disimulo. A Rojo le importaba bien poco lo que opinaran de él. Llevaba toda una vida sintiéndose solo. Más bien, prefería ser temido que maltratado y pensaba que, al igual que los animales, cuando una persona pasaba más tiempo entre cuatro paredes que en la calle, se convertía en un ser frágil, juicioso y miserable. La realidad, vista desde la ventana, no era realidad sino una película anodina, o quizá, la realidad de otros, de los de fuera.

Cuarenta y siete horas y cincuenta y ocho minutos.

El minuterero corría en su contra y, con tan poco margen, reconoció que no podía hacerlo solo. Necesitaba un equipo en el que apoyarse.

Se acercó a la subinspectora Ripoll, que seguía en su escritorio, revisando las declaraciones, con las grabaciones de las cámaras de seguridad aún en pantalla. Cuando ella advirtió su presencia, levantó la cabeza.

—¿Tiene un momento? —preguntó Rojo y encontró complicidad en su mirada. Su ausencia de prejuicios fue como un oasis en el desierto—. En privado.

—Y dos también.

—¿Y Lledó? ¿Dónde está?

Un brazo se alzó en el aire, tres mesas más al fondo.

—Presente. ¿De qué se trata?

Rojo comprobó la hora. Aún quedaba tarde por delante. Necesitaban un plan.

—Es mi cumpleaños —dijo en voz alta, aunque nadie le creyó—. Tómense un descanso, que les invito a un café... Les espero abajo en el bar, en media hora.

Ripoll y Lledó asintieron.

Rojo caminó hacia las escaleras, con la sensación de tener una garra a punto de cogerlo por el hombro. En un acto inconsciente, se giró y miró hacia atrás, pero no encontró a nadie. A lo lejos, desde la ventana del despacho, los ojos de Marchirant y Pérez lo acechaban con frialdad.

\* \* \*

Las palabras del comisario le habían afectado más de lo que imaginó en un principio. El mandamás conocía su historia y también la de Gutiérrez, pero ¿cómo era posible?, se cuestionó impotente. Antes de abandonar la ciudad y llevarse el dinero encontrado en la casa de aquel hombre, durante un año se aseguraron de quemar y destruir todos los informes y las pruebas que pudieran incriminarlos en algún asunto delicado. No existía nada, ni siquiera la carpeta con la



investigación de las primeras chicas desaparecidas. Él mismo vio cómo prendía, mientras se fumaba un cigarrillo apoyado en el morro de su viejo Citroën BX. Chasqueó la lengua, le irritaba que algunas cosas estuvieran fuera de su control. Tal vez, sospechó, quemar la documentación no fue suficiente.

Mientras esperaba apoyado en la barra, creyó que sería mejor contar con dos aliados allí dentro y con uno fuera de la comisaría. Sin embargo, por el bien de los cuatro, los dos policías no podrían saber de la existencia de su viejo amigo.

Lo primero que hizo, fue comprar dos tarjetas prepago y dos teléfonos viejos en el locutorio que había a escasos metros de la comisaría. De ese modo, sería más seguro comunicarse a espaldas del aparato policial.

Lledó fue el primero en acudir al encuentro, con una expresión de desconcierto. No le gustaba salirse del marco legal, ni participar en conversaciones a espaldas de los superiores. En realidad, no le hacía gracia aquello que resultaba desconocido y peligroso, más allá de las dificultades que pudiera plantearle su labor diaria.

—¿Qué hay, Rojo? —preguntó y pidió un refresco de cola—. Creo que sé lo que me vas a decir.

—¿También eres adivino?

Lledó se rio por educación, aunque no le hizo gracia el comentario.

— Toda la planta ha oído la conversación.

— No me extraña, las paredes son de papel.

— Por cierto, ¿te fías de ella?

El tono de la pregunta puso en alerta al inspector. No entendió muy bien a qué se refería con aquello.

— Lo mismo que de ti. No tengo motivos para pensar lo contrario.

Lledó alzó las cejas.

— Sólo me preguntaba si estará a la altura.

Rojo se rio.

— Le sobran agallas, no como a ti.

La puerta se abrió. La subinspectora entró en la cafetería y despertó la atención de algunos clientes.

— Perdón, por el retraso —dijo, pidió un café y agarró uno de los taburetes. Rojo estaba de pie, apoyado en la barra, con una taza de café vacía—. ¿Y bien?

— Lledó ya me ha dicho que se han enterado de cómo están las cosas por los pasillos —dijo y notó una reacción en los ojos de la mujer—. La situación es complicada y no tenemos mucho tiempo antes de que firme mi acta de renuncia..., pero eso es lo que menos importa ahora. El asesino ha enviado un vídeo casero con la víctima, amenazando de descuartizarla si no cedemos a su chantaje en dos días. Así que tenemos que encontrar a ese enfermo antes de que torture y mate a Luisa Valverde... Dado que ustedes son los únicos compañeros con los que tengo trato, me gustaría que la encontráramos juntos.

— ¿Está Pérez al tanto de esto? —preguntó el inspector, haciendo un círculo en el aire con el índice para referirse a la reunión.

Rojo cruzó las manos.

— Por supuesto, Lledó. Está al corriente de todo, incluso de cuántas veces voy al baño —replicó con voz burlona. Lledó frunció el ceño y Ripoll no pudo aguantar la risa—. Si les he traído, es para evitar confrontaciones con los demás. Entonces, ¿se quedan o se van?

Ripoll asintió decidida.

—Cuenta conmigo.

—¿Lledó? —preguntó. El inspector sintió la presión de los otros policías—. No se corte, nadie le está encañonando las pelotas, si es que todavía las conserva...

—Sí, claro, ¡qué demonios! —respondió—. Cuenten conmigo.

—Estupendo... —contestó Rojo y se frotó el mentón, rascando la barba áspera de varios días—. A partir de ahora, toda la información que compartamos debe ir en paralelo, ya me entienden... Nada de pasearse por el despacho del jefe, ni de dejar notas por escrito en los cajones. Será mejor así, hasta que tengamos algo más que sospechas. Por el momento, sabemos que buscamos un varón de complexión delgada y zurdo. Conocía a Rocío Quirant, la chica que abandonó en las lagunas, por lo que deduzco que también es cercano a Luisa Valverde. Si ambas eran compañeras de clase, debemos averiguar qué les unía y quiénes participaban alrededor de esa unión.

Lledó y Ripoll lo miraron sorprendidos.

—¿De dónde ha sacado todo eso, inspector? —preguntó ella, intrigada por el perfil que había dado.

—Me fijo en los detalles —explicó—. Revise las grabaciones, una hora antes de que sonara la alarma, cuando todos los estudiantes entraron en el aula. Si esa chica entró, pero no la vimos salir, tal vez lo hiciera por otro lado. También, investigue al profesor, a la joven que iba con él y al chico que se me ha echado encima. Quizá ayuden a averiguar qué pasó con esa muchacha del vestido blanco.

—Entendido.

—Lledó, ¿qué hay de las declaraciones?

—Los tres tienen una versión similar que concuerda —explicó—. María Hernández, la estudiante que acompañaba al profesor, no parecía guardar una buena opinión de Valverde, pero ha negado tener una relación de amistad con ella.

—Están liados, ¿verdad? —preguntó Rojo. Lledó entornó los ojos al no entender la cuestión—. La alumna y el profesor...

—¡Ah! —contestó y levantó los hombros—. No lo sé, no me ha dicho nada.

—No importa... —comentó y notó, por el rabillo del ojo, cómo la subinspectora lo miraba con complicidad—. ¿Y el chaval?

—Raúl Fenoll, cursa el tercer año, pero está repitiendo la asignatura. Conocía a Valverde de vista y mantenían una relación cordial, nada más.

—Vamos, que ninguno quiere mojarse. Me lo temía —expresó Rojo en voz alta y miró el reloj—. Consigue las fichas y los domicilios actuales de cada uno de ellos y contrasta las versiones. Por mi parte, pasaré por alto la idea de reunirme con el diputado, ya que me buscaría la ruina..., así que visitaré a los padres de la primera víctima. Puede que me cuenten algo útil... Está bien, es hora de moverse. Nos reuniremos aquí a las diez de la noche.

—Perfecto —dijeron al unísono.

—Si no pueden esperar y tienen algo importante que decirme, no llamen con sus números oficiales —advirtió y les entregó los viejos terminales y las tarjetas SIM—, usen estos... Detesto ser malpensado, pero me tienen en el punto de mira. Lo comprenden, ¿verdad? Mi teléfono está operativo.

—Sí, por supuesto —dijo la subinspectora.

—No quiero ser aguafiestas, pero ¿quién le ha dicho que esto es seguro?

—No, no lo es, cerebrito, aunque tendrán sus espaldas cubiertas en caso de que me echen el guante. En esta vida, lo único útil es el tiempo... Tiempo de más, tiempo de menos, tiempo que tendremos para sacarles ventaja... Estarán entretenidos si intentan rastrear el origen de las llamadas, siempre y cuando no seas tú el chivato.

—No, claro. Bien pensado...

—¿Algo más que debemos saber?

Ripoll carraspeó y miró a su alrededor.

—Mientras me reunía con ellos, he oído que el comisario ha ordenado vigilar las salidas de la ciudad, por lo que habrá controles en cada punto de acceso. Lo digo por si se le ocurre...

—Muy útil... Gracias por la información.

—Será mejor que regresemos, antes de que sospechen también de nosotros —añadió Lledó, con cierto nerviosismo—. No quiero arrepentirme de esto.

Rojo dio una palmada al aire.

—No lo hará, inspector... El tiempo corre y esa chica está rezando para que usted, su ángel de la guarda, la salve.

Regresaron a la comisaría, separándose al entrar. Rojo pidió una copia de las declaraciones y les echó un vistazo por encima, sin encontrar nada relevante en ellas. A buenas horas, Lledó se había hecho cargo del interrogatorio, se dijo. Cualquier novato habría interrogado mejor. No podía dejar de pensar en cómo había escapado el secuestrador con la víctima. No existía duda de que tenía que haberlo hecho por algún pasaje que desconocían. Se cuestionó si la chica del vestido blanco también habría sido obra de él, para confundirlos, una de esas fatídicas casualidades que le arruinan el día a cualquiera.

Apuntó la dirección del profesor y la del chico, sospechando que uno de los dos tendría que ver con la desaparición de Luisa Valverde. Después buscó la ficha de la primera víctima, Rocío Quirant, y la anotó junto a las otras. Desde la mesa que le habían asignado de manera provisional, podía ver la puerta del despacho del inspector jefe. No quedaba rastro de Pérez ni de Marchirant por lo que, en cierta medida, era una buena señal. Cuando terminó su tarea, se levantó de la silla y caminó hacia la subinspectora.

—Necesito que consiga unos planos del edificio —pidió—. Seguro que los encuentra en la página web.

—Por supuesto.

—De paso, pídale a Lledó que consiga una orden para que la compañía telefónica nos dé el registro de llamadas de los números de Luisa Valverde y de Rocío Quirant.

—Hecho.

—Dígale que es urgente —ordenó y señaló con la mirada al compañero, que se encontraba sentado dos filas más al fondo, con el rostro iluminado por la pantalla de su portátil—. A veces, tengo la impresión de que tarda en reaccionar... Nos vemos en unas horas.

La subinspectora respondió con una mueca.

—Suerte, inspector.

El Ford arrancó a la primera. En cuestión de minutos, circulaba por la avenida de Oscar Esplá. Revisó la dirección del domicilio familiar de la chica asesinada y calculó a ojo su ubicación. Si la memoria no le fallaba, la vivienda se encontraría en una de las perpendiculares de la avenida que subía y bordeaba el castillo de Santa Bárbara.

Parado por el semáforo de la plaza de los Luceros, bajó las ventanillas y sintió la ráfaga de aire caliente con matices templados, propio del último aliento de la primera y de la llegada de un caluroso verano. El atardecer dorado, manchado por algunas nubes casi disueltas, formaban un lienzo rojizo con tintes rosados en el cielo. El aviso de que pronto los termómetros alcanzarían temperaturas propias del averno. Rojo odiaba el verano con todos sus matices, pero no por ello era incapaz de reconocer la belleza natural que tenía delante de sus ojos. Condujo recto, siguiendo el flujo del tráfico de la hora punta, y aprovechó para hacer una llamada.

—Gutiérrez, soy yo.

—Ya sé qué eres tú —dijo el compañero—. Tengo tu número guardado en la memoria del aparato. ¿Qué hay?

—Poco tiempo. Eso es lo que hay... —comentó a regañadientes—. Parece que este psicópata va en serio...

—Nadie le busca las cosquillas a un policía para matar el tiempo, a no ser que estés mal de la azotea o seas un idiota... En cualquiera de los dos casos, esa persona no merece menos que un par de hostias bien dadas... En fin, dime qué sucede.

Rojo tomó la dirección del profesor.

—Apunta por ahí... —dijo y le dictó el nombre de la calle—. Necesito que vigiles a este sujeto. Es un tipo flacucho, con el pelo alborotado y no parece peligroso, pero quiero saber qué rol juega en esta partida.

—Entendido. ¿Entro en su casa?

—No, de momento haz guardia... —contestó, aunque la proposición era tentadora—, y cuéntame lo que veas.

—Así haré.

—¿Qué hicimos mal, Gutiérrez? —preguntó Rojo, desmarcándose de la intención principal de la llamada—. ¿Qué cabo nos dejamos suelto para que ahora suceda esto?

El expolicía soltó aire por la boca.

—¿A qué te refieres?

—El comisario jefe sabe lo tuyo... lo que me temo que también puede estar al corriente de lo nuestro.

—Me dejas a cuadros, Rojo... —contestó pensativo. El inspector sintió el nerviosismo en su voz—. ¿Qué es lo que tiene? Puede que se esté pegando un farol.

—¿Sinceramente? Ni idea, pero tu nombre es más que suficiente.

—No me fastidies... En fin, me encargaré personalmente de llamar a viejos amigos de Murcia.

A medida que el Ford avanzaba, vio un control de nacionales en la curva que subía bordeando el castillo. Aquello explicaba el tapón de vehículos que se había formado en la avenida.

—Lo que faltaba... Tengo que dejarte, Gutiérrez. Hablamos más tarde.

Colgó y guardó los papeles en la guantera. Uno de los agentes le hizo una señal para que aminorara y estacionara a un lado. El inspector sacó la placa con el fin de ahorrar tiempo.

—Los accesos de salida están cortados, inspector —dijo el policía, tras reconocer el distintivo—. Órdenes del comisario.

—Sí, ya me he enterado, pero esto es el centro urbano. ¿Qué hacen aquí?

El agente se acercó a la ventanilla.

—Cumplir lo que nos dicen. Quieren que paremos a todo vehículo o conductor que genere desconfianza... Ya sabe, por lo de esa joven. Llevamos todo el día así. El sospechoso tiene que estar todavía en la ciudad.

Rojo chasqueó la lengua y miró hacia el frente.

—Ya... ¿Y por qué no me deja pasar?

—¿Cómo dice?

—¿Tengo pinta de sospechoso, agente?

El policía sonrió con sorna.

—No, claro que no... —contestó, dando un repaso con la mirada al viejo Ford—. Ha sido un

control rutinario.

—Si no le importa, necesito continuar en esa dirección.

—Claro, adelante —dijo y se apartó, permitiendo que Rojo siguiera con su travesía.

Cuando se alejó unos metros, miró por el espejo retrovisor y cazó al agente fijándose en la matrícula.

—Maldito imbécil.

Tomó el segundo desvío y cruzó una calle residencial de un barrio de aspecto tardo-franquista, con viejas viviendas unifamiliares, edificios con fachada de ladrillo rojo y toldos verdes en los balcones. Por el aspecto de la calle, que guardaba esa esencia clónica, fácil de encontrar en cualquier municipio, no sólo de la provincia, sino también en el resto del litoral español, entendió por qué no se la había dado más importancia a la muerte de Rocío Quirant. Su origen era humilde, tal vez de clase media-baja, como la mayoría, aunque para Rojo no existiera tal cosa. Nacida en un seno familiar de trabajadores, Rocío era un número más en las estadísticas, dedujo, alguien por quien llorarían unos pocos. Dispuestos a elegir, resultaba más incómodo debido a sus consecuencias. Algunos lo tenían claro y no pestañeaban al poner todos los efectivos en la búsqueda de un personaje famoso. La justicia nunca sería justa, mientras las decisiones se tomaran desde las entrañas y no con la razón, reflexionó el policía.

Aparcó en un vado y buscó el número del edificio. Se preparó mentalmente, cuestionándose de qué manera encararía a unos padres que habían perdido a su hija. Después buscó el timbre, pero un vecino abrió la puerta. Rojo puso un pie y aguantó para que no se cerrara. Luego entró en el vestíbulo y subió por las escaleras. Cuando llegó a la tercera planta, tocó a la puerta y escuchó unos pasos que se arrastraron hacia él. Sintió cómo lo observaban por la mirilla. El cerrojo se liberó y la puerta cedió unos centímetros, dejando a la vista el rostro de un hombre con mirada amable, aunque apagada.

—¿Quién es usted? —preguntó el padre de la chica.

Rojo le mostró la placa.

—Soy el inspector Rojo, de la Brigada de Homicidios —respondió. La puerta se abrió unos centímetros más. Las palabras dieron confianza al desconocido. En un acto reflejo, por encima de aquel hombre, vislumbró la silueta de una mujer que se escondía al final del pasillo—. Es el señor Enrique Quirant, ¿verdad? Me gustaría hablar con usted y con su esposa sobre Rocío, si no les importa.

Rojo notó la desconfianza en sus pupilas. No era para menos, se dijo. Hasta el momento, nadie se había molestado en averiguar qué había sucedido con su hija.

—Ya explicamos todo lo que teníamos que explicar a sus compañeros... Es tarde, inspector, y mi esposa está enferma.

—Serán unos minutos.

El tipo zarandeo la cabeza. Se negaba a hablar más.

—Lo siento. Pregúntele a quien nos atendió —dijo y empujó la puerta—. Nada de lo que diga, puede devolvernos a Rocío.

—Señor Quirant, espere un momento...

—Buenas noches, inspector.

Antes de cerrar, Rojo intentó poner el pie.

—¡Enrique! —gritó la mujer, deteniéndolo, desde la oscuridad—. Deja que pase.

—Pero ¿qué dices, Estela?

Los pies pesados de la mujer se desplazaron hasta la entrada. Tenía los ojos hundidos. Rojo

apreció el rostro de una madre derrotada, débil, triste y con cientos de preguntas en la cabeza que no tenían una explicación coherente. Un cambio de miradas con él, fue suficiente para acompañarla en su duelo.

—Haga el favor, inspector, y pase por aquí

Entró en la propiedad y cruzó el pasillo, siguiendo los pasos de la señora hasta el salón. El apartamento tenía las paredes pintadas con gotelé, lo cual no le sorprendió, ya que era habitual en toda vivienda construida antes de entrar en el nuevo siglo.

—Por favor, siéntese. ¿Quiere un café?

—No, gracias —dijo y echó un vistazo al sofá de dos plazas que había frente a una mesa de madera con la cubierta de cristal. Olía a comida, a colonia y a ambientador. Una mezcla de aromas a la que algunos llamaban hogar. El salón también era comedor, aunque, debido a su perfecto orden, el inspector sospechó que lo usarían en ocasiones especiales. Quizá, tras la pérdida de su hija, nunca volvieran a darle utilidad. Sobre el mueble donde se apoyaba la televisión, encontró varios portarretratos familiares que enmarcaban momentos clave de la familia: la comunión de Rocío, una cena de Navidad con todos los miembros y un viaje a Egipto, tal vez, pensó el policía al ver una pirámide, de fondo.

En silencio, Enrique Quirant se sentó en su sillón y murmuró algo ininteligible para los oídos de Rojo. Aquel hombre afligido buscaba las palabras para enfrentarse a la verdad.

—Todo lo que teníamos que decir, lo escribió su compañero en una declaración... —repitió, como si se tratara de un mantra que lo liberase del dolor—. Estela le traerá el café en un momento.

Poco más tarde, la mujer apareció con una cafetera pequeña y una taza de cerámica. Sirvió el café en la mesa y lo dejó frente al policía.

—Muy amable —dijo y suspiró. Con cada segundo que pasaba, le resultaba más difícil romper aquel silencio.

—¿Está aquí porque han encontrado al asesino? —preguntó la mujer.

Rojo se rascó la cabeza en un acto inconsciente.

—Estamos en ello... —contestó y los rostros se apagaron—. ¿Podrían contarme lo que recuerdan de su desaparición?

La pregunta les produjo escalofríos. Ninguno de los dos sabía cómo empezar.

—Recibí una llamada al teléfono móvil, desde el número de Rocío —inició el padre, mirando hacia la izquierda, intentando recordar los detalles—. Eran las cinco de la tarde y no había venido a comer, ese día. Tampoco nos avisó de que se quedaría en la universidad, pero no le di importancia. A veces se te cruza algo, te quedas sin batería, simplemente te olvidas... Yo estaba a punto de salir a trabajar cuando me llamó.

—¿Y qué dijo?

—Nada... —contestó sin fuerzas—. Escuché su voz llamándome, a lo lejos, y se puso él. Era una voz metálica, distorsionada... Me dijo que tenía a Rocío y que no le haría daño si hacía lo que decía él. Me asusté, le grité todo lo que sentí en ese momento. Cometí un error...

Eugenia le agarró del brazo.



—¿Qué hizo después?

—Ya lo sabe... Llamé a la comisaría y les conté lo que había sucedido. El resto, ya supone cómo sigue.

—¿Conocían bien a Rocío?

La mujer se encogió de hombros.

—Por supuesto, era nuestra pequeña. No tenemos más hijos. ¿Qué le pasaba? ¿Tenía algún problema? —preguntó Eugenia, entrando en un bucle nervioso—. Si hubiera tenido algún problema, me lo habría dicho.

—¿Conocían a sus amigos de la universidad? Cualquier nombre podría serme útil...

Ella negó con la cabeza.

—Nunca hablaba de nadie en particular —dijo el padre—. Le preguntábamos que a dónde iba y todo eso, y ella siempre cumplía y venía a sus horas... Nos preocupábamos por nuestra hija, ¿sabe? La noche es peligrosa, pero tampoco queríamos ser los típicos padres que someten a sus hijos a un régimen dictatorial, ya me entiende...

—No se preocupe, no le estoy juzgando —aclaró el inspector, usando la frase que la doctora Galiana solía emplear para bajar la tensión de las conversaciones—. De hecho, me interesa más conocer los detalles de su vida universitaria. Verán, Rocío desapareció al salir de la facultad, cuando...

El padre carraspeó intencionadamente, para corregir al policía.

—La secuestraron, inspector.

—Sí, tiene razón —recló Rojo, al encontrar los ojos furiosos del hombre. No era para menos—, la secuestraron a la salida de una de sus clases, sin llamar la atención, lo cual nos hace pensar que este sujeto la conocía.

—¡Llame por su nombre al hijo de perra ese!

—¡Enrique! —exclamó la mujer.

Rojo obvió el comentario. Debía ir al grano, antes de que el hombre se negara a continuar con el sufrimiento y perdiera los estribos.

—¿Les contó alguna vez si tenía novio o si salía con alguien? Incluso si frecuentaba un grupo de amigos... Cualquier información podría serme útil.

El hombre estaba cada vez más tenso. Esta vez, la pregunta no contenía ningún tipo de provocación, así que Rojo sospechó que ocultaba algo.

—Estaba esa chica... —comentó la madre con precaución—. Nos lo contó un día, mientras comíamos. Veíamos las noticias y su padre salió en la tele, así que lo mencionó por encima.

—Se refiere a Luisa Valverde, ¿cierto?

Ella asintió.

—Pero no eran amigas, sólo compañeras de clase.

—De hecho, a Rocío no le caía bien esa estirada —añadió el padre, interviniendo en la conversación para que la mujer no se fuera de la lengua—. En alguna ocasión soltó más de un comentario inoportuno.

—Interesante... ¿Saben por qué?

—Pues, ¿por qué sería, inspector? La hija de un político...

—No sé por dónde va.

Eugenia observó a su marido.

—Rocío era muy competitiva, sacaba muy buenas notas siempre y era muy aplicada con sus trabajos —comentó, argumentando las palabras del esposo—. A toda costa, se esforzaba por

ganarse la matrícula de honor, aunque en el segundo año, esa muchacha se cruzó en su camino... Como madre, intentaba animarla, pero en esta vida, no siempre se gana, ¿verdad?

Rojo frunció el ceño.

—Venga, por Dios, Eugenia...

—¿No es cierto?

El hombre miró hacia otro lado.

—Se refiere a que Luisa Valverde se convirtió en la favorita de algunos profesores, impidiendo que Rocío fuera la número uno, si no he entendido mal...

—Así es, inspector. ¿Quiere más café?

Enrique Quirant se puso en pie y caminó hacia la cocina sin excusarse. Rojo lo siguió con la mirada. Se guardaba algo que no quería compartir delante de su esposa y debía averiguarlo antes de abandonar esa casa.

—No, gracias —dijo y sacó la nota donde guardaba los nombres—. Por casualidad, señora, ¿le suena un tal Raúl Verdú?

—No, ¿quién es?

—Un compañero de clase. ¿Y María Hernández?

Ella negó otra vez.

—Puede ser que dijera algo de ellos, pero no lo recuerdo. A veces hablaba de un tal Roberto...

—¿Roberto?

—¡Rogelio! —gritó el padre desde la cocina. Luego apareció por el pasillo—. Se llama Rogelio.

El secreto fue desvelado. Con un cruce de miradas, Rojo entendió que Eugenio sabía más que su esposa. El inspector se puso en pie para despedirse.

—No quiero molestarles más, es tarde y he abusado de su tiempo más de lo debido, pero agradezco mucho su ayuda —comentó, dirigiéndose a la esposa—. Este encuentro ha sido realmente esclarecedor.

—Le acompañaré a la puerta —dijo el hombre, antes de que su mujer se ofreciera.

Rojo notó las pisadas de aquel tipo, como si fuera su sombra. Cuando alcanzó al umbral, se giró para encararlo y le ofreció la mano.

—Muchas gracias por su colaboración... —añadió, a la espera de que soltara la exclusiva. Eugenio tensó los músculos de la cara. Por alguna razón, le costaba compartir su secreto—. Llámeme si recuerdan algo más.

—Inspector...

—¿Sí? —preguntó, con el tono que pone un cazador al ver cómo su presa cae en el cepo.

—¿Tiene hijos?

—Sí, un chaval.

—Como padre, quiero preservar el honor de Rocío —murmuró, clavado en la entrada—. Puede que a mi mujer le contara una milonga, pero yo no soy imbécil. Sé que tenía un lío con su profesor hasta que llegó esa chica.

—¿Lo puede confirmar?

—No me fastidie, por favor... Soy taxista, veo muchas cosas y a ella la vi con él varias veces, de madrugada... Lo que pasa es que mi mujer se chupa el dedo o no quiere aceptarlo.

—Entiendo... ¿Sospecharía de él?

—¿Qué? No, no tendría por qué, pero no significa que me hiciera gracia su relación. Seré un

clasista, pero hubiese preferido que estuviera con uno de su edad.

—Claro.

—Inspector...

—¿Sí? —preguntó antes de tomar las escaleras. El hombre sacó de su cartera una fotografía del tamaño de una tarjeta de crédito. En ella, Rocío aparecía con un vestido de noche, sonriente, incapaz de ver lo que el futuro le deparaba. De su cuello caía un colgante con la forma de una almendra dorada y brillante.

—Esto es para usted, no le diga nada a mi esposa. Puede que le sirva de algo... Hágalo por ella. Rocío era una buena chica —respondió—. Que un escándalo así no manche lo que importa. A mi hija la secuestraron y la mataron sin razón alguna. Merecía una vida digna, como cualquier otra persona... Atrapen a ese cabrón.

—Claro, no se preocupe... y gracias. Le llamaré cuando tengamos algo.

Subió al coche, estudió la foto y comprobó la hora. Había visto ese colgante antes, en alguna parte, y le resultaba demasiado familiar, aunque no lograba recordar la razón.

Faltaban veinte minutos para las diez de la noche, así que llegaría a tiempo a su encuentro con el resto del equipo. Había oscurecido casi por completo y en el cielo se formaba una nube gris que tapaba la luminosidad de la luna. Las palabras de aquel padre derrotado por la impotencia, resonaron en su cabeza mientras conducía de vuelta al centro de la ciudad. Las horas pasaban más rápido de lo que deseó y no podía evitar pensar en dónde diablos estaría escondida Luisa Valverde. Tenía que encontrarla viva, por él, por ella, pero también por la angustia que estarían viviendo sus familiares y por la justicia que merecían quienes ya no podían ver a Rocío.

Reconoció que el accidental encuentro con los Quirant fue mejor de lo esperado. Pese a que no le aclararon demasiado las cosas, al menos, consiguió el primer nexo entre las dos chicas. Hizo una nota mental para investigar a Rogelio Carrasco a fondo. Había hecho bien enviando a Gutiérrez a su casa. Estaba convencido de que encontraría algo. Así y todo, que le gustaran las estudiantes jóvenes, no era un delito ni lo convertía en culpable. No se le podía perseguir por ello, aunque eso no lo exculpaba de recibir un escarmiento en el futuro. La realidad era que Carrasco había estado con las dos, según Quirant, y ahora no se molestaba en ocultar su relación con esa apuesta rubia. La mente de Rojo procesaba la información a toda velocidad. ¿Y si lo hubiera hecho una mujer?, se preguntó. Cualquier hipótesis era posible, sobre todo, porque el cadáver de Rocío no presentaba muestras de agresión física. Por su experiencia en aquel tipo de casos, los hombres solían someter a las víctimas, ya fuera agrediéndolas física o sexualmente, para demostrar su poder. El primer paso era alejarse de las ideas preconcebidas. El segundo, razonar como un asesino para empatizar con él, si es que eso era posible en su cabeza.

Aparcó frente al bar y comprobó que aún no habían llegado. Se apoyó en la puerta del Ford y se encendió un cigarrillo para rebajar la tensión. Entre calada y calada, reflexionó sobre lo fácil que era hacer daño a otra persona, y lo mucho que costaba sanar las heridas emocionales. Recordó a Elsa, a Gutiérrez y a Pomares. Se reconoció entre ellos. Cuatro corazones rotos desde el principio, cada uno con sus complejidades, marcados por el infortunio y las adversidades que la vida les había puesto delante, en busca de una vacuna que borrara los malos momentos que el pasado dejó.

Los Quirant, como la mayoría de los familiares afectados con los que hablaba después de encontrar un cadáver, depositaban su confianza en los policías, desesperados, olvidando que éstos también eran de carne y hueso. Quizá fueran más en número, pero eso no siempre los hacía ni mejores, ni más perspicaces, pensó. Y lo mismo sucedía con los criminales. Como todo ser

humano, hasta los sádicos más inteligentes erraban, volviéndose imperfectos cuando se dejaban arrastrar por una emoción, y esa imperfección era la oportunidad que tenían para atrapar al monstruo.

«Te voy a cazar, desgraciado», se dijo y dejó caer la colilla al suelo, para apagarla con la punta de la bota, «y te voy a aplastar como a una jodida cucaracha».

Puntuales, Lledó y Ripoll acudieron a su encuentro, con los rostros cansados y los ojos enrojecidos por la ausencia de sueño. Rojo pidió dos botellines de cerveza para sus compañeros, pero estos los rechazaron.

—¿De qué parvulario habéis salido? —preguntó, ante la negativa. Rectificó y pidió uno—. ¿Os ha entrado el sueño ya?

Los ánimos no estaban para soportar el sarcasmo del inspector. A nadie le gustaba hacer horas extras y menos con el moscardón de Pérez pegado a la oreja.

—Llevamos todo el día sin descanso, inspector —contestó la subinspectora.

Él la miró con altanería.

—Díganme algo que no sepa —comentó y observó al otro—. ¿Qué han averiguado?

Lledó hizo un gesto para que la subinspectora comenzara a hablar.

—He estudiado los planos del edificio y también he revisado las grabaciones, desde la primera hora de la mañana —explicó—. Como le he dicho antes, Luisa Valverde sí que estaba allí y aparece registrada en las imágenes. Sin embargo, no se aprecia cuando sale del aula, pero lo hizo. No existe ninguna otra posibilidad, a no ser que saltara por la ventana de la tercera planta.

—Lo habríamos notado. ¿Alguna hipótesis?

—Se me ocurren varias —continuó—. Debido a la muchedumbre, resulta complicado identificar el rostro de la chica en el momento de la estampida. Pudo mezclarse entre la multitud e ir en otra dirección. También he revisado las cámaras de las plantas inferiores y no hay rastro de ella.

—Pero eso no es todo...

—No, en absoluto. Existe un sótano en el edificio. Los bomberos no encontraron a nadie allí dentro, aunque cabe la posibilidad de que se escondiera hasta que todo pasara. En cualquiera de los casos, tuvo que salir del aula. No existe otra posibilidad.

—Lo hizo acompañada.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendida.

—Sí. Alguien la guió, una persona de confianza —razonó el inspector—. Si la hubiera forzado a salir, lo habríamos notado. Nosotros estábamos allí, pero no... Tuvo que hacerlo con alguien en quien confiaba para eludir las órdenes del incendio y tomar un atajo.

—Cobra sentido lo que dice —añadió Lledó.

—Y tanto que lo tiene. El asesino conoce a sus víctimas. Lo demostró al abandonar el cadáver de Rocío Quirant. Sospecho que también conoce a Valverde... —dijo y se rascó la barbilla. Le costaba aceptar que aquello sucediera delante de sus ojos—. Vengo de hablar con los padres de Rocío Quirant... No podemos confirmar nada, aunque sí sospechar del profesor. Al parecer, la alumna con la que ha declarado no es su primer ligue.

—¿También lo fue Quirant?

—E intuyo que también Valverde... —dijo, escuchándose a sí mismo, intentando desviar su atención de la evidencia que tenía delante—. Es el punto de unión de las tres, aunque eso no nos dice que haya sido él.

—No deja de ser un sinvergüenza —espetó Ripoll.

—En eso te doy la razón. ¿Qué hay del chico?

—¿Lo adivinan? —insinuó—. He intentado localizar a Raúl Verdú y no hay rastro de él, ni tiene el teléfono encendido. Su domicilio es erróneo. Se empadronó hace un año en un piso de estudiantes, pero ya no vive ahí, y su familia no tiene noticias suyas desde...

—Espere —dijo Rojo, deteniéndola con la mano—, déjeme adivinar... desde que Rocío Quirant desapareció.

—Bravo —contestó con una palmada.

De pronto, el índice de Lledó se levantó. En su rostro dibujaba una sonrisa malvada, propia de quien esconde la mano ganadora en el final de una gran partida de póker—. ¿Puedo hablar?

—Dispare, le escuchamos.

El inspector se aclaró la garganta.

—Dado que no disponía de tiempo para que la compañía telefónica cediera, me he tomado una pequeña molestia —aclaró con una mueca traviesa—. He ido directo al perfil de Facebook de Raúl Verdú y he logrado acceder a sus mensajes privados.

—Vaya, no esperaba ese lado rebelde por su parte, Lledó... ¿Desde cuándo se salta las normas?

—Que sepan que no me siento cómodo con estas prácticas, pero tenía una corazonada en hacer lo correcto —aclaró—. ¿Recuerdan el acosador del que hablaba el comisario? Bien, pues es él... No hay más que revisar las conversaciones que había tenido con esa chica...

—¿Y se sabe el porqué?

—No, no del todo. ¿Celos? Al principio del curso, sospecho que tuvieron una relación de compañeros, ya que hablan sobre apuntes, trabajos, tomar una cerveza después de las clases... La correspondencia se enfría durante unos meses, hasta que llegan los insultos, las amenazas y las disculpas... Si es cierto que tenía algo con el profesor, parece que no encajaba el golpe de que ella estuviera con otro. Los mensajes son más frecuentes en estas últimas semanas, casi todos con una amenaza explícita, hasta el punto en el que ella lo bloquea.

—El típico caso del loco obsesionado por la chica de la clase, que pasa de él —comentó Rojo.

—Hay algo que no entiendo... —agregó Lledó—. Si sabía quién era su acosador, ¿por qué no lo denunció?

La pregunta sembró varios segundos de silencio.

—Puede que él supiera algo sobre ella —opinó Rojo.

—O ella sobre él —rebató Ripoll. El nerviosismo se contagió entre los agentes—. Hay que enviar su foto a todas las unidades que están controlando los accesos.

—Ripoll, vaya al domicilio del profesor —ordenó Rojo—. Asegúrese de que está a salvo.

—Entendido, inspector.

—¿Lledó! ¿Hay manera de localizarlo? Ya sabe, con sus artilugios.

—Tal vez el teléfono del sospechoso esté apagado o en modo avión, aunque eso no impide que pueda ser rastreado —explicó entusiasmado, con voz de autómatas—. Durante la declaración,

he advertido que tenía un dispositivo con el sistema Android, así que he accedido a su cuenta de correo y he revisado los últimos puntos en la aplicación de los mapas...

—Me cago en todo... ¡Hable en cristiano, *collons!*

Lledó sacó su teléfono del bolsillo del pantalón, abrió una aplicación y les mostró la pantalla.

—Nosotros somos el punto azul y él es el amarillo.

Royo dejó un billete en la barra e hizo un ademán de marcharse. Los otros lo siguieron.

—Si nos damos prisa, aún podemos detenerlo —dijo, caminando hacia la salida—. Está aquí al lado, vamos a mi coche... Ese listillo va a dormir caliente esta noche.

## 19

Los tres agentes se dividieron. La subinspectora Ripoll fue la primera en abandonar el bar, que ya estaba casi vacío a esa hora. Rojo comprobó la pantalla del teléfono de Lledó. El punto amarillo se alejaba de ellos con rapidez, por lo que sospechó que no estaría desplazándose a pie. Pensó en Gutiérrez, y si seguiría haciendo guardia. Debía advertirle de la presencia de la subinspectora, antes de que ésta apareciera por allí.

—¿Vamos? —preguntó Lledó.

Rojo asintió, pero le hizo una seña para ir al baño antes de salir.

—Espérame fuera.

—Entendido.

El inspector se dirigió al aseo, inquieto, sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y llamó a su compañero. Tras el tercer tono, descolgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Gutiérrez con voz adormecida.

—¿Estabas durmiendo?

—Más o menos.

—Tienes que largarte. Acabo de enviar a una agente... ¿Has descubierto algo?

—No, nada —contestó y musitó un comentario ininteligible—. Ha llegado a su casa, solo, sin compañía. Nadie ha ido a visitarlo desde que estoy aquí parado, si es lo que querías saber... Ni siquiera esa chica que has mencionado.

—Bueno, teníamos que intentarlo... Parece que la situación ha dado un vuelco.

—Tampoco he encontrado nada en la vivienda... —comentó, sin alzar mucho la voz, como si fuera algo intrascendente—. Ese tipo vive en una lata de sardinas llena de libros.

—No me fastidies, Gutiérrez... Te dije que no era necesario.

—La curiosidad ha acabado matando al gato.

Rojo evitó quejarse en voz alta. En el fondo, se alegró de que lo hubiera hecho. Eso le ahorraría trabajo a posteriori, pero era consciente del peligro en el que colocaba a Gutiérrez, exponiéndolo a situaciones como esa.

—¿Nada reseñable?

—Libros, muchos libros y un barco en el interior de una botella... ¿Te lo puedes creer?  
¿Quién demonios sigue coleccionando esas tonterías?

—Descansa, te necesito fresco. Hablaremos más tarde de todo.

—A servir —contestó y colgó.

Cuando salió del bar, encontró a Lledó con cara de pocos amigos.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Ve y lo compruebas —respondió, tajante, y subieron al coche.

De noche, Alicante era una urbe oscura con diferentes tonalidades. En el casco urbano, las sombras jugaban a favor de aquellos que buscaban saltarse las normas, a la vez que convergían



con los que sólo querían divertirse un rato. La línea de las dos dimensiones era tan fina que, en ocasiones, costaba diferenciar en qué lado del tablero se encontraba uno. Las prostitutas custodiaban los callejones paralelos al paseo de la Explanada, ocultas entre las sombras de los edificios, mientras que los turistas, no muy lejos de la zona, ignorando la situación, paseaban disfrutando de la velada con la brisa de verano, y un helado de turrón en la mano.

Lledó sujetaba el aparato mientras Rojo ponía rumbo a la calle de los Reyes Católicos. El punto se movía en el mapa cuesta arriba, por la avenida de Doctor Gadea, la misma que subía en perpendicular. Si eran capaces de atajar la distancia, podrían pararlo de frente. El coche tomó velocidad. Lledó miró de reojo la aguja del cuentakilómetros, temeroso por su vida.

—¿No crees que vas demasiado rápido? Es una vía pública, puede cruzar cualquiera.

Rojo contestó a su compañero con la mirada envuelta en llamas y las dos manos agarrando con firmeza el volante.

—¿Buscabas acción? Pues toma dos tazas —contestó, pisó el acelerador y las revoluciones aumentaron—. Agárrate, Lledó. Ya casi lo tenemos.

El turbo del vehículo se accionó. El Ford Sierra, a pesar de sus años, seguía siendo un coche de competición. Cuando cambió de marcha, Lledó sintió un ligero cosquilleo en la parte trasera de la espalda. Por un momento, rezó para que el conductor no perdiera el control y terminaran volando por los aires o aplastados como un acordeón. Pero Rojo maniobraba con profesionalidad, zigzagueando en la recta y evitando los obstáculos con una soltura y precisión que su compañero no había visto hasta la fecha. El punto seguía parpadeando en la pantalla, ahora mucho más cerca. Cuando llegaron a la intersección, una motocicleta de reparto pasó en perpendicular, dejando a un lado el monumento de la Cruz de los Caídos.

—¡Es él! —señaló Lledó, apuntando con el dedo. El semáforo prohibía el paso. Saltarlo, reduciría sus probabilidades de éxito, pensó el inspector al volante. De sobra eran conocidos los accidentes que habían sucedido ahí mismo—. ¡Cuidado, está en rojo!

Si se detenían, lo perderían de vista. En cambio, si se saltaban las normas, cabía la probabilidad de que la noche acabara con un final desastroso. Para Rojo, existían decisiones que marcaban el futuro de una carrera, para bien o para mal. Decisiones que, en ocasiones, se cruzaban hasta tocarse con las de otras personas. Pero, al fin y al cabo, decisiones. En su opinión, pensarlos de más, no tenía ningún sentido, ni le aseguraba que todo fuera a salir bien. Lo había intentado, se había pasado años haciéndolo tal y como le dijeron en casa, en el Cuerpo, en la sociedad..., y nunca obtuvo el resultado que esperaba. En algún momento de su carrera, su vida se convirtió en una correlación de resoluciones propias, tanto buenas como malas, optando por ser él quien las tomara, asumiendo el cometido de sus acciones, dejando a los demás el miedo a las posibles consecuencias.

—¡Al carajo! —respondió, pisó el acelerador y pasó el semáforo quemando rueda, como un proyectil. Los faros de un sedán alumbraron el cruce en perpendicular. El inspector tiró del freno de mano, pegando un viraje que sorprendió al otro conductor y le obligó a parar en seco. El claxon despertó a los vecinos. La pesada carrocería del Ford, sumada a la tracción trasera, facilitó la maniobra para que el giro no le hiciera perder el control. Para Lledó, aquel trompo pasó a cámara lenta, como en una película donde los segundos son eternos, la música se ralentiza y las leyes físicas no existen. Rojo apretó los dientes, los dedos y el cuello. Su concentración lo decía todo. Conforme se adaptó al carril, cambió de marcha y pisó el acelerador.

—¡Dios mío! ¡Estás chalado!

—Ya está, Lledó, ¡lo tenemos! —exclamó y giró de nuevo hacia Maisonave, la larga avenida

de tres carriles, solitaria a esas horas, que cruzaba el corazón de la ciudad. El ruido de la motocicleta delató al sospechoso. Rojo aumentó la velocidad y se aproximó a la rueda trasera como una flecha directa a su objetivo. Cuando el joven los reconoció por el espejo retrovisor, intentó desviarse, pero el morro del Ford le impidió moverse.

—¿Qué haces? ¡Has perdido el juicio!

Rojo bajó la ventanilla, tocó la bocina y le gritó que parara. La motocicleta rabió todavía más.

—Lo que no pienso perder es a este tipejo... —comentó y acercó un poco más el vehículo, provocando estrés al motorista y reduciendo las posibilidades de salir airoso de un accidente.

—¡Lo vas a matar!

Esas fueron las últimas palabras de Lledó, antes de que el inspector embistiera la motocicleta que tenía delante. El golpe contra la rueda le hizo perder el control al motorista. El vehículo cayó, despedido en diagonal, y el cuerpo rodó sobre el asfalto. Rojo sabía lo que hacía y era consciente de que no lo mataría. Lledó se quedó sin habla. El inspector detuvo el coche, se quitó el cinturón y bajó.

—Cuenta hasta treinta y llama a una ambulancia.

Aturdido por el golpe, Raúl Verdú intentó ponerse en pie, sin demasiado éxito. Rojo lo agarró del brazo, tirando de él, lo sacó de la carretera y lo empujó contra un cajero automático. Desde la calle, se podían ver las luces de los balcones y a los vecinos que se asomaban a presenciar lo que sucedía.

—¿Tú? —exclamó tras la visera del casco—. Yo no he hecho nada, de verdad...

—¿Dónde está la chica? —preguntó, buscando una contestación en su lenguaje—. ¡Dime dónde tienes a Luisa Valverde!

—¡Soy inocente, no sé nada! —gritó, aguantando el sollozo. Rojo se percató de ello, de su fragilidad, impropia de un demente como el que buscaban—. ¡Se lo juro!

Lo soltó y el cuerpo, que parecía de plastilina, perdió el equilibrio durante unos instantes. Rojo levantó la vista y observó a los curiosos, que contemplaban la escena desde la retaguardia. Maldijo su suerte, pues aquello le traería otro escándalo público, y no era precisamente lo que más ansiaba. Pensó que, de haber estado Ripoll con ellos, no habría actuado de esa manera, pero por alguna razón, con Lledó presente, no le importaba lo más mínimo.

El compañero salió del coche, nervioso, desconcertado por la situación.

—¿Has llamado a la ambulancia? —preguntó, enfadado. El inspector asintió en silencio. Raúl Verdú ni se molestaba en intentar huir—. Quiero que conste en acta que este desgraciado se ha dado a la fuga, después de pedirle la documentación, ¿queda claro?

—Pero...

—No me vengas con tonterías, Lledó. ¿De qué lado estás?

Aguantaron la mirada unos segundos. Finalmente, el compañero se sometió a la petición.

—Recibido.

—Muy bien, pues ahora que se lo lleven... Lo quiero en comisaría enterito, para que nos lo cuente todo.

—¿No estás seguro de que sea él?

Rojo volvió a mirar al sospechoso.

—No he dicho tal cosa —dijo y comprobó la hora en su teléfono. Eran las once de la noche, lo que significaba que pronto le quedarían menos de treinta horas para resolver el asunto. Ver el

segundero corriendo hacia atrás, le provocaba una sensación de asfixia, como si llevara una soga al cuello—, pero tampoco quiero pillarme los dedos... o que me los corten.

Avanzada la medianoche, los inspectores no cruzaron palabra de regreso a la comisaría. El cansancio hacía mella y los sucesos acontecidos no ayudaban a disipar la tensión entre los dos. Rojo sostenía un presentimiento extraño. Tenían al sospechoso, al acosador de esa chica, pero no guardaba la satisfacción de haber terminado con su trabajo. No puede ser tan fácil, pensó, y menos viniendo de alguien que se toma la molestia de provocar un falso incendio en la universidad. Algo seguía escapándosele y el tiempo le comía terreno.

—¿Alguna noticia de Ripoll? —preguntó, rompiendo el hielo.

—No. ¿Debería tenerla?

Rojo tomó aire, apretó los nudillos y exhaló. Estaba al filo de perder el control.

—No, claro que no. Ya es mayorcita... Supongo que todo estará en orden.

El silencio retomó la tensión acumulada en el interior del coche. Rojo no estaba de humor.

—Respecto a lo ocurrido...

—¿Qué ha pasado, Lledó? Cuéntame.

El compañero midió bien lo que iba a decir.

—¿Y si no sabe dónde está esa chica?

—¿Bromeas? Tú mismo has dicho que es el acosador. ¿A qué viene esto ahora?

—¡No lo sé! ¿Vale? Estoy alterado. Es la primera vez que me veo en un caso como este... —explicó, elevando el volumen sin darse cuenta. Después se relajó—. En ningún momento he dicho que tuviera pruebas de que él es el secuestrador.

—Lo has dado a entender y los mensajes lo demuestran. Es un acosador, no tienes por qué preocuparte.

—Eso no significa que le haya puesto una mano encima. Además, ¿crees que sería tan estúpido de darse a la fuga antes de que lo encontráramos? Dudo que sea él quien te ha enviado esa nota...

Sus palabras, cargadas de miedo, ya no por el chico, sino por manchar su expediente para el resto de su carrera, hicieron reflexionar al inspector.

—¿Sabes lo que te asusta, Lledó? Detener a alguien que es inocente, verle la cara, mirarlo a los ojos y cargar con ese error —contestó sin desviar la vista de la carretera—. Asímelo, sea él o no, es uno de los sospechosos. ¿A santo de qué huía? En esta vida hay consecuencias para todo... En cuanto digieras que él ha provocado este percance, antes empezarás a dormir sin remordimientos.

—No ha sido un accidente, Rojo...

Un destello en forma de idea alumbró la mente del inspector. Pese a las maneras que tenía Lledó para explicarse, a su argumento no le faltaba razón. Trabajar bajo presión, elucubrar a contrarreloj, siempre le ayudaba a rendir mejor.

—He cambiado de opinión —comentó, ignorando las palabras del compañero, y dio un giro brusco para alterar la dirección—. Vamos al hospital. Le preguntaremos a ese Verdú quién de los dos tiene la razón.

\* \* \*

Dejaron el coche en el aparcamiento del hospital y fueron directos a Urgencias, donde aún se encontraría Raúl Verdú, antes de que le dieran el alta. Las intenciones de Rojo no eran otras que las de evitar que el detenido recogiera el parte por lesiones. Se identificaron en la recepción y fueron directos a la sala en la que atendían al sospechoso.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el médico que custodiaba al estudiante—. No pueden estar aquí en este momento. Deben esperar fuera.

Lledó le tocó el brazo a su compañero, para sugerirle que saliera, pero el inspector se negó.

—Esto es ilegal —comentó el detenido—. Tengo mis derechos como ciudadano. ¡Pienso denunciaros a los dos!

—Doctor, salga un minuto.

El médico se quedó quieto, impassible.

—No voy a dejarlo solo.

—Ah, ¿no? —preguntó el inspector, con los brazos en jarra—. ¿Tiene hijas, doctor? ¿Hermanas? ¿Esposa?

—Sí.

—Ajá. ¿Va a hacerse el valiente, defendiendo a un acosador?

El hombre miró a Raúl Verdú, que negaba con la cabeza.

—Eso es mentira, no le escuche...

—Este elemento, por llamarlo de algún modo, se ha resistido cuando le hemos dado el alto... —aclaró Rojo—. Hay una joven desaparecida y él sabe dónde se encuentra. Denos un minuto para hablar con él, es todo lo que pedimos antes de que se salga con la suya. Déjenos hacer nuestro trabajo y permitiremos que usted realice el diagnóstico. De lo contrario, imagine lo que pensarán sus familiares cuando esto salga en las noticias.

—No, no, doctor...

—Un minuto —dijo el médico, con la expresión estirada, lamentando la situación.

—Que sean dos, por si acaso —rectificó Rojo y esperó a que la puerta se cerrara. Después observó al sospechoso, que mostraba parte del torso contusionado, aunque sin fractura alguna. Había tenido suerte con la caída y el casco le había salvado de partirse el cuello. Leyó su lenguaje corporal, aterrado y nervioso. Le asustaba la presencia de los dos hombres, que lejos quedaban de velar por su seguridad. El inspector Lledó se mantuvo quieto, junto a la puerta, expectante por lo que su compañero haría. Rojo avanzó hacia la camilla sobre la que estaba sentado el detenido. Apretó los labios y asintió con la cabeza—. Entonces, ¿qué? ¿Nos lo cuentas aquí o duermes en el calabozo esta noche?

—No pienso deciros nada... porque no sé nada. Dejadme en paz.

Rojo estudió su respuesta y se fijó en la mano diestra, que estaba inflamada y herida a causa de la caída. Entonces recordó que el secuestrador era zurdo. Aquello no le gustó.

—¿Cómo está tu mano?

Él se miró los dedos.

—Me duele... Le he apoyado al caer, pero ha sido peor de lo que esperaba —dijo y la escondió tras la espalda—. No intentéis ir de buenos conmigo, no conseguiréis que me arrepienta, ni vais a quedar impunes de esto. ¡Me habéis asaltado!

—Escucha, listillo —dijo Rojo, con voz relajada, preparado para terminar con el supuesto drama que fingía el interrogado—, no te hagas el chulo conmigo. Ambos sabemos que nunca lo has sido, así que será mejor que olvidemos nuestro encontronazo, por llamarlo de algún modo, y que lo dejemos como un mero, ya sabes... Cualquiera tiene un mal día.

—¿Es una broma? —preguntó, ofendido—. ¡Doctor! ¡Enfermera!

—Por tu bien, cierra la boca... Sabemos que la acosabas, tenemos la prueba. ¿Eres consciente de la que te puede caer por eso? ¿Acaso te has parado a pensar que es la hija de un político con influencia? —soltó. Los ojos del chico se apagaron y el inspector entendió que ese joven no era el hombre que buscaba—. Te diré cómo termina esto... Si le pasa algo a Luisa, te caerán unos cuantos años por acoso y por ser el único sospechoso de asesinato. Se encargarán de convencer al juez de turno para que no veas la luz en unos años y te hundirán la vida, sin remordimientos... Así que más vale que aceptes lo que te voy a proponer, porque, con lo que sumas ahora mismo en tu expediente, ni tu abogado puede salvarte de las duchas de Foncalent.

La simple idea de cumplir condena en la cárcel, le hizo ahogarse en su propia ansiedad.

—Es un farol, sé que es un truco para asustarme, pero ya te he dicho que soy inocente.

—No, no lo eres.

—Yo no tengo nada que ver con la desaparición de Luisa.

—Si tú no la has secuestrado, ¿a quién defiendes?

Raúl Verdú llenó los pulmones, cargado de impotencia, y se guardó la respuesta.

—Ya lo he dicho todo —insistió—. Ni yo sé nada, ni vosotros vais a encontrar evidencias para acusarme... Soy inocente. Tengo derecho a un abogado... y que sepáis que me dais asco. Voy a mover cielo y tierra para que os metan en un buen apuro.

«Siempre la misma cantinela...».

Rojo suspiró y miró por el rabillo del ojo a Lledó, que seguía en la entrada. Una pena, lamentó.

Se acercó a Verdú con paso tranquilo, le agarró los dedos de la mano herida y apretó con todas sus fuerzas. Los ojos del chico se abrieron de par en par.

—Si gritas, te dejo como a Cervantes —murmuró a escasos centímetros de aquel rostro colorado, a punto de estallar—. Te voy a dar una segunda oportunidad para que recapacites y me cuentes todo lo que sabes sobre Valverde... Si no lo haces, encontraré a ese chiflado y te aseguro que me encargaré de ti también.

—¡Está bien! —contestó con un grito desafinado. El inspector le soltó la mano y el chico se retorció de dolor—. ¡Dios! ¡No tenías por qué hacer eso!

—Llévelo y ayúdele a subir al coche, inspector —dijo Rojo, dirigiéndose a la entrada—. Yo hablaré con ese médico para decirle que nos vamos.

—Hijo de perra... —espetó el estudiante en voz baja, encorvado a causa del dolor.

—Sabía que, después de todo, eras un chaval con las ideas claras.

La lámpara del techo era la única iluminación en aquel cuarto. Raúl Verdú estaba sentado frente a una mesa de aluminio, en una habitación que olía a rancio, y vigilado por la mirada de los agentes. Rojo le acercó un vaso de plástico con agua. Habían llegado a un acuerdo.

El detenido estaba dispuesto a hablar y a no denunciar a los policías, si lo dejaban libre. A pesar de las discrepancias de Lledó, Rojo aceptó el trato sin negociar. Por supuesto, no iba a permitir que el acosador volviera a actuar en el futuro, aunque de eso se encargaría más tarde. Para él, lo que primaba en ese momento era encontrar a Luisa Valverde.

—Ahora, dime dónde y con quién está esa chica.

—Ya os lo he dicho... —contestó, agachando la cabeza—. No lo sé, no tengo ni idea.

Rojo arqueó una ceja. Sintió que le había tomado el pelo.

—Mira, chaval, son las dos de la mañana y el carácter se me agría a estas horas... No empieces con tus juegos, no intentes cabrearme.

—¿Y qué más da? —cuestionó—. Si no me hundís vosotros, lo hará ella.

—¿De qué hablas?

Verdú se dio cuenta de que era tarde para recular y corregir lo que había pensado en voz alta. Por un momento, Rojo estimó que podría ser un farol, pero su expresión arrepentida era demasiado natural como para controlarla.

—¿Ella? —preguntó confundido—. ¿Te refieres a Valverde?

—¿Qué? ¡No! —negó con la cabeza—. Quiero que quede claro que yo no soy ningún acosador, ya os lo he dicho. Todo esto ha sido una trampa.

Rojo se frotó los ojos por culpa del cansancio. Odiaba los rodeos y ese chico lo estaba sacando de sus límites.

—Sé más claro, porque no te estoy siguiendo...

—Yo no tengo nada que ver con Luisa, os lo juro. Apenas pudimos hablar cuando María le escribió todo aquello.

Rojo miró a Lledó para que tomara nota del testimonio.

—¿María? —repitió el inspector—. ¿La chica que vino contigo y con el profesor Carrasco?

—Sí... —dijo, a regañadientes—. María y yo estuvimos saliendo una temporada... Bueno, en realidad fueron tres semanas, hasta que terminó el trabajo de Fundamentos de la Comunicación y descubrí que me había utilizado para aprobar la asignatura. Pequé como un idiota.

—¿Y qué tiene que ver esto con los mensajes a Valverde?

El chico frunció el ceño, luego miró al policía, avergonzado por lo que había hecho. A Rojo le abrumaba tener que lidiar con los problemas sentimentales de un veinteañero falto de lecciones de vida.

—Durante las semanas que compartimos, ella usaba mi ordenador cuando lo necesitaba. ¿Qué iba a sospechar yo? Éramos novios, estábamos saliendo... Luego me di cuenta de ello, claro... —explicó, decepcionado de sí mismo—. Cuando supe que había estado con otro, a la vez que conmigo, durante todo ese periodo, no gestioné bien mis emociones.

—Entiendo... —comentó Rojo, buscando un punto de empatía, aunque le costó encontrarlo. Para él, aquel joven, con cada explicación que añadía, representaba la ausencia de masculinidad, todos aquellos errores que un hombre debía cometer para terminar frustrado de por vida—. Sigue, ¿qué hiciste?

El chico miró al inspector.

—No estoy orgulloso de esto... —comentó y chasqueó la lengua—. Le advertí que lo haría público, que se lo contaría a Carrasco. Ella me amenazó con hundirme la vida. Me dijo que todo el mundo sabría la clase de perverso que soy, que nadie creería mi versión y que me buscaría un problema si me atrevía.

—Pero, ¿por qué Luisa?

Él sonrió, recordando días mejores.

—Tampoco me di cuenta de eso, hasta que fue tarde para solucionarlo —contestó—. Luisa y yo comenzamos a hablar hace unos meses. Nada serio, ¿vale? Simples compañeros. María se dio cuenta de esto y fue a por mí.

—Pero Valverde no te denunció...

—No, no lo hizo. Le dije que yo no tenía nada que ver con los mensajes, que alguien se había hecho pasar por mí.

—¿Y te creyó?

—No lo sé, pero dejó de hablarme en cuanto empezó a liarse con Carrasco. Y a María le molestó eso.

—¿Cuántas estudiantes se han liado con el profesor?

El alumno resopló.

—Es un tipo extraño, pero se las lleva de calle. No sé si con favores, o con qué... El caso es que no quería verme en medio de un triángulo amoroso al que no pertenecía. ¿Lo entendéis?

—Más o menos —respondió Rojo y soltó un soplo. Se preguntó cómo podía alguien ser tan imbécil—. ¿Qué nos puedes contar de Rocío Quirant? ¿La conocías?

—Sí, claro, iba a mi clase, pero nunca hablé con ella... También tuvo una relación con él, ¿verdad?

Rojo miró a Lledó con complicidad. No supo muy bien si su compañero pensaría lo mismo que él, pero el nombre de Carrasco no dejaba de repetirse en su cabeza.

—¿Qué nos puedes contar del profesor?

Él se encogió de hombros.

—De veras, es todo lo que sé... —dijo Verdú, abatido—. No soy un acosador, ni tengo nada que ver con la desaparición de Valverde, os lo juro por mi madre.

—No metas a tu madre en esto. Entonces, ¿por qué huías?

Sus ojos se abrieron como dos persianas.

—¿Quería esconderme! —exclamó, desesperado—. ¿Alguna vez habéis vivido con el miedo de que una persona os arrebatara la vida que tenéis? Y, todo, por haberos fijado en quien no debíais...

Sus palabras alcanzaron al inspector que, en un acto inconsciente, no pudo evitar pensar en Elsa, su pareja, la madre de su hijo y la persona que había convertido sus últimos años en un



pozo oscuro y profundo.

Entonces, alguien tocó a la puerta desde el exterior. No esperaban visita, ya que nadie sabía que estaban allí. Interrumpieron el interrogatorio y Rojo abrió la puerta.

Era Ripoll. Al verla, el inspector tuvo una agradable sensación de paz y tranquilidad.

—Subinspectora —dijo. Ella se fijó en el detenido y después miró a Lledó. Podía hacerse una ligera idea de lo que había ocurrido en su ausencia, y eso le disgustó—. ¿Qué hace trabajando a estas horas?

—¿Podemos hablar un minuto en privado?

Rojo miró a Lledó y le hizo una seña para que se hiciera cargo de Verdú.

—Por supuesto.

\* \* \*

Los dos policías abandonaron la sala de interrogatorios y caminaron hasta el escritorio de la subinspectora. Rojo advirtió su molestia, presente en la cara, pero también en su forma de caminar. Ripoll se mostraba silenciosa y pensativa.

Cuando llegaron, Rojo se rascó la nuca y esperó a que ella comenzara a hablar, pero no lo hizo.

—¿Y bien? —preguntó él, harto de soportar aquel embarazoso silencio—. ¿Qué ha descubierto de Carrasco?

—¿De verdad, inspector? ¿Eso es lo que quería? —cuestionó la mujer, haciendo un esfuerzo para aguantar la impotencia—. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué tenía que cargar con él de esa manera?

—Ripoll, parece que se olvida de los galones.

—¡Y usted de quién han pedido la cabeza! —exclamó, desatada, y se arrepintió de sus palabras al instante. Rojo recibió la respuesta como un buen puñetazo en el hígado, directo y contundente, de los que rara vez se olvidan—. Lo siento, no quería...

—No, está bien, no ha pasado nada —contestó él, retirándose del cuadrilátero verbal. Sintió que le debía una explicación, pero era su subordinada. Hay ciertas líneas que un superior jamás cruza, reflexionó—. El chico se dio a la fuga cuando le dimos el alto.

Ella no le creyó, pero a él le dio igual. Ripoll resopló de indignación y Rojo se alegró, en algún lugar de su alma, de tenerla allí de una sola pieza.

—Hice lo que me pidió y me aseguré de que Carrasco estuviera a salvo —comentó.

Por sus palabras, el inspector percibió que la subinspectora había descubierto algo.

—¿Sorpresas?

—No, Carrasco se encontraba en su domicilio, sin compañía.

—¿Eso es todo?

—Sí... —dijo Ripoll, haciendo un esfuerzo por explicarse—. Supongo que sí.

—Venga, cuéntemelo. Si ha notado algo, debería compartirlo.

Ella se armó de valor.

—Es sólo que... —respondió, llena dudas—. Mire, ha sido una extraña impresión que he tenido, nada más que eso. Su forma de tratarme era... distinta.

Rojo ladeó la cabeza.

—Defina distinta, no se sienta incómoda. ¿Ha intentado algo?

—No, no se iba a atrever. Lo habría abatido de un golpe... Sin embargo, conozco esa mirada, ¿sabe? La he visto antes en otros hombres... y no me gusta nada.

El inspector tensó la mandíbula. Los años de experiencia le habían demostrado que una intuición de mujer valía más que tres hombres pensando.

—¿Sospecha de él?

—Como de cualquiera... Su archivo está limpio. ¿En qué piensa, inspector?

A Rojo le vino a la mente una idea disparatada, pero que podría cobrar sentido si ataba algunos cabos.

—Si la confesión del detenido es cierta, Carrasco estuvo con Rocío Quirant, la primera víctima, y también con Lidia Valverde —explicó—. Ha confesado que tiene una relación amorosa con María Hernández, la estudiante con la que ha declarado... Pienso en el peor de los casos, en que sea él quien mató a esa chica y ahora piensa hacer lo mismo con Valverde, pero no puede ser él...

—¿Por qué no?

—¡Porque lo habría reconocido! —gritó y su voz se perdió en la sala, que ahora se encontraba vacía, a excepción de ellos dos. La subinspectora estaba al corriente de la situación, aunque desconocía muchos detalles, por lo que no supo interpretar las palabras del superior. Cuando se dio cuenta del error, la miró a los ojos, planteándose si debía seguir adelante y confiar en ella, en lugar de ignorar lo que había dicho en voz alta—. Es una larga historia, subinspectora... Digamos que el hombre que buscamos intenta arruinarme la vida.

En ese momento, el rostro de Ripoll era un cuestionario infinito de interrogantes, pero su profesionalidad estaba por delante. Ella entendió que Rojo necesitaba apoyo, un voto de confianza a tiempo. Prudente, regresó al tema principal de la conversación.

—No importa lo que haya hecho, tenemos que salvar a esa muchacha y también a las que todavía no ha secuestrado —dijo Ripoll, dejando a un lado el pasado del agente—. Siendo sincera, podría ser él, pero no tengo la experiencia para hacer un juicio tan rápido. Es la unión que enlaza a las dos jóvenes y...

—¡Espere! —exclamó y miró alrededor de la oficina—. ¿Dónde están los periódicos?

—Creo que en el estante del final.

Rojo corrió hacia un mueble cargado de archivadores y papeles. Allí, en lo alto, encontró los diarios de los últimos tres días. Leer la prensa no era una tarea obligatoria, pero les ayudaba a estar al corriente. Rojo buscó el ejemplar del día anterior. Ripoll lo siguió para ver qué encontraba. El inspector abrió las páginas y llegó al breve que había leído mientras se tomaba el café matutino.

—Aquí... —dijo, señalando con el índice la noticia—. Tamara Sempere, busque el caso de esta chica.

—¿Quién es?

—Hace diez años, Tamara desapareció en la universidad y no se supo más de ella —explicó el inspector, releyendo la noticia en voz alta—. El caso se cerró con dos sospechosos que quedaron en libertad, a falta de pruebas... Existe una posibilidad remota de que mis teorías encajen.

—Con todos mis respetos, Rojo, no es momento de jugar a los acertijos...

Los ojos del inspector se llenaron de brillo.

—Hace diez años exactos, yo me encontraba de servicio en Cartagena, en plena revuelta

industrial. Fue el año en el que le prendieron fuego a la Asamblea Regional... Jamás olvidaré ese día porque casi no salgo vivo para contarlo.

—No me malinterprete, conozco los hechos, pero, ¿qué tiene que ver esta chica con Cartagena y el caso que investigamos?

—El cóctel molotov que incendió el interior, iba para mí, querían acabar conmigo... — aclaró, removiendo un episodio pasado del que no había vuelto a hablar desde entonces—. Por esa época, estaba ayudando a una mujer, la que sería más tarde la madre de mi hijo, a dar con el paradero de una chica desaparecida...

—¿Y la encontró?

—Sí, aunque nunca lo hicimos oficial. Todos tenemos derecho a empezar de cero.

—Entiendo, a pesar de que aún no entiendo qué conexión tiene esto con...

—Ni yo, pero siempre supe que algún día, alguien vendría a saldar sus cuentas por cómo cerré el caso... ¿Tiene la ficha de Rogelio Carrasco? —interrumpió, absorbido por sus conjeturas—. Vamos, ¡muéstremela!

Ripoll buscó entre las carpetas y sacó una amarilla con el nombre de Rogelio Carrasco escrito a bolígrafo. En el interior, las fotocopias junto a la declaración que había hecho durante la mañana.

—Aquí tiene —dijo, entregándosela—. ¿Qué es tan importante?

Una sensación de rabia y de dolor se apoderó de él. Estaba furioso y deseó romper algo en cientos de pedazos. Lo había tenido tan cerca que se volvió invisible a sus ojos.

Rogelio Carrasco Mirete, nacido hacía cuarenta y siete años en Benferri, un pueblo de la Vega Baja alicantina, llevaba trabajando como profesor asociado en la Universidad de Alicante desde hacía diez, el mismo año de la desaparición de la oriolana Tamara Sempere.

—Cabe la posibilidad de que fuera él quien secuestró a esa chica hace una década. En ese caso, no podríamos obviar los hechos...

—¿Y por qué esperar diez años para volver a actuar?

Eso mismo se preguntó Rojo. Las posibilidades eran tantas, que no tenía tiempo ni coraje para pararse a pensar en ellas. Debía moverse, pedir una orden de detención y registrar la vivienda, encontrar un motivo para demostrar que Carrasco era el culpable, porque si no lo hacía, el secuestrador habría conseguido lo que quería.

Comprobó la hora. Eran las dos de la madrugada.

Supo que Pérez no se alegraría por la llamada, pero no podía esperar a que saliera el sol.

A las nueve y diez de la mañana, el Ford Sierra cruzaba el centro de la ciudad de Alicante. Un zeta con tres agentes acompañaba a Rojo y a Ripoll, que iban juntos en el mismo vehículo. Lledó se había quedado en la oficina por decisión mutua. Rojo pensó que allí les sería más útil. Aparcaron frente al edificio en el que se encontraba la residencia de Carrasco, el mismo al que la subinspectora había visitado la noche anterior. Coordinados, subieron hasta la cuarta planta. Rojo, con la orden en el bolsillo, les hizo una señal para que aguardaran junto a las escaleras, hasta que recibieran el aviso. Escoltado por la subinspectora, caminó hacia la puerta del apartamento de Carrasco y tocó el timbre. Luego contó hasta diez.

—¡Abra, Carrasco! ¡Le habla la Policía!

La aparente ausencia se terminó pronto. Segundos después del aviso, alguien liberó la cerradura de la puerta. Al abrir hacia dentro, Carrasco se presentó vestido y preparado para salir, como en cualquier día laboral.

—¿Qué es todo esto? —preguntó confundido. Rojo empujó la puerta con la mano y se abrió paso en el corredor—. ¡Oiga! ¡No puede hacer eso!

El inspector le tiró la orden y ésta cayó al suelo. El profesor se agachó a recogerla cuando vio al resto de agentes que irrumpían en su propiedad. Entonces se cruzó con ella.

—Vaya, inspectora... —dijo, poniéndose en pie al notarla entrar. Sin girarse, Rojo percibió el tono con el que se dirigía a ella. No le gustó en absoluto—. Me alegra verla de nuevo, ¿qué intentan encontrar aquí? ¿Qué motivos tienen para montar esta escena?

—Mis compañeros harán un registro en su vivienda, el tiempo que haga falta —dijo ella con voz neutra y sin mostrar un ápice de simpatía. Ripoll sentía asco hacia ese hombre—. Mientras tanto, me gustaría hacerle unas preguntas.

—Por supuesto. Colaboraré en todo lo que necesiten. ¡Agente, por favor, no toque eso!

Rojo buscó en las habitaciones, bajo los colchones de la cama. El apartamento era pequeño, tenía dos dormitorios, un cuarto de baño, una cocina y un salón con terraza. Era imposible que escondiera los cadáveres allí, pero seguro que guardaba algún fetiche de sus víctimas. Todos los sádicos lo hacían. Había encargado a Ripoll que lo entretuviera, mientras él indagaba por los rincones más discretos del apartamento. Golpeó los azulejos del cuarto de baño, buscando una falsa pared, un cajón escondido o una simple grieta en la que guardar algo. Pero no dio con nada. Después volvió a escudriñar el piso desde el principio. Cuando visitó la cocina, oyó la conversación que tenía con la agente.

—¿Por qué nos ocultó que había mantenido una relación con Luisa Valverde y con Rocío Quirant? —preguntó la subinspectora, haciendo temblar esa seguridad que el profesor desprendía, a pesar del aspecto de enclenque que poseía.

—¿Mi vida privada es relevante para la investigación? —cuestionó, sin un ápice de nerviosismo—. No lo creo... De verdad, si intentan buscarme las cosquillas, no van a lograr

nada. De hecho, estoy siendo demasiado amable con ustedes.

—Conteste..., por favor.

—Su compañero no me preguntó acerca del tema. Nada más.

—¿Qué clase de relación sentimental tenía con ellas?

—Oiga, inspectora... —dijo, reculando, y mostrándose ofendido, pero a Rojo le sonaba como si estuviera en la función de un teatro barato—. Ellas ya son mayores de edad para decidir lo que hacen con su vida y con quién desean dormir. Eso no quiere decir que les haya puesto la mano encima. Estoy soltero, no tengo familia y no infrinjo ninguna ley. ¿Qué me sucede? Me atraen las mujeres jóvenes, ¿me van a acusar por eso también?

—No se le acusa de nada... todavía.

Poco a poco, con cada pregunta, Carrasco sacaba a la luz esa insolencia que había escondido hasta entonces. El tiempo se acababa, allí no encontrarían nada más y no tenían un motivo para llevárselo a la comisaría. Rojo regresó al salón y observó el rayo de luz que entraba directo por la ventana y golpeaba en la balda que había encima del televisor. Una fina capa de polvo se acumulaba sobre la madera, pero por alguna razón, había un rectángulo que estaba limpio. Entonces recordó lo que Gutiérrez le había dicho sobre aquel barco dentro de una botella de cristal. En efecto, no lo había visto por ninguna parte, pensó. ¿Realmente era importante?

—¡Eh! ¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Rojo, interrumpiendo la conversación y señalando al mueble. La subinspectora y Carrasco se acercaron a él—. En este lugar falta algo. ¿Qué es?

Él se encogió de hombros.

—He movido algunos libros.

—Déjese de juegos —dijo e insistió. Ambos sabían lo que faltaba, pero el inspector no podía mencionarle el objeto—. Estoy harto de su falsa modestia. ¿Dónde lo ha escondido y por qué?

—¿El qué? ¡De veras, delira! —exclamó, elevando el volumen y mirando a los otros policías para dejar en evidencia al inspector—. En serio, ¿de qué va todo esto? Tengo la impresión de que está sobrepasando sus competencias.

La provocación aumentaba las ganas que Rojo tenía por romperle unos cuantos dientes.

—Si no me dice dónde está lo que ha escondido, le llevaré a comisaría en la parte trasera de mi coche.

Carrasco, aguantó la mirada y dibujó una mueca en su rostro. Después juntó las muñecas y se las ofreció al inspector.

—Hágalo, comete una equivocación.

La subinspectora Ripoll observaba al superior, confusa, sin saber muy bien cómo proceder. Los arranques de Rojo eran un secreto a voces, un chisme que había corrido como la pólvora entre la plantilla de agentes de la comisaría. Sin embargo, era la primera vez que ella lo veía actuando de esa manera, saltándose las normas, generando problemas innecesarios para él y para quienes lo acompañaban.

—Espósenlo, se viene con nosotros.

—Inspector... —intervino Ripoll. Se formó un silencio en el salón del apartamento. Rojo dio la orden y uno de los agentes se llevó al profesor de la vivienda.

—Esto es una ofensa a mi honor... —dijo Carrasco, mientras se marchaba—. Presentaré la denuncia oportuna para que les penalicen por ello.

—¿Tú también, Ripoll? —preguntó, saltándose la formalidad—. ¿Vas a llevarme la contraria?

—En absoluto, inspector, sólo digo que...

—Mejor, guárdatelo.

—El apartamento está vacío —insistió—. Por mucho que le presionemos, quedará libre. Ese hombre tiene razón. Deteniéndolo no haremos más que cabrear al inspector jefe, si no lo hemos hecho ya. Se lo estoy pidiendo como compañera, de verdad, piénselo antes de subirlo al coche.

Hacia rato que el policía no escuchaba a la subordinada, mientras ordenaba la conversación que había tenido con el sujeto. El barco en el interior de la botella, el dichoso objeto era la clave. De pronto, las piezas del rompecabezas encajaron a la vez. El pulso se le aceleró en cuestión de segundos. El corazón le latía tan fuerte, que podía sentirlo en la sien.

—Tienes razón.

—¿Qué?

Cargado de rabia, abandonó el apartamento con paso firme. Ella siguió su recorrido, con el presentimiento de que algo horrible iba a suceder. Cuando llegaron al exterior, Rojo fue tras el detenido. Primero llamó la atención de los agentes que lo acompañaban al zeta, después se dirigió al profesor.

—¡Eh, tú, miserable!

Cuando Carrasco se giró, Rojo le propinó un puñetazo directo al estómago. El sujeto se contrajo como un acordeón, sin poder defenderse del golpe, y las gafas cayeron al suelo. Uno de los agentes intentó detener al inspector, que iba decidido a darle otra reprimenda.

—¡Es un chalado y un sádico! —exclamó, aún retorcido por el dolor—. ¡No me extraña que lo investigaran! ¡Es un peligro social para la ciudadanía!

—No te vas a escapar de ésta, maldito cabrón.

Los hombres lo metieron en el coche, Rojo lo siguió con la mirada, pero Carrasco hizo su papel delante de los agentes que lo custodiaban. Ripoll, a escasos metros, observaba la escena.

—¿Lo has oído?

—Inspector, será mejor que regresemos a la comisaría.

—¿Cómo carajo sabía lo de mi caso?

—Lleva muchas horas despierto —comentó, decepcionada porque ni siquiera se había parado a pensar en su consejo—. Todos necesitamos un descanso.

—Ripoll, no me diga que no lo ve, ¡por Dios! ¡Es él!

Ella no dijo nada al respecto y caminó hacia el vehículo del inspector. Los teléfonos de ambos agentes sonaron. Comprobó la pantalla y reconoció el número de la central. Un sentimiento de pérdida lo abrumó. Por alguna razón, a pesar de tener al salvaje que había matado a esa chica, sintió que no había logrado nada.

Sentado en una silla en el interior del despacho de Pérez, el inspector escuchaba por última vez a sus superiores. Unas largas y definitivas vacaciones. Esas fueron las palabras que usó el inspector jefe para definir su final. Marchirant, por su parte, tuvo menos tacto a la hora de exigir el cese definitivo de Rojo y de cualquier actividad que estuviera relacionada con la Policía.

Estaba tranquilo, como si el peor de los finales ya estuviera sucediendo. Había ocupado tantas veces la bancada del acusado, que ya ni sentía los nervios de la primera vez. En el oficio existe una delgada línea que rige la vida de cualquier trabajador, sin importar su profesión. Rojo era consciente de que muchos de los agentes, en su mayoría jóvenes que se habían enfrentado a unas pruebas de acceso muy diferentes a las que exigieron al inspector en su época, trabajaban por la estabilidad de su salario. Tal vez éste no fuera el más alto, y puede que merecieran una subida generosa por la labor que desempeñaban, pero eran los cachorros del Gobierno y eso los convertía en una pieza sólida y estable del Estado. Rojo era consciente de ello, de la situación y de la ventaja que uno podía tener sobre ésta, si sabía cómo jugar sus cartas.

Por supuesto, no siempre se ganaba.

Muchos abandonaban por presión, por miedo a las represalias internas cuando se caminaba a contracorriente, pero él no formaba parte de ese grupo. Llevaba años tensando los cables de las propias normas que regían allí dentro y aún nadie había logrado que abandonara. Pero esta ocasión era diferente.

Ese día, la oficina tenía un olor extraño, un ligero halo de fin de ciclo, de cierre de capítulo. ¿El final?, pensó. Todo tiene uno, se dijo. Su prioridad seguía siendo la misma, y ahora se había convertido en una cuestión personal: encontrar a Luisa Valverde con vida.

—Su vaso se ha colmado por completo, Rojo —dijo Pérez, a modo de conclusión poética, sentenciando el futuro del hombre que tenía delante. El comisario, con el rostro encogido y colorado, esperaba su turno, como el buen verdugo que era—. El profesor Carrasco va a presentar cargos contra usted, por abuso de la autoridad y agresión. La noticia ha llegado a oídos del rector y el partido de la oposición no tardará en usar los hechos como arma política contra el Gobierno actual. ¿Se hace una idea de la imagen que deja de nosotros? Por si no teníamos suficiente...

—Está acabado, fuera del Cuerpo, Rojo —intervino el comisario, señalándolo desde arriba con el índice—. Desde este momento, ya no tiene lugar en esta comisaría, ni en ninguna otra. Cuando salga por esa puerta, despídase de todo. Es usted lo más miserable y vergonzoso que me he encontrado por aquí.

—¿Me está echando, comisario?

—¿Será insolente? No sólo lo estoy expulsando, sino que me aseguraré de que no vuelva a velar por la seguridad de nadie.

—Lo siento, pero no puede hacer eso.

—Ya lo creo que sí —dijo y se rascó el mentón—. Poseemos pruebas suficientes para que Asuntos Internos acelere la investigación. Créame, sé de lo que hablo.

—¿Ha encontrado huellas más en la escena del crimen? Venga, por favor...

—Es usted un gracioso —apostilló el comisario—. A pesar de que le dijéramos que se mantuviera al margen del caso, no perdió el tiempo en presionar a sus compañeros para que le filtraran documentación sobre los progresos. Tenemos conversaciones y llamadas.

Rojo giró la cabeza y miró por la ventana, buscando a Lledó en la distancia. Sus ojos se cruzaron, pero el inspector desvió la atención hacia la pantalla del ordenador.

—Menudo Judas..., aunque no me sorprende.

—Él ha hecho su trabajo. Le obedeció a usted y también a nosotros —explicó—. Llegará lejos. Obligó a su compañero a saltarse los códigos. ¿Quién se cree que es? ¿Harry el Sucio? No busque culpables, aquí el único responsable es usted.

—¿Tiene algo que decir al respecto, Rojo? —preguntó Pérez.

El inspector estaba tranquilo, a pesar de que no parecían por la labor de escuchar lo que tenía que contarles. La postura corporal de ambos era evidente. Incluso llegó a creer que se alegraban de su situación. Pero no estaba todo perdido, pensó. Aún tenía veinticuatro horas para encontrar una prueba que delatara a Carrasco, con o sin la ayuda del Cuerpo. Era consciente de que los dos hombres que tenía delante lo iban a presionar para que lo hiciera de inmediato, así que debía negociar con ellos. Eso era lo que buscaban, que la chica quedara libre y todo se solucionara lo antes posible, dejando aquel episodio como una mancha negra en la historia del Cuerpo.

—No, supongo que no.

—Entonces, por su bien, será mejor que redacte esa declaración para la prensa —sugirió el comisario—. Yo mismo me encargaré de hacerla llegar a los medios... Y no olvide añadir una disculpa al Cuerpo.

Rojo suspiró y se puso en pie.

—Está bien, mañana la tendrán.

El inspector jefe no esperaba una respuesta tan pacífica, pero el comisario no opinaba igual.

—¿Mañana? —cuestionó Marchirant y miró a Pérez con indignación—. No se equivoque, ¡hágalo ahora!

—Es mi última voluntad —añadió en tono jocoso—. Cumplan con su palabra y así haré yo también.

Después caminó hacia la puerta.

—¡Rojo! —exclamó el superior.

—¿Sí?

—No intente largarse y cumpla con la suya.

—Siempre lo he hecho... y lo volveré a hacer, aunque sea por última vez.

\* \* \*

Al salir de la oficina, no se detuvo para tener unas palabras con Lledó. Buscó a la subinspectora, con la mirada, pero no la encontró en su escritorio. Veinticuatro horas, eso era todo lo que tenía para darle la vuelta al tablero y ganar una partida que se ponía, cada vez más, cuesta arriba.



Abandonó el edificio, subió al Ford Sierra y condujo hasta la consulta de la terapeuta. La secretaria reaccionó sorprendida cuando lo vio entrar.

—La señorita Galiana está ocupada. ¿Tenía cita con ella?

—¿Hay alguien dentro? —preguntó Rojo.

—No... ¡Espere!

El inspector abrió la puerta y los ojos de la mujer se despegaron de la pantalla del ordenador.

—No recordaba que tuviéramos una cita... —dijo, desconcertada al ver los movimientos de su paciente. Rojo cerró, sin pedir permiso alguno y caminó hacia la butaca. Después se sentó. Ella intentó comprender qué hacía allí, pero quizá ni él mismo tuviera una explicación para eso —. Lo siento, inspector, no puedo atenderle sin una reserva, no he preparado...

Recostado, con una pierna cruzada en horizontal, la interrumpió.

—Ya no soy policía, así que llámeme Rojo, a secas —dijo y se frotó la barba áspera, de varios días, que cubría su rostro—. Estoy aquí para decirle que nuestras sesiones han terminado.

—Entiendo. Ha venido a despedirse... —dijo ella, expectante—, pero no tiene por qué ser el final. Si lo desea y le ayuda, podemos continuar con las sesiones, aunque tendríamos que concretar otra fecha, Rojo. Verá, hoy tengo...

Rojo volvió a rascarse la barba.

—¿Alguna vez se ha enamorado perdidamente de alguien? —preguntó. Ella giró la cabeza—, cuando era joven.

La espalda de Galiana se arqueó como la de un felino. A pesar de los años, el tacto de Rojo seguía ausente.

—Más joven, quiero decir.

—No sé lo que pretende con su pregunta.

—Ya me entiende, uno de esos amores pasionales, en los que se pierde la razón y nos dejamos llevar por el impulso...

—¿Ha conocido a una mujer?

Él levantó la vista.

—Llamémoslo, curiosidad, doctora —comentó—. Estoy seguro de que usted tiene más experiencia sobre estas cosas, que ha escuchado más historias que yo, al respecto... Me gustaría saber qué es lo que hace que alguien caiga en el hechizo y después se desencante por completo.

—El lenguaje de las emociones es complejo, Rojo. Cada persona es diferente y, a la vez, todas nos enamoramos de un modo similar. Comprendo su curiosidad, aunque lamento decirle que mi trabajo se centra en otras áreas de la psique...

—¿Una infidelidad? —insistió él, obcecado por encontrar una respuesta—. ¿Eso bastaría?

La doctora Galiana se puso en pie para acompañar a su paciente a la salida. Rojo siguió sus pasos, ahora más relajado, intuyendo sus intenciones.

—De verdad, no puedo atenderle, tengo mucho trabajo... —dijo ella, incómoda por el comportamiento del hombre—. Reserve una cita y hablaremos de ello largo y tendido, se lo prometo, pero en otro momento.

—Doctora...

—Lo siento, no soy una experta en asuntos amorosos, ni tampoco tengo mucha experiencia —contestó, empujándolo con suavidad hacia fuera—, pero si quiere una respuesta, dígame que esa persona nunca la amó.

Los ojos de Rojo se iluminaron.

—Gracias. Ha sido usted de mucha ayuda.

—Adiós, Rojo. Que tenga un buen día.

Cuando salió de la consulta, ansioso, sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y buscó el número de Gutiérrez.

—¿Qué hay, Rojo?

—En una hora, donde siempre —dijo y colgó. Después llamó a la subinspectora Ripoll, pero el contestador automático respondió por ella—. ¡Maldita sea!

Enfadado, lanzó el aparato contra el suelo, pero el viejo terminal, resistente como un ladrillo, aguantó el golpe. Los viandantes, sorprendidos por lo que había hecho, se apartaron y siguieron caminando. Cuando levantó la cabeza, se puso las gafas para protegerse del sol, dio un vistazo a su alrededor y echó a andar hacia el lugar de encuentro. Pensó que, si Marchirant iba a usar al traidor de Lledó para espiarlo, iba a necesitar algo más que un cachorro con su portátil.

Cuando Gutiérrez entró en la puerta del bar Guillermo, entendió que no lo había citado para hablar. El inspector esperaba impaciente en la barra, con un mondadientes en la boca y una taza de café. Y eso sólo significaba una cosa para Gutiérrez: Rojo bebía café cuando tenía un trabajo serio por hacer.

Se acercó, se miraron y no cruzaron más que un saludo seco y sin adornos.

—Otro café —pidió Gutiérrez y esperó a que el camarero se alejara de la barra—. ¿De qué se trata?

—Tenemos que ir a casa de la rubia, la que vigilaste —expresó Rojo con una mirada calculadora que subía el pulso de su compañero—. Se me ha ocurrido algo.

—Demonios, Vicente...

—Ella es la única que sabe dónde está Luisa Valverde.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Qué has averiguado?

El camarero sirvió la taza de café. Esperaron unos segundos a que desapareciera.

Rojo sacó la fotografía que Enrique Quirant le había dado, y se la entregó a su compañero.

—El colgante... —dijo, todavía pensativo—. Lo he recordado cuando registrábamos la casa de ese chiflado. Tenía la certeza de que lo había visto antes en alguna parte... Esa chica, María, cuando fue a la comisaría a declarar, lo llevaba puesto... Y no me digas que puede ser una coincidencia, porque no tendrás razón.

—Es que puede serla, Rojo.

—¡Que no, carajo! —respondió, enfadado—. Vamos a buscar a esa chica y la vamos a interrogar hasta que nos diga dónde se encuentra la otra escondida. Creo que no es consciente del monstruo del que está enamorado.

Gutiérrez dio un sorbo a la taza y la movió para que el poso de café desapareciera.

—¿Y crees que te lo va a contar, *amic meu*?

—Más le vale.

—Ya... Y lo va a traicionar como tú le hiciste a Elsa, ¿verdad?

—No empieces, no es lo mismo.

—Cuando dicen que el amor es ciego, lo es para todo.

El inspector sopesó las palabras. Los sentimientos de esa chica no serían un obstáculo para él.

La cuenta atrás se había disparado. Saber que tenía menos de veinticuatro horas, era una sensación asfixiante, como si la soga apretara todavía más. Pagaron y caminaron hasta el coche, que estaba estacionado en la zona azul de la calle.

Rojo se sintió orgulloso por cómo manejaba sus emociones. Después de todo, había sido chantajeado, amenazado y traicionado por sus compañeros de trabajo, sin olvidar que, ahí fuera, rondaba un sucio psicópata ansioso por arruinar su vida y la de unas cuantas familias. Por suerte,

ninguno de ellos había comprendido la jugada maestra del inspector. El golpe premeditado a ese desgraciado forzó el cese y lo dejó fuera del radar. Un movimiento arriesgado, aunque exitoso.

Hasta el momento, no había tenido la oportunidad de compartir sus pensamientos con nadie. No podía confiar en ellos. Lledó lo había vendido y la subinspectora parecía haberse evaporado, como por arte de magia. Era de esperar, pensó, no hacía falta ser una lumbrera para saber apartarse de la explosión a tiempo. En efecto, estar cerca de Rojo era como jugar a la ruleta rusa con el tambor cargado de munición. Una lástima, se dijo. Por un momento, había llegado a creer que Ripoll era diferente al resto.

Rojo siguió las indicaciones de su compañero, que conocía mejor el camino para llegar al piso estudiantil en el que residía la joven. Por desgracia, no era válida la dirección que le facilitó el inspector. Más bien, era la primera vivienda en la que había residido y, por tanto, el lugar en el que se había empadronado. A Gutiérrez, como buen sabueso, le llevó tan sólo unas horas conocer el paradero de esa muchacha.

—Vive con dos chicas más, por lo que sé —explicó, mientras hacía un gesto con la mano para que girara a la derecha y tomara una de las avenidas—, pero nunca está en casa, así que tampoco nos asegura nada... Pregunté por la zona y en la cafetería de enfrente de su edificio la conocen de vista. Poco más. Los estudiantes suelen ser como los nómadas. Hoy aquí y mañana nadie sabe.

—Me da igual, es nuestra última y única salida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ese desgraciado va siempre un paso por delante —aclaró y miró al compañero, anticipándose a lo que éste estaba a punto de replicar—. Sí, sí... Ya sé lo que me vas a decir, pero no podemos hacer eso. Carrasco sabe que, si lo quisiera muerto, ya me habría encargado de él, pero todos me señalarían a mí y las chicas no aparecerían. El fin es joderme la vida, tome el camino que tome.

—¿Y cuál piensas tomar?

—No lo sé, Gutiérrez, no lo sé... —contestó con las manos al volante—. Lo único que sé es que Luisa Valverde merece tener una segunda oportunidad, aunque me cueste la carrera.

—Entiendo, Rojo, entiendo... Todo o nada, ¿verdad?

—Me conoces bien. Todo o nada, compañero.

Gutiérrez no iba a discutir con él. El cáncer se había llevado a su hija, años atrás, y no había vuelto a ser el mismo desde entonces. Tras un divorcio irreparable, a causa de la depresión y de su adicción a la bebida, Rojo, más joven que él, se había convertido en el apoyo que nunca tuvo de la sociedad, el ente que lo ayudó a salir de las tinieblas de los recuerdos, de la culpa y de las escasas ganas por vivir. Los dos se habían hecho a sí mismos, en silencio, sin anestesia, con mucha dignidad y unos valores éticos cuestionables. Por esas y por otras razones, el uno siempre estaba cuando el otro flaqueaba. Pero esta ocasión era distinta a las vividas. Rojo representaba la estabilidad, la cordura y la razón.

Poco a poco, la obsesión por Elsa, la incapacidad para adaptarse a los entornos y su interés por solucionar problemas turbios a cambio de dinero negro, comenzaron a distorsionar el talante y la compostura del inspector. En el interior de aquel coche, aquella tarde calurosa del verano alicantino, Gutiérrez comenzó a entender que su amigo ya no era el mismo, y que estaba a punto de echar su vida por un despeñadero. Nada de eso le incumbía, si no fuera porque Rojo, al menos, tenía la oportunidad de ver crecer a su hijo, algo que Gutiérrez ya había perdido para el resto de sus días.

Como muchos universitarios, el apartamento de la estudiante se encontraba en el casco urbano de la ciudad, cerca de la arteria de Alfonso El Sabio y no muy lejos del mercado de abastos. Tomaron la avenida central, la larga recta que llegaba hasta la subida del castillo, y dejaron atrás la enorme fuente. El sol de la tarde comenzaba a menguar, pero la humedad y el calor no daban tregua a la pareja de sabuesos, que sudaban en el interior del vehículo. El inspector condujo cuesta abajo, por las estrechas vías del casco antiguo, en busca del portal que Gutiérrez no lograba recordar, cuando una joven rubia con gafas de sol salió de la entrada de un edificio.

En un acto inconsciente, el inspector agarró a su compañero por el hombro.

—Es ella, voy a reducir la velocidad.

—¿Estás seguro? —preguntó, entornando los ojos—. ¿Qué hacemos? ¿La seguimos?

Rojo le indicó que guardara silencio. No había equivocación, era la estudiante de Carrasco, y se sorprendió al ver cómo otra de aquellas casualidades malditas se cruzaba en su día. El inspector aminoró la velocidad, siguiendo la dirección aparente de la muchacha, que parecía ignorar su coche. Continuaron por la calle de Valdés, que terminaba en perpendicular con el paseo de la Explanada. A medida que atravesaban la vía, el tráfico desaparecía y también el tránsito de los viandantes. En ese momento, cuando las palmeras del paseo se veían en la profundidad, la chica se giró con precaución y se percató del vehículo que la llevaba siguiendo varias manzanas. En cuestión de segundos, sus ojos se cruzaron con los de Rojo, provocando un chispazo en la distancia y advirtiéndola del peligro en el que se encontraba. Sin advertirlo, la estudiante echó a correr en dirección al paseo de la Explanada, cruzando entre los pilones de acero que impedían el paso de los vehículos.

—¡Mierda, Gutiérrez! —exclamó—. ¡Se escapa!

—¿Y qué quieres que haga?

El inspector se quitó el cinturón de seguridad y bajó del coche, dejando las llaves del contacto y el motor encendido.

—Tú, bordea el paseo, yo la alcanzaré —respondió y echó a correr tras los pasos de la joven.

\* \* \*

Las piernas de la sospechosa se movían con rapidez, a pesar de que no calzara los zapatos más cómodos para darse a la fuga. A esa hora, el paseo de la Explanada gozaba de la congestión habitual de transeúntes, en su mayoría formada por turistas extranjeros que se movían con gran lentitud. La cabeza de la chica se escondía entre las espaldas, abriéndose paso para dar esquinazo al inspector, a la vez que buscaba una salida. Rojo era consciente de que, en cuanto pudiera, tomaría una de las perpendiculares que conectaban con el centro urbano. Tenía que evitarlo, o la perdería del todo. El cuerpo le pesaba, sus pulmones trabajan por encima del ritmo habitual, había dejado de salivar y una horrible sequedad se apoderaba de su boca. Determinante, el instinto lo llevó a tomar una decisión arriesgada, con el fin de anticiparse al siguiente movimiento de la presa. Cuando tenía una corazonada, no existía otro camino para él. Rojo se separó de la muchedumbre, corrió en paralelo y se metió por uno de los callejones sin que ella lo viera. Confió en que, llegado el momento, la joven volviera a mirar hacia atrás, creyendo haber

logrado su propósito, para después girar en la primera bocacalle que encontrara. Ahí, como un auténtico depredador, la abordaría.

La ocasión no tardó en llegar. La muchacha volteó la cabeza y respiró tranquila cuando creyó estar a salvo. Como un acto natural, buscó la primera calle que la metiera en el casco urbano. Rojo, vigilándola de lejos, recortaba la distancia, acercándose a la esquina donde la sorprendería de frente. La situación no podía ser más desfavorable para él: los comercios estaban abiertos, la gente caminaba en sendas direcciones y montar un escándalo en medio de la calzada no le traería más alegrías. Pero no tenía otra alternativa. Todo o nada, se repitió, así como le había dicho a su compañero, quien no aparecía por ninguna parte.

«Por tu calavera, Gutiérrez, espero que llegues a tiempo».

Con cada paso que avanzaba, con cada baldosa que dejaba atrás, el corazón se le aceleraba y el estómago se le encogía. Desconocía cómo reaccionaría esa chica, pero tenía que ser capaz de sofocar el incendio antes de que las llamas se llevaran todo por delante.

Cuando llegó a la esquina, sintió el taconeo de los zapatos contra la acera. Aguantó la respiración y dobló la calle, sorprendiéndola de frente. El rostro de la muchacha lo expresó todo. Sus ojos se abrieron todo lo que pudieron, con miedo, como si hubiesen visto a su verdugo. En un acto reflejo, intentó defenderse con el bolso, asestándole un revés, antes de que Rojo espetara palabra. Un torpe golpe que no tuvo la contundencia necesaria como para quitárselo de encima. El inspector lo apartó de un puñetazo y estiró su brazo, evitando que echara a correr de nuevo. La chica chilló, los viandantes se convirtieron en espectadores y Rojo la agarró del bíceps con fuerza.

—¡Ayuda! —bramó la joven, en un intento desesperado por evitar el desastre.

La llamada de auxilio despertó la atención de un fornido muchacho que caminaba de frente por la otra acera—. ¡Suéltame! ¡Ayuda, por favor!

Sin menguar la presión, Rojo enseñó la placa, identificándose como policía, para despachar a los valientes que acudían a la llamada.

—¡Es mentira!

Nervioso, entendió que no podía esperar a que un milagro ocurriera. Miró a ambos lados y Gutiérrez no aparecía por ninguno. Maldijo su suerte y también a su compañero. Si la soltaba, después de la escena que había montado, el desconocido se echaría sobre él.

—Santo Padre... —murmuró y reconoció el rugido del Ford Sierra que bajaba a toda velocidad. Gutiérrez frenó en medio de la calle, hasta el punto de provocar un accidente con un motorista que no lo había visto.

—¡Sube!

—¡Socorro! —gritó de nuevo la chica, zarandeándose al augurar su futuro—. ¡Ayuda, por favor! ¡Me secuestran!

Rojo abrió la puerta trasera y la empujó hacia el interior. No eran las formas más educadas de invitarla a subir, pero tampoco era un buen momento para fingir cortesía. Después entró él también. El desconcierto de la calle se transformó en pánico y agresión.

—¡Dale gas, Gutiérrez!

El compañero puso primera y pisó el acelerador haciendo chirriar las ruedas, para perderse por la calle que los llevaría hacia la salida de la ciudad.

El viaje hasta el almacén no estuvo exento de contratiempos. Rojo intentó calmarla, pero la muchacha puso todo su empeño en desatender los avisos del policía, forcejeando, gritando y descargando su ira a golpes contra la puerta. Tras varios intentos sin éxito, Rojo no tuvo otro remedio que sujetarle las muñecas con una brida, para después amordazarla con un trapo sucio.

—No me lo has puesto fácil, chica —comentó, antes de taponarle los ojos con otra venda—. La valentía no sirve de nada si no usas la cabeza...

Cuando apretó el nudo que le rodeaba la nuca, el cuerpo de María Hernández perdió toda la tensión y la chica se transformó en una persona frágil, llena de temores.

La situación no hacía más que empeorar. Rojo estaba echando un órdago que podía costarle, no sólo el trabajo, sino también la libertad.

Gutiérrez le había dado un lavado de cara al interior del almacén desde la última visita. En el peor de los casos, ni los mejores agentes de la Unidad Científica lograrían encontrar una prueba que los salpicara. Llegaban tarde a la fiesta. El olor a humedad había desaparecido y ahora se respiraba un fuerte hedor a lejía. La sentaron en la misma silla sobre la que habían envenenado al traficante de alucinógenos. Los rayos de sol se colaban por la cristalera y calentaban las finas y pálidas rodillas de la chica. Cuando Gutiérrez le quitó la venda de la cabeza, la mirada asustada se cruzó con la del exagente. Como respuesta, aprovechando la corta distancia entre ambos, la sospechosa escupió una flema que dio de lleno en la cara del hombre que tenía delante. Las pupilas de Gutiérrez se dilataron, el corazón le bombeó con saña y una fuerza sobrenatural le llevó a levantar la mano para asestarle un buen bofetón.

—¡Detente! —dijo Rojo, sujetándole los dedos y evitando la agresión. El inspector miró a la joven, que volvía a mostrarse altiva y desafiante.

—Rojo...

—Estamos en paz —le susurró—. Déjalo estar.

Pese a la contingencia, la rabia del compañero era visible en su rostro. Retiró el brazo con brusquedad y se acercó a la muchacha, hasta que las puntas de sus narices se tocaron.

—Tienes suerte, chica —murmuró con la voz de ultratumba que lo caracterizaba—. De haber decidido yo, te habrías llevado un buen correctivo... No tenía pensado hacerte daño, pero creo que tampoco te voy a ayudar a liberarte de esas bridas.

Ella lo contempló con impotencia, aunque la tensión de su mandíbula seguía indicando que no estaba dispuesta a hablar. Rojo la miró y se preguntó qué ocultaría, por qué actuaría de ese modo. Si ya sabía quién era y a quién buscaba, ¿qué temía que descubrieran de ella? O lo que era peor, ¿por qué seguía protegiendo a ese monstruo?

Gutiérrez caminó hacia la mesa y desapareció tras su sombra. Después sacó un cigarrillo, lo encendió y se apoyó en el borde de la madera, expectante por ver cómo resolvía la situación su amigo.

Al otro lado, Rojo se armaba de paciencia para abordar a la veinteañera y romper sus defensas. Por la manera de observarlo, estaba seguro de que no colaboraría.

—Lamento que hayamos llegado a esto, María.

—¿A esto? —preguntó, extrañada—. ¿Es así cómo trabaja la Policía? Lo que estáis haciendo no es legal y pienso denunciarlo. ¡No me podéis secuestrar!

«Otra vez».

Gutiérrez se rio a sus espaldas.

—No tenemos intención de hacerlo, María. Tienes que escucharme...

—¿De qué se ríe el gordo ese?

La carcajada de Gutiérrez se apagó, dando lugar a un gruñido.

—Mide tus palabras, niña —espetó Gutiérrez—, no estás en una situación favorable.

—Dinos dónde está Valverde y te dejaremos marchar. Sabemos que eres cómplice de Carrasco y de la desaparición de esa chica.

María entrecerró los ojos, pero su postura seguía siendo la misma.

—No tienes ninguna prueba de lo que dices.

—Te equivocas, tenemos muchas y, en lo que a ti respecta —argumentó Rojo—, te espera un crudo futuro.

—Me dais pena.

Rojo ladeó la cabeza y contempló el colgante de Rocío Quirant bajo su cuello. El compañero tenía razón. El amor ciego, hasta convertirnos en idiotas.

—Estás enamorada de él, pero está haciendo contigo lo mismo que hizo con las demás —respondió, elevando el tono de voz, cada vez más tenso y extenuado de aquel asunto—. ¿Es que no lo entiendes? Se cansará de ti, como hace con todas, María. Es un sádico y tienes que ayudarnos a detenerlo.

La mirada de la muchacha parecía ida, abstraída en una realidad que no era la del resto.

—No pienso decirte nada, porque no tengo nada que decir —respondió—. Podéis forzarme, podéis torturarme, pero él es inocente y no ha secuestrado a nadie. Si Luisa ha desaparecido, será porque algo habrá hecho...

—Hay que joderse —comentó Gutiérrez, terminándose el cigarrillo—. ¿Han memorizado el discurso o qué?

Rojo se acercó a la mesa y agarró un machete. Sus pasos eran lentos, calculados. Cuando regresó, los ojos de la joven se clavaron en la afilada hoja plateada. De pronto, su expresión cambió por completo.

—¿Qué vas a hacer? ¡Te estoy diciendo la verdad! ¡Socorro!

—No grites, chica —respondió Gutiérrez desde las sombras—, o hazlo hasta desahogarte. Aquí, nadie te puede oír.

—¡No! ¡No me hagas daño!

—Te lo repito, no pienso hacerte daño —dijo Rojo, con voz grave y tranquila, a medida que acercaba la punta del arma al pecho de la chica—. Tienes razón, no puedo hacerte nada, ni siquiera retenerte aquí por más tiempo.

—¡Por favor! ¡No lo hagas!

—¿En qué quedamos?

Una lágrima de pánico se escapó por el ojo izquierdo.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Sólo me pidió que cuidara de ella!

—Esto me gusta... —dijo Gutiérrez, con un tono socarrón.



La respiración de la joven aumentaba. Rojo prefirió guardar silencio, dejando que la chica se expresara, mientras la punta presionaba con ligereza en el espacio que había entre sus dos senos.

María intentó deshacerse del nudo que apretaba sus manos, pero era inútil.

—¿A qué te refieres con cuidar? —preguntó el inspector.

Los ojos de la interlocutora se agacharon de golpe. Parecía avergonzada.

—Todo ha sido cosa de Luisa, ella es quien está detrás de su propio secuestro. ¡Joder! ¡Ya lo he dicho! —exclamó. Gutiérrez se quedó pasmado—. ¿Es eso lo que queríais saber? ¡A ella no le ha pasado nada!

—¿Intentas engañarme? —contestó Rojo y presionó un poco más, aunque sin hacerle daño—. Las mentiras tienen las patas muy cortas.

—Te lo juro, de verdad. Luisa Valverde sólo quería desaparecer, cobrar el secuestro y largarse a otro país. Sus padres le hacen la vida imposible.

Las palabras sonaban sinceras para Rojo, aunque no podía olvidar lo que había visto en aquel vídeo casero. Se preguntó si sería todo un montaje, o si esa chica le estaba mintiendo sin pudor alguno. No obstante, existían piezas que no encajaban en su versión: la muerte de Rocío Quirant, la venganza personal que ese hombre llevaba contra él. Y la prueba más evidente estaba a escasos centímetros de la punta del cuchillo, descansando sobre la tráquea de la chica.

—Por eso fuisteis a por Verdú.

Ella pestañeó con fuerza, arrepentida, y tragó saliva. El sudor cubría su frente. En su fuero interno, el agobio le removía las entrañas.

—Necesitábamos un culpable, alguien de quien la Policía sospechara. ¡Era obvio que no le iba a pasar nada! Cuando os dierais cuenta, ya habríamos desaparecido... Luisa tenía pensado enviarle una carta a su padre dándole una explicación.

—¿Y cómo logró abandonar el campus?

—Yo me encargué de esconderla en la sala contigua. Hay una falsa pared que permite ampliar o reducir el tamaño del aula. Nadie se dio cuenta.

—¿Y la chica del vestido?

Ella se rio, como si hubiera dicho algo gracioso.

—Eso fue cosa de Luisa. Le pagó a una compañera para que fuera vestida como ella. Sabía que os despistaría.

—No está nada mal para unos aficionados... —comentó Gutiérrez.

—Pero ¿por qué tú, María? ¿Qué tienes que ver en todo esto? —cuestionó. Ella volteó la cara hacia un lado, clavando los ojos en el suelo. Su cuerpo se desinfló—. Estás loca por él, ¿es eso?

De pronto, rompió en un llanto de lágrimas. Por fortuna, comenzaba a digerir la realidad.

—Rogelio me dijo que estaba harto de trabajar en la universidad cobrando un sueldo miserable. Todo se planeó al detalle, no nos pasaría nada, sería coser y cantar y, con ese dinero, después nos podríamos ir juntos a donde quisiéramos, en su barco.

—¿Has dicho barco? —preguntó el inspector. Un palpito se apoderó de él—. ¿Dónde está ese barco?

—Un velero, en el puerto. Por favor, no me hagas daño, te lo he contado todo...

—¿Cómo se llama?

—¡No lo sé!

Rojo levantó la hoja y siguió en línea recta hasta el colgante.

—Ahora que nos estábamos llevando bien, no lo arruines...

—¡No, por favor! —bramó entre lágrimas—. ¡Te lo suplico!

—¡Dime el nombre del maldito barco!

—¡*Mare Nostrum*! —gritó con las pocas fuerzas que le quedaban—. ¡Se llama *Mare Nostrum*!

El cuchillo agarró la cadena y tiró hacia atrás. El colgante se despegó del cuerpo de la chica y Rojo lo sujetó con la otra mano. Después le agarró de las muñecas y liberó la brida de plástico. La muchacha se hundió en la silla, destrozada por la presión. Rojo dejó el machete sobre la mesa y se acercó a la joven. Cuando abrió los ojos, la estudiante tenía el colgante dorado delante de ella.

—Eso es lo que necesitaba escuchar.

—No... —murmuró, sollozando—. Lo he arruinado todo... Le he fallado...

—María, tienes que escucharme bien, aunque te duela —dijo, le levantó la barbilla con el pulgar y la miró atento—. No existe tal secuestro, ni siquiera Carrasco tenía planes para los dos. El hombre del que estás enamorada es un sádico asesino.

La joven frunció el ceño, aún con los carrillos empapados.

—¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Él jamás haría daño a nadie! ¡No puedes demostrar nada de lo que dices!

—¿Sabes qué es esto?

—Un regalo.

—No —dijo Rojo, negando con la cabeza—. Esta es la prueba irrefutable por la que sé que es el autor del asesinato de Rocío Quirant y también de Luisa Valverde, como no me digas dónde la esconde Carrasco.

—No, ese fue un regalo que me hizo...

Antes de que terminara la frase, Rojo sacó la cartera y le mostró la fotografía que el padre de Rocío le había entregado. Cuando la joven reconoció el colgante sobre el cuello de la víctima, las piernas le temblaron.

—¡Oh, Dios! —lamentó. Rojo se acercó a la silla, deshizo el nudo de las muñecas y la liberó, pero María seguía llorando en su propia soledad—. Y ahora, ¿qué?

Rojo caminó hasta la mesa desde la que Gutiérrez había contemplado la escena. El compañero le ofreció un cigarrillo y éste lo encendió. Pegó una larga chupada y sintió cómo la nicotina rebajaba sus niveles de estrés.

—Eres libre —contestó, bajo una nube de humo blanco—. Puedes guardar silencio, largarte y desaparecer hasta que atrapemos a ese cabrón, o puedes ir a la comisaría y denunciar lo que ha ocurrido, pero te advierto de que te detendrán por haber sido cómplice de un secuestro y de un asesinato. Están todos al tanto. Tú misma.

La chica se puso de pie, desvalida, alterada por el exceso de emociones, y se quedó pensativa, mirando a los dos hombres que tenía delante. Apretó los labios, dio un respingo para aclararse la nariz y caminó hacia la salida del almacén sin mentar palabra. Después se escuchó un estrépito desde la puerta.

—¿Vas a dejar que se largue, sin más?

Rojo sonrió, dio otra calada y aplastó el cigarrillo contra el suelo.

—Por supuesto que no. ¿Acaso crees que me he tragado una sola palabra de esa farsa? El tiempo se ha agotado, pero ella nos va a llevar al agujero de ese psicópata.

Rojo volvió a comprobar el reloj. Todo o nada, pensó por enésima vez, consciente de las pocas horas que le quedaban como inspector del CNP, antes de convertirse en la vergüenza del Cuerpo. Paró el coche en la carretera que unía Alicante con las playas de Urbanova, bajó y sintió la brisa marina que llegaba de las olas que rompían en las rocas de la orilla. No podía dejar de darle vueltas a la confesión de esa chica, una verdad a medias, un montón de secretos y preguntas que ella se llevaría consigo y que, más pronto que tarde, intentaría resolver. Porque sabía que, por amor, una persona era capaz de ir hasta el final, y esa joven estaba enamorada de la persona equivocada, como le había sucedido a él. Observándola de cerca, se encontró a sí mismo negando lo evidente, poniendo muros a una verdad imparabile que, tarde o temprano, derribaría lo que se pusiera por delante. También se preguntó quién estaría detrás de la máscara de Carrasco, cuyo apellido daba por hecho que no era el suyo. Alguien con tantas ganas de hacer daño, suele ser una persona rota, con un corazón irreparable. Por desgracia, no lograba encontrar en su lista de enemigos a nadie con una motivación tan fuerte como para fastidiarle la vida de esa forma. Con el compás de la marea, reconoció en silencio que había ido demasiado lejos, en el pasado y en el presente, y se cuestionó si era el momento de soltar el lastre de los asuntos personales con el que cargaba desde hacía años.

A varios metros de distancia, Gutiérrez aguardaba en el interior del Ford Sierra, estacionado cerca de la carretera, mientras daba una pequeña cabezada para recuperar el sentido común.

Rojo volvió a comprobar la pantalla de su arcaico teléfono.

«Vamos, ¿a qué esperas para devolverme la llamada?», preguntó hacia sus adentros, deseando establecer un contacto mental con la subinspectora Ripoll, allá donde fuera que estuviera.

Entonces el aparato vibró.

—¡Subinspectora!

—Lo tengo, Rojo, lo he encontrado —dijo, en voz baja y acompañada de un eco, probablemente escondida en algún rincón de la oficina—. En efecto, como sospechabas, no existe ninguna embarcación a nombre de Carrasco, ni tampoco con el nombre de Mare Nostrum. Sin embargo, tengo una lista de los últimos barcos atracados, junto a los apellidos de sus propietarios.

—Mierda, no tenemos tanto tiempo para averiguar quién es quién... ¿Dónde estás que se te oye tan mal?

—En los baños de mujeres, el único lugar donde tengo un poco de privacidad, ¿qué esperabas? —preguntó, pero no obtuvo respuesta—. En fin, no será necesario, Rojo. Por alguna razón, me he acordado del nombre del barco que Carrasco, o como quiera llamarse, tenía en el mueble. Lo he buscado y, ¡sorpresa! Su nombre es Arponero. ¿Te suena de algo?

Tan pronto como terminó de mencionar el nombre del barco, una imagen lo transportó varios años atrás, durante su época de inspector recién llegado a Cartagena. Le faltó saliva, la garganta se le secó y una taquicardia repentina le provocó una tos ronca. Mariano Arpones, el sindicalista cómplice del inspector Pomares. Gutiérrez le voló la cabeza con tres casquillos. Ahora las piezas encajaban. No podía creer que fuera posible, pero esta vez no iba a cuestionar las evidencias.

—Me temo que sí, más o menos —dijo recuperando el aliento y la fuerza—. Dios mío, Ripoll, hay que detener a ese desgraciado. Necesito que hables con Lledó y que rastree la localización de María Hernández, la chica que vino a declarar el día del secuestro. Es su cómplice y sospecho que le avisará de que vamos tras él.

—Sí, claro, sin problema. ¿Quién es este hombre, Rojo?

—Es una larga historia.

—Necesito escucharla, antes de ir a buscarlo.

Rojo frunció el ceño y miró hacia atrás, cuando vio a su compañero roncando sobre el asiento del copiloto. Contarle la verdad a la subinspectora, significaba traicionar el secreto que compartía con Gutiérrez.

—No puedo, no ahora, Ripoll.

—Me ha decepcionado, inspector —respondió con molestia, recuperando la distancia y el tono formal—. Pensé que la confianza era mutua.

—Ripoll...

—Haré lo que me ha pedido, pero a partir de este momento, no cuente conmigo para lavarle las manos.

—¡Ripoll, espera!

La subinspectora colgó de golpe, sin derecho a una explicación que la apaciguara. Cargado de rabia, agarró el aparato y lo lanzó a las rocas. El golpe seco del plástico contra la piedra hizo volar las piezas del teléfono, que se perdieron entre la espuma de las olas que rompían en ese momento.

—¡Al carajo! —exclamó y corrió hacia el coche—. ¡Gutiérrez, despierta, cojones!

—¿Qué te pasa ahora?

Rojo entró en el vehículo, introdujo la llave en el contacto y arrancó.

—Por mucho que intentemos arreglarlo, este maldito mundo siempre será un estercolero.

El inspector condujo a toda velocidad hasta la comisaría. Una decisión arriesgada, aunque inevitable y necesaria. Tenía que frenar a la subinspectora antes de que cometiera un error. Puede que Ripoll se hubiese dado cuenta de la extraña actitud de aquel hombre, cuando fueron a visitarlo a su apartamento, pero no estaba cerca de conocer la verdad. Detrás de aquel falso profesor enjuto con gafas, se ocultaba un sádico asesino que no dudaría en rebanarle el cuello en cuanto tuviera ocasión. Había esperado casi una década para vengar la muerte de su hermano, intentado arruinar la vida del hombre que había acabado con éste, no sin antes seguir actuando con la misma crudeza que su difunto hermano había abusado de aquellas jóvenes. Rojo no comprendió cómo, desde su llegada a Alicante, no fue capaz de ver los señuelos que el asesino le dejó durante años. En ocasiones, vivimos para olvidar. Su fijación por encontrar el paradero de Elsa, lo había cegado por completo, dejándolo fuera de juego, frágil, y convirtiéndolo en un objetivo fácil para una ocasión como esa. Bajar la guardia significaba una cosa: problemas. Rojo tenía claro que la mala hierba nunca llegaba a morir del todo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Gutiérrez, echándose la mano a la cabeza—. Pensé que ese episodio ya estaba cerrado.

—Debimos habernos asegurado de que Arpones no tenía familia, de que nadie velaría por su honor. Ahora es tarde para arrepentirse y sólo se me ocurre una manera de poner fin a esta pesadilla, Gutiérrez. Cada acto tiene su consecuencia —respondió Rojo, con la atención puesta en la carretera—. Él pagó la suya, ahora nos toca asumir la nuestra.

—¿Quién espera tantos años para cometer algo así? —preguntó Gutiérrez, desconcertado.

—La obsesión, alimentada con mucha fe, es capaz de hacer que la espera merezca la pena.

El compañero sacó el arma del cinto, comprobó el cartucho y lo volvió a meter.

—Por una vez, sabes bien de lo que hablas... ¿Has decidido ya lo que quieres hacer con él? No me importaría repetir.

Rojo miró a la pistola y regresó la vista al frente.

—Sí. Lo que tendríamos que haber hecho desde un principio, compañero.

Cuando llegaron a los aledaños del edificio, Rojo le pidió que esperara en el interior del vehículo, sin llamar la atención de los oficiales que solían merodear por los alrededores. Salió del Ford, cruzó la entrada sin entablar conversación con los agentes de la primera planta y subió disparado las escaleras hacia el segundo nivel. Cuando entró por el pasillo, su mirada se cruzó con la de Lledó, que seguía en su escritorio. Luego buscó a Ripoll, pero no había rastro de ella.

—¿Dónde está la subinspectora? —preguntó. El inspector se mostró estresado, incapaz de responder y, pronto, Rojo entendió que no debió entrar allí, al ver el teléfono de prepago que le había entregado.

—¡Rojo! —gritó el comisario Marchirant desde el despacho del inspector jefe.

—Lo siento —comentó Lledó, con una frialdad despiadada e inesperada.

—Eres un traidor y una rata miserable —dijo, miró hacia el despacho y encontró a los dos superiores esperando a que se presentara allí dentro. Era hora de marcharse, pero también sabía que sería la última oportunidad para preguntarle lo que quisiera. Para Rojo, quien quebraba la lealtad, se convertía en un ser sin corazón, sin dignidad y sin principios. Lledó se había burlado de él y de su compañero, como un profesional, como un chivato de escuela. Quiso darle una oportunidad y se equivocó con él, pero no tendría una segunda ni por asomo. Pese a todo, existía algo que no entendía en la actitud de aquel extraño policía, que aún le dejaba una puerta abierta para que cazaran al asesino—. ¿Por qué lo has permitido, Lledó? ¿A qué estás esperando? ¿A que hagamos el ridículo? Me dan ganas de chafarte la cabeza en estos momentos...

—Te dije que no me gustaba la forma que tenías de hacer las cosas, que iba en contra de mis principios morales —explicó, con voz lineal y sin emoción—, pero eso no significa que una parte de mí sepa que estás haciendo lo que tienes que hacer..., a tu manera.

—No, si al final te tendré que dar las gracias y todo.

—¡Rojo! ¡Preséntese aquí! —gritó el comisario—. ¡Es una orden!

—No te queda mucho tiempo.

—Y a ti, ¿sí? Dime algo que no sepa, lumbrera. Te has equivocado de bando.

—Algún día lo entenderás, Rojo. No todos los hombres somos como tú.

—Gracias a Dios, sería muy aburrido vivir en un mundo sin basura que limpiar.

—¡Maldita sea, Rojo! ¿Está sordo?

—Ripoll necesitará tu ayuda, aunque en cuanto salgas por esa puerta, no tardarán en mandar efectivos para deteneros a los tres —comentó, Lledó, en un último deseo de ayudarlo—. La subinspectora ha salido en dirección al puerto, en busca del barco del sospechoso.

—¿Por qué piensas que ahora sí que voy a confiar en ti?

—Porque estás desesperado.

\* \* \*

La ansiedad le apretó la boca del estómago, dejándolo sin aliento, retorciéndolo de dolor. Sentía el peso de la culpa por si a la subinspectora le ocurría algo. No dudaba de sus habilidades, aunque temía la perspicacia y la violencia del hombre al que había ido a detener. Cruzaron la avenida como un cohete, saltándose los semáforos en rojo, bailando entre la vida y la muerte, mientras las bocinas de los coches sonaban con saña, a causa de su insensatez. A esas alturas, ya no le importaba nada: ni su carrera, ni lo que pensara la opinión pública. Entre ceja y ceja sólo tenía un propósito: detener a ese desgraciado. Lo hacía por él, por Gutiérrez y por el honor de esas chicas que habían perdido la vida a su costa. Lo que más le preocupaba era pensar que podía lograrlo sin derramar una gota de sangre innecesaria. Para Rojo, algunos hombres se pudrían en la cárcel y otros era mejor que lo hicieran en el fondo del mar.

Dejaron el Ford en el aparcamiento subterráneo, cuando el inspector reconoció el Toyota de Ripoll, a unos metros de su plaza.

—Vamos, Gutiérrez, hay que mover el culo —alertó, animando a su compañero para que se diera prisa.

A la salida, encontraron el bulevar de palmeras que llevaba a la zona de ocio del puerto. Durante años, aquel había sido un lugar conflictivo, a causa del ambiente de las discotecas que se

concentraban allí. El puerto, lejos de ser un área tranquila donde disfrutar de la belleza náutica, de los aperitivos frente al mar y de una terraza soleada, se había convertido en el epicentro del turismo extranjero, de los bares de comida rápida, alcohol barato y peleas diarias. Un contraste que hacía sombra al lujo que desprendían los yates amarrados a escasos metros del paseo marítimo. Para más inri, pronto comenzarían las obras del nuevo casino, transformando la bahía en un auténtico cocedero de problemas.

Corrieron hasta alcanzar el muelle, en busca de la embarcación que Ripoll le había indicado. Por culpa de la testarudez del inspector, no tuvo tiempo de darle más detalles antes de que colgara, pero sabía que no sería un velero, ni tampoco un ostentoso yate. El primer tipo de barco no era funcional para deshacerse de las víctimas y llevarlas a otro lugar donde hacerlas desaparecer. El segundo tipo, simplemente llamaba demasiado la atención para un profesor de universidad. Más bien debía fijarse en los pequeños, que iban a motor. Rojo sabía que los asesinos siempre buscaban lo práctico, por encima de lo ostentoso.

—Ve por ese lado y yo me fijaré en éste —ordenó Rojo, separándose de su compañero cuando llegaron al muelle. La excesiva tranquilidad resultaba molesta. El cantar de las gaviotas se fundía con el sonido de los motores y las conversaciones en ruso que procedían de las cubiertas. No muy lejos de allí, alguien practicaba sexo en el interior de un camarote, dejando un ligero hilo musical de lo más desagradable.

Cruzaron la vía principal, en busca de un objeto, un rostro o un nombre que reconocieran. Rojo levantó la vista, contempló el cielo azul, la calma del mar y la tranquilidad de un hermoso día como aquel, rodeado de veraneantes desconocidos, y se preguntó si así era cómo había imaginado el peor de sus días.

Continuaron hasta el final, donde el espigón se alargaba por sus dos laterales, y separaron los caminos. De pronto, Gutiérrez, al otro extremo, era un punto pequeño para sus ojos, y las posibilidades de dar con el hombre que buscaban, comenzaban a ser más y más remotas. Rojo escuchó el ruido de un motor. Procedía de un pequeño barco que había atracado entre dos grandes embarcaciones. Entonces vio una silueta humana, tapada por la sombra. Reconoció aquel perfil y el pulso se le aceleró de nuevo. A medida que caminaba, se sentía más nervioso. Comprobó el nombre de la embarcación. Arpones estaba recogiendo unas boyas en el interior del barco, con la calma de un día cualquiera. No podía ser verdad, pensó y se cuestionó dónde diablos estaría Ripoll. Cuando acercó la mano a la pistola, una familia de españoles le sorprendió saliendo de un yate. Mal momento, se dijo, y dejó el arma en el cinto. Llenó los pulmones, apretó los puños y recortó la distancia que había entre los dos.

Ya no parecía el mojigato con aires de dandi que impartía lecciones en la universidad. El asesino sujetaba un cigarrillo en los labios. Su aspecto estaba cambiado, un tanto más rudo, con el cabello alborotado y con una vieja camiseta de rayas venecianas. Los ojos de Arpones, ocultos bajo unas lentes de espejo, advirtieron las botas del policía, que se encontraba a escasos metros de la cubierta.

—¿Se ha perdido, inspector? —preguntó, alzando el mentón, irguiendo la espalda y recogiendo el cigarrillo de su boca. Rojo frunció el ceño, asombrado por el juego de que intentaba llevar a cabo. Muy atrevido por su parte, pensó, desconociendo que su compañero no tardaría en llegar. Lo que más le inquietaba era que no hubiera rastro de la subinspectora—. Dígame que es otra de sus casualidades.

—Lo sé todo. He venido a por ti. Dime dónde está la chica.

Arpones agachó la mirada para contemplar su expresión por encima de la montura. Dio la

última calada y lanzó la colilla al agua. Después le regaló una mueca.

—¿Sabe? Lamento que empezáramos con mal pie, de verdad. Soy una persona con carácter y reconozco que no tuvieron mucho tacto al entrar en mi casa. Le pido una disculpa, pero se lo juro, no tengo nada que ver con lo que ha sucedido. Están detrás de la persona equivocada — explicó. Rojo contaba los segundos. ¿A qué esperaba?, se cuestionó. El canto de las gaviotas se volvía más tétrico—. ¿Por qué no entra y le invito a un refresco?

El inspector miró hacia su lado derecho. Gutiérrez se movía a lo lejos, en alguna parte, y parecía hablar con alguien.

—Venga, no sea así —dijo con un tono de voz interesado—. Esta vez, soy yo quien le invita a entrar. De lo contrario, no podría hacerlo, ¿verdad? Seguro que se muere de ganas por saber lo que tengo aquí dentro.

La provocación hizo efecto. Rojo pensó que, quizá, se había excedido pidiéndole a Gutiérrez que no usaran las armas. Desconocía las intenciones del tipo, pero sabía que no eran buenas, así que no podía dudar en disparar si lo veía necesario. ¿Era eso lo que buscaba? ¿Encontraría allí a la chica?, se preguntó. Sólo existía una manera de averiguarlo.



Rojo puso un pie en la popa, sin perder de vista a su objetivo, y sintió cómo la embarcación se movía hacia ambos lados. Desde allí, el interior parecía más espacioso de lo que imaginó en un primer momento. La sensación de estar dentro no fue buena.

—¿Te vas a alguna parte? —preguntó, señalando al motor—. Te dijimos que no abandonarás la ciudad.

Sus palabras se suspendieron en el aire durante unos segundos.

—En absoluto. Sólo iba a salir a dar una vuelta. ¿Le gusta navegar?

—No soy muy amigo del mar —contestó, mientras echaba un vistazo a los alrededores en busca de algo sospechoso—, pero veo que tú sí. Será cosa de familia... Suelo desconfiar de la naturaleza casi tanto como de las personas... Uno nunca sabe cuándo te van a traicionar.

—Y no le falta razón —dijo y dio media vuelta—. ¿En qué puedo ayudarle esta vez?

La situación era tan absurda como la conversación cordial que estaban manteniendo. Ambos sabían a lo que jugaban, aunque Rojo no pudiera ver los ojos que se escondían tras las gafas de sol. En otra ocasión más favorable para el policía, hubiese terminado con la pantomima, de un golpe, arrestándolo y obligándolo a cantar. Pero no estaba en posición de hacerlo, ni tampoco tenía pruebas para ello. A escasas horas de que Marchirant colgara su cabeza, estaba a punto de pisar un cepo mortal. Una vez sobre la superficie, encontró una escotilla bajo sus pies.

—¿Es aquí donde traes a tus amantes? —preguntó Rojo, metiendo el dedo en la llaga para ponerlo nervioso—. Te hacía más ordenado y cuidadoso... Deberías limpiar más a menudo, esto parece una pocilga.

El hombre se rio, no por la gracia, sino para ocultar lo mal que le había sentado el comentario.

—Sé lo que está pensando y ya se lo dije. Son mayores de edad, libres e independientes para hacer lo que quieran con sus vidas. No soy yo el culpable que las pervierte. ¿Acaso no haría usted lo mismo?

—¿Hasta el punto de involucrarlas en un secuestro?

Rojo oyó un respingo.

—Esa sí que es buena. ¿Cuántas hipótesis barajan ahora?

—Eso deberías preguntárselo a tu novia de veinte años —dijo, sacando pecho. Lo estaba alterando y eso le daba confianza para seguir actuando. Según Rojo, no existía nada peor que enojar a quienes creían siempre tener el control de todo. En algún momento, terminaban mostrando la fragilidad que reinaba en sus inseguridades más profundas—. ¿No te acompaña en tu travesía?

—Sé lo que pretende, pero no me va a ofender. Tengo la conciencia muy tranquila... Quizá por eso no necesito escupir bilis cada vez que abro la boca...

El sujeto bajó unas escaleras que llevaban a un camarote. Desde su posición, no podía ver más allá del suelo de madera que daba paso al resto de compartimentos.

—No intentes ninguna estupidez. Sabes que no tienes salida. Mi compañero está a escasos metros.

—¿No quiere bajar, inspector? —preguntó, fuera del campo de visión del policía.

—Estoy bien aquí.

—Entonces, espere un momento —dijo—. Le subiré una lata de cerveza, con gusto.

—Ya te he dicho que estoy bien.

Cuando vio asomar la cabeza del hombre, se echó hacia atrás. En cada mano sujetaba un bote helado de cerveza. Rojo no entendió sus intenciones. Pensó que quizá estuviera haciéndole perder el tiempo. Eran tantas las posibilidades que comenzaba a irritarle jugar la partida.

—De verdad, le vuelvo a pedir disculpas por mi comportamiento —dijo ofreciéndole la bebida y quedándose a menos de un metro de distancia de él—. He intentado colaborar con ustedes desde el primer momento, pero no parece ser suficiente. Si me diera una razón para saber por qué se ha obsesionado conmigo...

—No me vengas ahora con historias, hijo de la gran puta. Sé quién eres y por qué vas a por mí, Arpones. Ambos sabemos qué queremos de cada uno, lo que sucede es que yo soy el que gana y tú el que pierdes..., como tu hermano. Así que allana el camino.

Pensativo, el hombre se masajeaba el interior del labio con la lengua.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. ¿Quién te ha ayudado? ¿El borracho de tu compañero?

—Además de un psicópata y un pedazo de mierda, eres también un gracioso —respondió, tomó el bote y lo lanzó contra el suelo. Después se acercó a él y lo agarró del cuello de la camisa, arrastrándolo hacia su cuerpo—. Corta el rollo y dime dónde está Luisa Valverde.

Los ojos de Rojo miraban por encima de su cabeza, ya que la diferencia de altura era notable.

—¿Y qué me va a hacer, Rojo? ¿Pegarme o dispararme? —preguntó, con una sonrisa diabólica que provocaba la furia del inspector—. Un pajarito me ha dicho que lo han cesado de su puesto... A lo mejor es usted el que me lo está poniendo en bandeja.

—¡Te voy a matar! —bramó el inspector. Sin esperarlo, el sujeto le provocó una zancadilla que le hizo perder el equilibrio. Antes de que pudiera reaccionar, sintió un fuerte puñetazo en el hígado, acompañado de una embestida que lo lanzó escaleras abajo. Rojo rodó hasta morder la superficie, sin poder protegerse de los golpes. Aturdido, intentó desenfundar el arma, cuando la silueta se acercó a él, le asestó una fuerte sacudida en la nuca y un oscuro hormigueo lo cegó hasta dejarlo sin conocimiento.

Cuando despertó, la jaqueca le provocó arcadas al intentar abrir los ojos. Estaba tumbado, sentía el cuerpo pesado y le dolían un horror las articulaciones. Aguardó sin aliento unos segundos para ponerse en pie, mientras notaba el bombeo de la sangre en la frente. Tragó la poca saliva que su boca era capaz de generar, ya que su garganta estaba tan seca como un ramo de espinas. Aturdido, lo primero que apreció fue un agradable perfume femenino que animó sus sentidos.

Su cabeza reposaba en el regazo de una mujer. Sintió el cráneo sobre los pechos, a la vez que la vaga respiración de la dama se unía a la suya.

—¿Elsa? —preguntó con un murmullo—. ¿Ha sido todo un mal sueño?

Entonces, se movió el abdomen sobre el que descansaba, apartándose de un modo brusco, sin dejarle tiempo a maniobrar y provocando que la nuca tocara la dura y helada superficie.

—¡Ah! —lamentó por partida doble, recordando cómo había terminado en ese agujero—. ¿Luisa?

—No, Rojo —dijo Ripoll, que pareció despertar de la pesadilla—. Soy yo.

—¡Oh! Mierda...

—En eso estamos de acuerdo. ¿Estabas soñando con tu ex?

Al otro lado del oscuro cuarto en el que se encontraban, se oyó el ruido del motor de la embarcación. Se movían, puede que todavía en el puerto o ya adentrados en el mar. Por alguna causa, no llevaban mordazas. Aquel sádico confiaba demasiado en sí mismo. Rojo buscó el arma en el cinto, pero descubrió que no quedaba ni rastro de su STAR. La separación entre ambos agentes era escasa. Rojo recogió las piernas y se apoyó en una de las paredes, con las rodillas inclinadas, sintiendo cómo la cabeza aún le daba vueltas. En un intento de levantar la vista hacia arriba, sufrió otro latigazo que lo devolvió al suelo. Aquel era el cuarto al que daba la escotilla que había advertido en la superficie.

—Mi exmujer...

—¿Todavía no lo has superado?

—Ripoll, creo que no es el mejor momento para hablar de nuestra vida privada.

—No sabría qué decirte. Tal vez sea el último que tengamos.

El silencio abrumó el diálogo durante unos segundos, hasta que Rojo decidió retomarlo. Le inquietaba a dónde los llevaría, si es que no tenía pensado lanzarlos al mar.

—¿Crees que guarda alguna razón para dejarnos vivos?

—Pronto lo sabremos —dijo ella, precavida y sin demasiado ánimo. El miedo en su voz era evidente, ya no por aceptar que su final podía acabar igual que el de esas chicas, sino por la incertidumbre que arrastraría hasta el último segundo—. ¿Cómo has terminado aquí?

—Te iba a preguntar lo mismo.

Ella chasqueó la lengua, avergonzada.

—He encontrado el barco, me he subido y me ha asaltado por la espalda. No lo he visto venir... Sí, ya lo sé. Un error de novata. Puedes decir lo que quieras, no me importa lo más mínimo...

—Respira... Se supone que soy yo quien iba a solucionar esto. ¿También te ha golpeado?

—No, ni siquiera lo ha intentado —aclaró—. Ha debido de usar cloroformo o algún producto químico fuerte para que perdiera el conocimiento... Aún puedo olerlo.

—Si he de serte franco, lo hubiese preferido —dijo, lamentándose del dolor que acechaba su nuca—. Menudo golpe. Por cierto...

—No, no hace falta que te disculpes —interrumpió, adelantándose a las palabras de Rojo—. No debí meterme donde no me llamaban, en lugar de obedecer y confiar en ti. Eres mi superior y te di mi palabra.

—No me iba a disculpar, pero agradezco que hayas sacado el tema... Maldita sea, qué dolor... —dijo, e intentó ponerse en pie, pero las piernas aún no le respondían—. A veces tengo problemas para expresar lo que pienso. Quería advertirte del peligro, pero si te contaba más de la cuenta...

—No es necesario que lo hagas ahora.

—¿Y qué más da? A estas alturas, si salimos con vida, me darán una buena patada en el trasero cuando aparezcan los demás... —dijo, pero entendió que Ripoll desconocía de lo que hablaba—. Este psicópata es el hermano de alguien a quien ajusté las cuentas en su día, Ripoll... Mala gente, monstruos, auténticos animales...

—¿Criminales?

—Mucho peor —aclaró—. Gente respetable, con vidas normales, incluso acomodadas, siempre guardando las formas de cara a la galería, a sus familias, a sus círculos sociales... Auténticas bestias en cuanto se escondían tras las máscaras y sobornaban a quienes podían acusarles a cambio de dinero... En particular, como él, su hermano tenía una red para engañar a las muchachas jóvenes que llegaban a Cartagena, en busca de un modo de vida diferente, mejor, ajeno al hermetismo de sus pueblos y, ¿quién sabe?, un comienzo para prosperar. Primero las contrataban como camareras, después abusaban y las violaban, a la vez que las convertían en drogadictas, volviéndolas dependientes de la espiral en la que habían entrado. Algunas desaparecían, ya te puedes imaginar cómo..., otras no tenían tanta suerte y sólo unas pocas terminaban trabajando como escorts de lujo o esclavas sexuales en alguna clase de organización... Lo peor de todo es que tenían el apoyo de la clase política, de los sindicatos e incluso de la Policía. Eran impunes, Ripoll, y nadie osaba meterse con ellos porque tenían todas las de ganar.

La subinspectora intentó digerir lo que Rojo le contaba. No era fácil, sobre todo, para alguien que no había conocido los años más duros del Cuerpo, en los que el modo de operar de la vieja guardia aún seguía presente y los auténticos valores se perdían entre maletines de dinero, ideologías políticas y un proceso agresivo de renovación, por parte de los partidos políticos que gobernaban en Democracia.

—Por eso te fuiste de Cartagena, ¿verdad?

Rojo buscó su mirada en la penumbra.

—Por esa y por otras muchas razones —dijo, conservando la distancia. Sintió que ya le había contado suficiente—. Hice lo que tenía que hacer y no me arrepiento de ello.

—¿Y qué fue lo que hiciste?

Él sonrió con ternura.

—Si te lo dijera, te volvería cómplice —respondió y cambió de conversación—. Olvídalo, eso no es lo que importa en este instante, Ripoll. Cuando salgamos de aquí, si es que lo hacemos, vamos a tener un problema más gordo, si cabe...

—Ahora sí que no te entiendo.

—Lledó nos ha traicionado, al menos a mí, pero sospecho que habrás tenido la misma fortuna. Lo ha hecho desde el principio y ha mantenido informados a Pérez y a Marchirant.

Ripoll se mordió el labio, ofendida.

—Maldito desgraciado.

—No te lo guardes ahí dentro, suéltalo —dijo Rojo—. El caso es que están al corriente de nuestra operación, aunque no sé hasta qué punto. No importa, mi carrera ha terminado, pero tenemos que salvar a esa chica. Sé que está viva, aunque no por mucho tiempo. Si no lo logro yo, tienes que hacerlo tú.

—¿Y cómo crees que lo vamos a conseguir, Rojo?

—Es lo que tenemos que averiguar —dijo el inspector, cuando un fuerte ruido sonó al otro lado. El zumbido del motor se detuvo y la embarcación perdió velocidad. Unas fuertes pisadas bajaron los escalones que había al otro lado del compartimento. Los dos agentes se miraron expectantes cuando alguien golpeó la puerta—. Prepárate, ha llegado la hora.

La puerta se abrió, la claridad alumbró el cuarto y lo primero que vieron fue la pistola del inspector encañonándolos. El verdugo se había cambiado de ropa y ahora llevaba un mono de trabajo, verde militar y unas botas de goma.

—Ya hemos llegado —dijo, sosteniendo dos bridas de plástico blanco. Le lanzó una a la subinspectora y le hizo un gesto para que se la pusiera a su compañero—. Venga, no tenemos todo el día.

Ripoll miró a Rojo y él le indicó que obedeciera.

—Buena chica —comentó. Después se acercó a ella, sin desviar el cañón de sus cuerpos y le apretó las muñecas con la segunda brida—. No os hagáis los héroes. Os saldrá caro... Ahora, delante de mí, que os vea. ¡Vamos!

Los dos agentes salieron del cuarto de la escotilla y siguieron las indicaciones para subir las escaleras que los llevaban al exterior. Los tres alcanzaron la cubierta.

La brisa se había transformado en un aire de levante, fresco y húmedo. Rojo contempló el entorno, intentando ubicar el lugar al que habían llegado, pero no reconocía aquel paraje. Sospechó que se encontraban lejos de Alicante, quizá más al norte o puede que al sur. Aún sentía la jaqueca como un cuchillo afilado rasgándole el cráneo y eso no ayudaba a pensar con claridad.

El barco quedó atracado cerca de una orilla rocosa que daba a una playa salvaje de arena fina, pinos y maleza. A lo lejos, un camino de tierra llevaba a una vieja y oscura carretera secundaria, por la que dedujo que no pasaría nadie que los pudiera socorrer.

—¿Es aquí donde las traes? —preguntó Rojo.

—Vamos, saltad —ordenó, señalando a la orilla. Ripoll estudió la superficie. La profundidad del agua era poca, pero debían llevar cuidado si no deseaban tropezarse con las rocas—. Queríais saber dónde se encuentra la chica, ¿verdad? Vuestros deseos son órdenes.

La risa cruel que acompañó sus palabras no fue de buen recibo.

—Tú, primero —dijo Rojo, invitando a su compañera a que tomara la iniciativa.

—¿Por qué yo?

—¡Venga, hostia! —exclamó Arpones, molesto—. ¡No empecéis con vuestras tonterías!

Una patada trasera empujó a Rojo unos metros. La falta de equilibrio, a causa de las bridas y de la flaqueza de sus piernas, lo arrastró hacia el agua, como si una fuerte marea se apoderara de él. Intentó estabilizarse, pero el impulso le llevó a perder el control, así que saltó, sin pensarlo demasiado, antes de darse de bruces contra la madera. El impacto fue leve, aunque suficiente para provocarle un tremebundo dolor de cabeza. El agua del mar empapó sus botas y parte de sus piernas. Tenía frío y pronto tendría más si el aire se volvía más fuerte. Acto seguido, escuchó el chapuzón de la subinspectora, que le salpicó la espalda. Ripoll no tuvo tanta suerte y terminó tragando agua salada.

—¿Estás bien? —preguntó Rojo.

—Caminad hacia la playa —dictó el asesino, mientras bajaba con cuidado de la embarcación. Alcanzaron la orilla con la supervisión del cañón de la pistola y obedecieron las órdenes que recibían desde atrás. Aprovechando el ruido del aire, Rojo se pegó al cuerpo de su compañera.

—Mantén la calma hasta que nos lleve a la chica.

—¿Y si no lo hace, Rojo? ¿Y si nos ha traído hasta aquí para dejarnos morir?

—Eso no pasará, Ripoll.

—Eso no pasará...

—¡Basta de farfollar! —bramó la voz cansada del profesor—. Dirigíos hacia el pinar.

Caminaron con dificultad como les indicó, debido al peso de sus botas, ahora llenas de agua y manchadas de arena húmeda. Siguieron el árido y firme sendero que se adentraba en un oscuro bosque de pinos de mediana extensión. Correr, no era una opción, pensó Rojo, puesto que acabarían abatidos a tiros. Sólo podía contar con ella, siempre y cuando encontrarán la manera de que, al menos uno de los dos aprovechara un descuido de Arpones. Con la mirada del asesino en sus cabezas, cruzaron en línea recta el pinar, hasta que vieron la entrada de una construcción de cemento con forma de almacén, cerrada a cal y canto por una enorme puerta de hierro, oxidada por la humedad y el salitre del mar.

—¡Deteneos! —dijo y se colocó delante de ellos, manteniendo esa mueca en su cara, convencido del final que le esperaba a cada uno de los tres. Sacó un juego de llaves del bolsillo del mono verde y liberó los cerrojos de sus candados de gran tamaño. Después le asestó una patada al bajo de la puerta, que parecía haberse quedado atascada, hasta que la abrió. Los policías notaron un helor más intenso, propio de un glaciar, que se apoderó de sus extremidades y los hizo temblar de frío.

—Se me olvidó decíroslo... Aquí hace algo de fresco.

Los tubos del techo parpadearon hasta encenderse por completo. Olía a desinfectante, a aceite de motor y a combustible. El almacén no era muy amplio, aunque lo suficiente como para albergar en él dos vehículos, y estaba lleno de restos de basura, de revistas de náutica descoloridas, de lonas de plástico transparente y de botes de pintura oxidados. Junto a la entrada, Rojo divisó un vehículo cubierto por una funda de tela, probablemente el que Arpones usaría para desplazarse. Se fijó en el tubo de escape, que le resultaba familiar, e intentó comprobar la matrícula, aunque le fue imposible a causa de la tela. Al fondo, encontró una cámara frigorífica de gran tamaño, protegida por una reja de hierro que cubría la parte superior. Volvió a aspirar, a pesar de que el frío le impidiera hacerlo con naturalidad. Aquel olor le recordaba a algo o, más bien, a alguien. De repente, las imágenes de Rocío Quirant alumbraron su cabeza: el cuerpo helado, las lonas de plástico, la nevera...

—Jodido desgraciado... —murmuró, mirándolo de frente. Ripoll comprendió que la chica se encontraba allí, dentro de aquella cámara, agonizando en sus últimas horas de vida—. ¡Eres un maldito enfermo!

El hombre se adelantó unos metros, miró la nevera y comprobó la hora en su reloj. Después sacó un teléfono móvil del bolsillo y se lo ofreció al inspector, en un intento burlón para mofarse de su incapacidad.

—No contaba con este desenlace, ni con una invitada especial, pero debo reconocer que estoy entusiasmado con el resultado... Sois más torpes de lo que podría haber imaginado —comentó, ajustándose la pulsera del reloj, y miró al inspector—. El tiempo se ha agotado, Rojo. La pobre Luisa debe de tener un poco de frío ahí dentro... Está en tu mano declarar, de forma pública todo lo que has hecho durante estos años y salvarla... o dejar que muera congelada.

Rojo respiró hondo, aguantando la presión del momento, sopesando la carga de anteponer su vida por encima de la de esa chica. Necesitaba ganar tiempo, pensó, aunque no sirviera de nada. Allí nadie los encontraría. Era imposible. De hacerlo, tardarían demasiado como para salvarles la vida.

—Está bien, lo haré —dijo, ante la expresión de sorpresa de su compañera—, pero antes quiero comprobar que sigue con vida.

El asesino dibujó una sonrisa en su rostro, esta vez de felicidad, como la de un niño al abrir un regalo de cumpleaños.

—Rojo... —murmuró Ripoll, incrédula ante la escena de la que estaba siendo espectadora.

—Es igual. Si cumple con lo que dice, lo haré. Es la vida de esa joven lo que importa.

—Vaya, vaya... inspector. Nunca dejarás de sorprenderme... Pensaba que los maderos de verdad no se rendían ante sus enemigos, pero ya veo que te has ablandado con los años...

—¡Cierra la boca y abre la maldita nevera!

—Con calma, ¿vale? —rogó, levantando el arma—. No hay por qué alterarse...

Sin darles la espalda, se dirigió hacia el congelador y quitó el cerrojo de la verja metálica que impedía abrir la puerta desde dentro. Cada segundo se convertía en minutos. La espera resultaba agotadora. Cuando destapó la nevera, la cabeza de Luisa Valverde quedó al descubierto. Su estado era muy débil. Ripoll intentó aguantar sus emociones, pero se estremeció al ver el delicado rostro de la chica en una situación tan dura. Estaba pálida y, casi sin fuerzas, temblaba de frío con los ojos cerrados, a causa de la hipotermia.

—Ahora te toca a ti —dijo, sacando el teléfono móvil y conectando la cámara para grabar un vídeo—. Ahora, di lo que hiciste, todo. Desde el asesinato de mi hermano, pasando por el chantaje a Pomares, hasta ese inspector al que os limpiasteis... Quiero que renuncies a tu cargo como policía y que declares que has sido el autor de cada una de las fechorías que has cometido, abusando de tu poder como inspector.

—Nadie me creerá.

—No me importa. Haz lo que te digo y yo me encargaré del resto. Después cumpliré con mi palabra.

—Tendrás un final peor que el de tu hermano.

—Háblale a la cámara, por favor.

Rojo suspiró. Jaque mate para él. El rey había sido acorralado. Suspiró, armándose de valor, consciente de que, una vez terminada la declaración, no habría marcha atrás y el vídeo tardaría escasos minutos en llegar a los medios de comunicación y a la bandeja de entrada de Marchirant.

El inspector carraspeó, Ripoll se separó de él unos metros para no entrar en el encuadre, cuando un ruido atronador, procedente del exterior, los detuvo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Rojo.

—¡Olvidalo! ¡Háblale a la cámara! —gritó, alterado. Pronto percibieron que se trataba de un vehículo. Reconoció el sonido del motor. No podía ser cierto, de hecho, era casi imposible que hubiesen dado con él, pero no dejaban de ser buenas noticias—. ¡Venga, desgraciado! ¡Te juro que dispararé a tu compañera!

El ruido se amplificó. El zumbido del motor se volvió más violento. La mirada del sujeto se desvió hacia la puerta del almacén, como también lo hizo el cañón de la pistola.

En un acto reflejo, anticipándose, Rojo se abalanzó sobre su compañera para desplazarla unos metros. Los cuerpos cayeron al suelo, cuando el morro del Ford Sierra abrió la puerta del garaje como si ésta fuera de papel. El vehículo entró de lleno, arrasando con todo lo que tenía



delante. Arpones disparó dos veces contra la luna delantera. Se oyeron dos estampidos y vehículo lo arrojó por completo. La mezcla de arena, serrín y polvo, formó una nube que se suspendió en el aire. Entre la confusión, Gutiérrez bajó alterado del Ford y se acercó a comprobar el estado del sujeto.

—Sigue con vida —dijo y se giró para socorrer a Rojo y a su compañera—. Collons, Rojo, casi no llegamos a tiempo.

De la puerta del acompañante salió Lledó, alterado por la inyección de adrenalina que la situación le había provocado. Gutiérrez sacó una navaja y liberó a los agentes.

—¿Lledó? —preguntó la subinspectora, manifestando su malestar. Luego se puso en pie y se abalanzó contra él, pero Gutiérrez la sujetó por el brazo para detenerla—. ¡Serás cabrón!

—Chica, chica... Deberías darle las gracias a tu compañero. Ha sido él quien os ha salvado el pellejo.

—Pero, ¿cómo? —se preguntó Rojo—. Lancé mi teléfono al mar.

—Tú sí, pero ella no... —señaló Lledó—. La triangulación nos ha dado una ubicación aproximada del lugar.

—Tendremos esta conversación más tarde —dijo Rojo, poniéndose en pie y recuperando la pistola—. ¡Sacadla de ahí, vamos! ¡Hay que abrir esa maldita nevera!

Ripoll y Lledó se aproximaron a socorrer a Luisa Valverde, que aún tiritaba, casi moribunda, en el interior del congelador. El inspector aprovechó para acercarse a su verdugo, que ahora permanecía herido y desconcertado en el suelo. Lo agarró de la cabeza, mirándolo con firmeza, le abrió la boca y le metió el cañón de la pistola hasta la garganta.

Arpones comenzó a reír, a pesar del dolor que le producían las fracturas provocadas por el accidente.

—¿Qué se siente al ver cómo tantos años de dedicación se van a la mierda?

—¡Ja,ja,ja!

—No te rías, desgraciado, ¡te voy a enviar con tu hermano al mismísimo fondo del mar, cabronazo!

—¡Rojo! —gritó Ripoll, acercándose a él. Gutiérrez se interpuso entre los dos—. ¡No lo hagas!

—No te metas, no es asunto tuyo...

Rojo presionaba el cañón contra su garganta, impidiéndole respirar.

—*Hagggglo, vamozz... hagggglo y tigga del gatillo...*

Mil demonios se apoderaron de él, enfrentándolo en una dura batalla que estaba a punto de perder.

—¿De verdad es así como quieres que acabe esto? —preguntó Ripoll, que sujetaba, junto a Lledó, a Luisa Valverde, ya fuera de la nevera—. Siempre hay una alternativa.

El inspector le sacó el cañón de la boca. Arpones respiraba entrecortado, con los ojos inyectados en sangre.

—Si me mata, nunca sabrá dónde está Elsa. ¿Qué se siente ahora, inspector?

Rojo entró en cólera, le apretó la mandíbula y le introdujo de nuevo el cañón.

—¡Rojo! —gritó Ripoll.

—¡Te he dicho que no te metas, chica! —reprendió Gutiérrez.

—*Diggpara, ingggpeggtor... ga, ga, ga... Diggpara y nunca engcontragás a tu eggposa...*

—¡Cállate, cabrón! —exclamó Gutiérrez y desenfundó su arma, apuntándolo en diagonal—. Tengo tres balas para ti, como las que le metí a tu hermano, y te juro que no me tiembla el pulso.

¡Vamos, Rojo!

Antes de que se dieran cuenta, el arma de Ripoll apuntaba al excomisario.

—¿Qué diablos intentas, chica? Baja el arma y no me enfades. Yo no tengo nada que perder y tú sí.

—Rojo, no me obligues a disparar —insistió Ripoll, mirándolos a ambos.

Pero el inspector era indiferente a las advertencias de su compañera. Para él, sólo existía el hombre que tenía delante. Arpones se dirigió a él, levantando el mentón para poder vocalizar mejor.

—Ella... aún te recuerda...

La yema del índice acarició el tacto metálico del gatillo, pero algo le vino a la mente que lo obligó a retroceder.

—¡Ah! ¡Dios! —bramó, separándose del asesino, y pateó la rueda delantera del Ford Sierra hasta tres veces, para acabar echándose las manos a la cabeza. Al recuperar la cordura, observó el escenario que tenía delante.

Desde arriba, Gutierrez apuntaba con su arma a la cabeza del verdugo, que seguía moribundo en el suelo. Lledó y Ripoll cubrían con sus chaquetas a la muchacha desvalida que, poco a poco recuperaba la consciencia. Un sentimiento profundo de nostalgia inclemente se apoderó del inspector.

—Pongamos fin a esta maldita pesadilla. ¿Dónde diablos estamos?

El resplandor de la luna se reflejaba sobre un oleaje violento que golpeaba con fuerza contra las rocas de la playa. El barco que los había transportado hasta aquel sórdido y remoto lugar se movía inestable, a causa de la ferocidad del mar. Rojo fumaba un cigarrillo en la soledad de la noche, alejado de los otros agentes que esperaban la llegada de una ambulancia y de los refuerzos de los compañeros. Desconocía dónde se encontraba porque nunca había estado allí. Arpones los había llevado desde Alicante hasta la costa murciana de Cabo de Palos, atracando en una de las pocas zonas salvajes que aún quedaban en el litoral. Un golpe de suerte, pensó, fue lo que provocó que Lledó, en un acto de arrepentimiento, decidiera acudir al puerto para contarle la verdad a su compañero, aunque jamás pensó que se encontraría con Gutiérrez, quien estaba preocupado por el trágico giro de los hechos. Una hora de viaje en el Ford, que resultó eterna para ambos.

Aún quedaba nobleza en su corazón, se dijo mientras apuraba el cigarrillo. Lledó les confesó los soplos que entregó bajo la presión de sus superiores, aunque reculó cuando entendió que los intereses del comisario Marchirant iban más allá de salvar a la hija del diputado. Aquel fue el desencadenante que lo motivó a levantarse de la silla y a romper con todo. De no haber sido así, Ripoll y Rojo hubieran muerto en el interior de aquel almacén, sin gloria alguna. Por su parte, el inspector era consciente de que la milagrosa aparición no lo salvaría de los cargos que presentarían contra él. A partir de entonces, quedaría un largo recorrido para evitar la prisión. Así que tuvo claro que, en cuanto se deshiciera de la colilla que sujetaba entre los dedos, tendría que ejecutar el único plan de emergencia que le quedaba.

Regresó al interior. Gutiérrez custodiaba al asesino y Lledó se encargaba de calentar a Luisa Valverde en el exterior. Rojo se acercó a su compañero y le pidió a la subinspectora que se hiciera cargo del detenido.

—Tenemos que hablar —dijo, con una mirada seria, llevándose a la entrada del almacén.

—Tendrías que habérmelo dejado a mí, no sabes las ganas que tenía... ¿Qué te ha hecho cambiar de parecer?

—La vía rápida, no siempre es la mejor.

El exinspector dio un respingo de discrepancia.

—Tú dirás...

—¿Recuerdas cuando me dijiste que te podía pedir lo que necesitara?

—Por supuesto.

—¿Tienes la llave del coche? —preguntó. Gutiérrez se las entregó, pero Rojo las rechazó, dejándola en la gruesa mano de su amigo—. Tómalo y desaparece.

—¿Estás seguro, Rojo?

—Irán primero a por mí y luego a por ti —explicó, con una pesadumbre en su interior que lo hundía. Jamás pensó que llegaría ese momento, aunque hubiesen hablado de él cientos de veces

—. Puede que pasen meses, quizá años sin que volvamos a vernos, Gutiérrez.

Las cejas del exinspector se encogieron. Nunca era fácil decir adiós y Rojo era lo último que le quedaba.

—Entiendo, *amic meu* —contestó, con la mirada gacha, guardándose las palabras de despedida. Después le dio una palmada en el hombro—. Esperaré tu llamada, aunque nunca llegue.

Se abrazaron con la mirada, ya que ninguno de los dos tenía el valor para dar el primer paso. Eran tipos rudos, de otra época, de otros tiempos y de una casta única. Habían reprimido tantos años las muestras de afecto, que les paralizaba la idea de mostrar sus sentimientos en público, aunque no se volvieran a ver.

—Cuando llegues, deshazte de él —dijo, señalando al viejo Ford Sierra—, así que no te encariñes mucho.

Gutiérrez se rascó el mentón.

—¿Y tú qué harás?

La mirada de Rojo se giró hacia el vehículo que había cubierto por la funda protectora.

—Algo se me ocurrirá.

Antes de marcharse, vaciló en hacerle una última pregunta.

—Vicente, los buenos no siempre ganan...

—En este caso, sí.

—No me refiero a eso... Cuando te veo, me cuestiono si logras dormir bien, si el remordimiento no te acecha al poner la cabeza sobre la almohada. ¿Qué hemos hecho mal, para acabar siempre huyendo de lo que somos?

Rojo apretó los labios, buscando las palabras exactas que tranquilizaran a su amigo.

—No hemos hecho nada mal, Gutiérrez. Esto es lo que somos, es nuestra naturaleza y no podemos cambiarla. Es demasiado tarde... Por suerte, el Cuerpo nos ha dado mucho, siendo el armario donde podíamos mantener la ropa ordenada... Nosotros realizamos nuestro trabajo lo mejor que supimos... Siempre servimos con honor, haciendo de esta sociedad un lugar menos repugnante... Las reglas que rigen este mundo no entienden de valores. Llegamos para sobrevivir y estoy convencido de que encontraremos la manera de seguir haciéndolo.

—Claro... Si tú lo dices —contestó, reflexionado sobre la respuesta—, pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Qué esperabas?

Gutiérrez tragó saliva.

—¿No crees que es el momento de dejar de buscarla?

Rojo sonrió.

—Cuídate. Se te va a hacer tarde, amigo.

Los faros traseros del Ford Sierra se perdieron entre los pinos mientras Rojo meditaba sobre las cuestiones que le había planteado el expolicía. De nuevo, huir era la única salida que les quedaba; huir hasta encontrar un lugar seguro, protegidos del resto, protegidos de sus propias sombras. Ninguno de los dos sabía si sus caminos se cruzarían en el futuro, aunque estaban convencidos de que se encontrarían en el averno.

«Adiós, amigo», se dijo en silencio, afligido por la marcha. Comprobó la hora, que ya había pasado la medianoche, y decidió abandonar aquel lugar antes de que tuviera que dar más explicaciones.

Regresó al cobertizo, bajo las miradas de los compañeros y levantó la lona que protegía el coche que había en el interior.

—Maldita mi suerte... —dijo, con una sonrisa picarona. Bajo la tela se encontraba un Citroën BX de color rojo sangre, con matrícula de Murcia, idéntico al que había poseído durante años. El vello de los brazos se le erizó. No pudo contener la alegría. Pensó que, con cierta seguridad, el vehículo estuviera fuera de circulación o sin la documentación en regla. Destapó el resto de la lona y descubrió que la llave estaba puesta en el contacto.

Rojo miró a Ripoll y a Lledó.

—Supongo que este es el momento de decir adiós —dijo, abriendo la puerta del conductor—. No me juzguéis. El fin no siempre justifica los medios, pero no ha salido mal del todo.

—¡Espera! —exclamó Lledó. De fondo, a lo lejos, percibieron el sonido de una ambulancia. Les quedaba poco tiempo—. Ripoll, ve con él. Yo me encargaré de solucionar esto.

—Ella no va a ninguna parte —replicó Rojo—. Me temo que tendréis que repartiros los méritos entre vosotros.

—¿Acaso me habéis preguntado? —cuestionó. Los dos hombres la miraron. Ripoll caminó directa a la puerta del acompañante y se dirigió a su superior—. ¿A qué espera, inspector?

\* \* \*

Una reminiscencia del pasado. Eso fue lo que sintió al escuchar el rugido del motor del sedán francés. Pronto apreció que no era lo mismo, que el vehículo estaba exento de vida, sin pensar en el uso que aquel desgraciado le habría dado para transportar a sus víctimas. La noche estaba cerrada. Tomaron uno de los caminos que se desviaban hacia la costa, dejando a las patrullas del Cuerpo que se encargaran del resto. Lledó tendría una noche larga, explicando qué hacía un inspector de otra región operando allí. Rojo pensó en Pérez y en Marchirant, en la confusión que generaría todo aquel embrollo, pero no le importó un carajo. Luisa Valverde estaba a salvo.

Los faros alumbraban una estrecha carretera secundaria que bordeaba la costa. El coche ni siquiera tenía radio, por lo que no había manera de romper el tenso silencio que separaba a los dos agentes. Rojo se percató de la inquietud de su compañera. Tenía preguntas y su oscura mirada era un ramo de incógnitas. Aunque él estuviera acostumbrado a callar, a Ripoll le incomodaba tanta monotonía.

—¿Vas a hablar o vas a seguir mordiéndote la lengua hasta que sangre? —preguntó Rojo, tranquilo, convencido de que era eso lo que Ripoll quería oír.

—Que sepas que me parece fatal.

El inspector aguardó unos segundos.

—¿El qué?

—¿El qué? ¡Todo, Rojo! —rompió en un grito. Estaba enfadada, decepcionada—. Nos pides que te ayudemos y nos dejas tirados cuando hay que dar la cara. ¿No eras tú el que decía eso de que hay que estar unidos? Somos un equipo, somos un equipo... ¡Maldito egoísta!

—Relájate, o te va a dar un síncope —dijo él, sin alzar la voz, guardando la calma, con las manos al volante, tomando las curvas cerradas que encontraban en la carretera—. Es más complejo de lo que crees, Ripoll. Créeme.

—¡Deja de tratarme como a una tonta, joder! Que pareces mi padre... —respondió, mirando hacia la ventanilla, apoyando la cabeza en la mano—. Al final, ese amigo tuyo tiene razón. No sabes hacer otra cosa que huir...

Rojo apretó los dedos sobre el volante.

—Lo que me faltaba.

—Qué más da, Rojo... Nos has engañado, a mí y a Lledó. Nos has convencido para salirte con la tuya. ¿Sinceramente? Me siento ninguneada... Tal vez aún me quede mucho por aprender en esta profesión.

Él suspiró.

—Pues sí, sí que te queda —respondió—, y deberías morderte la lengua de vez en cuando... Pero yo no os he utilizado, de eso puedes estar segura. Os dije que salvaríamos a esa chica y es lo que hemos hecho. Lo demás, son asuntos personales del pasado que no conviene remover.

Los ojos de Ripoll estaban clavados en el lateral de su cara.

—Lo hiciste, ¿verdad? —le preguntó, tan pronto como terminó de hablar—. Mataste a su hermano, se estaba vengando de ti...

Rojo dio un soplo y estuvo a punto de confesar, cuando entendió que aún le quedaba un favor más que pedirle a la subinspectora.

—Arpones desapareció. Es lo que dicen los archivos.

Recorrer la costa en plena noche, era como un viaje al pasado, un retorno a los episodios más oscuros de su vida. Rojo sabía que por allí nadie los detendría. El tráfico era escaso. De vez en cuando se encontraban con algún vehículo de frente que se perdía en la oscuridad.

A medida que se adentraban en el litoral alicantino, los coloridos rótulos de neón que iluminaban los locales de alterne se hacían más frecuentes. Se preguntó cuántas veces habría recorrido aquella serpiente de asfalto, en busca de respuestas, de un final al maleficio que lo perseguía durante años. Finalmente, dada la insistencia de la subinspectora, decidió hablar. Lo hizo por él, más que por ella, y se dio cuenta del sentido que tenían, para algunos, las sesiones con la doctora Galiana. Las personas necesitan hablar con otras, sacar lo que llevan dentro, sentirse escuchadas y compartir ese dolor que, muy pocos, por no decir nadie, llegan a comprender. Rojo habló por necesidad y por hastío, porque estaba harto de cargar con una losa que pesaba más que su existencia. Jamás hubiera imaginado que terminaría confesando sus temores a una desconocida, pero por algún motivo, tenía la intuición de que podía confiar en la mujer que lo acompañaba. Ripoll escuchó atenta, sin prejuicios, la que había sido la historia de su vida, a medias, sin entrar en los detalles superfluos, en las balas malgastadas, en las noches de pólvora y violencia que poco aportaban a su relato. Su explicación tenía tantas capas como una cebolla y sólo él sabía hasta dónde podía cortar. Desde Cartagena hasta Elsa, el primer encuentro en el bar Dower's, hasta que desapareció sin rastro, el inspector narró los eventos más importantes que lo habían llevado hasta el encuentro con aquel asesino. Gutiérrez, Pomares, el incendio de la Asamblea Regional de Murcia, los Hermanos del Silencio, las bolsas con dinero negro en el apartamento del Mar Menor, las fiestas de intercambio de pareja para la alta sociedad alicantina, en las que Elsa había participado... Contarlo en voz alta, resultó un alivio para sus adentros, como si todos esos tormentos de los que hablaba Gutiérrez, se esfumaran mientras reflexionaba en voz alta.

—Llegado a un punto, no importa lo que haces, sino la razón por la que eres capaz de arriesgar tu vida —dijo, sintiendo la respiración de la mujer que lo acompañaba—. Yo decidí volcarme en ella, en su búsqueda, y lo hice por mi hijo, por tener una explicación cuando llegue el momento oportuno. Sé que el día llegará y me preguntará por qué nos abandonó su madre. He cometido muchos errores en mi vida y he hecho cosas de las que no debería estar orgulloso, pero no quiero mentirle jamás, porque siendo mi hijo, mi propia sangre, estoy convencido de que en algún momento, retomará la búsqueda que yo dejé a medias. No existe nada peor que el desprecio y el abandono de una madre y no estoy dispuesto a que él pase por el mismo calvario que yo. No pienso alimentar una mentira que puede derrumbarse en el momento que ella aparezca. Pensarás que tengo un problema mental, que he perdido la cabeza y que no todo es blanco o negro, pero mi hijo no tiene por qué pagar las consecuencias de una relación desastrosa entre dos personas que vivían sumidas en su propio caos. Puede que Elsa esté muerta, lo

desconozco, aunque tengo suficientes motivos para creer que no es así, pero no descansaré hasta descubrir la verdad.

Ripoll escuchó el monólogo del inspector, en silencio, buscando la manera de conectar los puntos. La historia logró empatizar con sus sentimientos, dejando a un lado las cuentas pendientes.

—¿Y si nunca llegas a encontrarla?

Rojo suspiró. Era la maldita pregunta del millón.

—Este mundo no es tan grande como creemos, subinspectora —dijo, sintiéndose, una vez más, incomprendido—. Dicen que hay personas que sólo pasan una vez por tu vida, que existen caminos que no se vuelven a cruzar en una eternidad... Sin embargo, soy de los que piensa que, si crees en algo firmemente y te dejas la piel en ello, puedes lograr que esos caminos se crucen de nuevo, aunque provoques un choque de trenes mortal... Cuando llegue ese momento, estaré preparado para todo.

Las palabras de Rojo silenciaron el resto de preguntas. En aquellos ojos negros, vio cómo su explicación la había sobrecogido. Así y todo, había dejado una parte para sus adentros, una porción de intimidad que resultaba inconfesable. Con los años, comprendió que Elsa, a esas alturas, era irrelevante. Llevaba tanto tiempo detrás de una verdad, que se había vuelto adicto a ella. Cuando la encontrara, ya fuera con o sin vida, necesitaría otro motivo para seguir funcionando. Y entonces iría a por cada una de las personas que habían destrozado su vida, aquel primer amor verdadero, aquellos sentimientos que rara vez volverían a brotar en su corazón.

Tener una razón inalcanzable, era el único combustible que le quedaba para mantenerse cuerdo.



El vídeo nunca llegó a los ojos de Marchirant, pero eso no lo iba a salvar del cese completo de la actividad. Aquella noche, decidió poner fin a todo y hacer borrón y cuenta nueva. Un comienzo lleno de incertidumbre, fuera del Cuerpo, lejos de la rutina. Se dijo a sí mismo que encontraría una solución.

En plena madrugada, llegaron a Alicante y dejó a la subinspectora en una de las calles colindantes a la estación de trenes. Después condujo hasta el polígono de Babel y abandonó el vehículo.

A la mañana siguiente, una llamada lo despertó del sueño profundo en el que se encontraba. Pérez solicitaba su presencia inmediata en las dependencias de la Policía. Había llegado el momento de encarar los problemas. Desconocía lo que sucedería en las horas siguientes, pero tenía la certeza de que no le traerían ninguna alegría.

Un taxi lo dejó en la puerta de la comisaría a las nueve de la mañana. Para su asombro, una multitud de periodistas de medios regionales y nacionales hacía guardia a la espera de una exclusiva. Cada vez eran más rápidos, pensó. Se abrió paso entre el corrillo de reporteros desesperados por agarrar un titular, y atravesó la recepción, convencido de que sería la última vez.

Al llegar a la segunda planta, se cruzó con las miradas inquisitivas de los agentes que merodeaban por allí. Después encontró a Lledó y a Ripoll en sus puestos de trabajo, con los rostros cansados y los síntomas de preocupación de quien ve su cabeza a punto de ser cortada. Rojo sabía que no tenían por qué temer, pues todo el peso del desastre caería sobre él.

«Acabemos cuanto antes con este drama».

A medida que se acercaba a la puerta del despacho de Pérez, advirtió la discusión que el inspector jefe mantenía con el comisario. Para él, no era necesario alargar más la agonía de su expulsión. Giró el pomo metálico y la luz del interior alumbró sus botas.

—Disculpen el retraso.

Con el semblante serio y estirado, Pérez le invitó a que cruzara el umbral que separaba la oficina de la horca voluntaria. En silencio, caminó hasta la butaca, sin llegar a sentarse. Marchirant se frotaba las manos, en un gesto nervioso e inconsciente. Por sus acciones, Rojo supo que no estaba contento con el resultado, aunque eso no lo iba a frenar.

—Al final, se ha salido con la suya, ¿verdad, inspector? —espetó el mandamás con un tono tenso y hostil.

Rojo llenó los pulmones de aire. Sería una conversación larga.

—No sé de lo que me habla.

—¡Váyase al carajo, por Dios! —gritó, apretando el puño derecho y reprimiendo las ansias por golpear el tablero del escritorio—. ¿Cree que somos imbéciles?

—¿Cómo se encuentra Luisa Valverde? He oído que la han encontrado —preguntó, desafiante, poniendo a prueba la templanza de aquel hombre—. Buen trabajo... Ahí abajo hay un montón de ratas a la espera de su queso.

—Rojo... —intervino Pérez, creando un muro de cordura entre los dos hombres—. Basta de juegos. Sabemos de sobra lo que sucedió ayer, así como también entiendo que se hace una idea de por qué está aquí hoy.

El inspector reculó. Estaba cansado, harto de la situación.

—Tiene razón, Pérez. Nunca me gustaron las despedidas, así que háganla lo más breve posible.

—Ese es el problema.

Marchirant miró al subordinado, sorprendido.

—¿Dónde está el problema? Que Asuntos Internos se haga cargo y agilicen los trámites para expulsar a este hombre de una vez. ¡Una falta grave sería un insulto!

—¡Déjeme trabajar, comisario! —bramó, elevando la voz y arrepintiéndose al instante de hacerlo—. Por favor... Es mi hombre y mi sección. Permítame que solucione esto como crea conveniente...

—No me jodas, Pérez, y no me jodas...

El inspector jefe se armó de paciencia, ignoró el reproche y regresó al hombre que tenía delante.

—Aunque me duela, he de reconocer que usted tenía razón —prosiguió—. Ignacio Arpones ha sido detenido, junto a María Hernández, la estudiante con quien tenía un idilio y con quien organizó el rapto. Nos ha contado todos los detalles del secuestro, así como el asesinato de Rocío Quirant, del que también había sido cómplice. No obstante, esto no le salva de la denuncia por secuestro y abuso de la autoridad, además de la investigación por presuntos delitos de extorsión y el supuesto asesinato del hermano de Arpones, por mencionar algunas de las manchas que cuelgan de su expediente. Se ha designado una unidad especial para que aclare su pasado. Supongo que sabía que este momento llegaría.

Rojo respiraba aliviado. No le preocupaba que lo investigaran porque no iban a encontrar ninguna prueba que demostrara aquello por lo que se le acusaba.

—Búsqese un buen abogado —añadió Marchirant—, si es que puede, aunque tampoco le servirá de mucho. Es usted un criminal, una deshonra para el Cuerpo y una lagartija a la que tendrían que haber pisoteado tiempo atrás.

—¿Ha terminado ya con los piropos?

—No, esa es la cuestión —dijo Pérez—. Luisa Valverde ha reconocido que cuatro agentes la salvaron de morir congelada a manos del asesino. En concreto, ha mencionado su apellido... Lo más delicado del asunto es que una periodista de El País se ha enterado de la noticia, por lo que nuestra versión oficial, por mucho que la maquillemos, difícilmente encajaría con el testimonio de la víctima y la noticia de los medios.

—¿Quién es esa arpía, Pérez?

—Una tal Blanca Desastres —dijo, mirando de reojo a Marchirant.

—Consígame su número. Hablaré con ella personalmente para que cambie de opinión.

—Vaya, menos mal que soy el único corrupto en estos lares...

—¡Cállese, desgraciado! —gritó el comisario—. ¿Dónde cojones está el cuarto hombre? Era él, ¿verdad? Su compañero de fatigas, el enfermo de Gutiérrez.

Rojo lo entendió como una provocación, pero de ninguna manera iba a delatar a su

compañero.

—¿A dónde quieren llegar, señores?

Pérez carraspeó y chasqueó la lengua. La bilis le estaba quemando la garganta.

—Tómelo como una salida por la puerta grande..., de momento —explicó—. Un caso así necesita un héroe para que la sociedad se tranquilice, y dado que no tenemos muchas opciones, creemos que sería conveniente que diera la cara.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntaron Rojo y Marchirant a la vez.

El inspector miró a los hombres.

—No, en absoluto —remarcó—. Creo que es lo más adecuado en el contexto en el que nos encontramos. No se relaje, Rojo, la investigación no se detendrá y lo cesarán sin salario en cuanto pasen unos días y la gente se haya olvidado de lo ocurrido. Se lo ha ganado a pulso.

—Estupendo.

Pérez esperó una respuesta más larga.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿Ni siquiera va a explicarse?

Rojo lo miró.

—¿Qué quiere? ¿Que aplauda? No soy ningún lamebotas. Guárdese los lamentos para otro momento. Me ha quedado bastante claro, así que, si es todo lo que tienen que decirme, manipulen a la prensa como quieran. No pienso formar parte de este circo.

Sin permiso alguno, el inspector se levantó y caminó hacia la salida.

—Por mucho que se esfuerce en esconderlo, me encargaré de que usted y su amigo Gutiérrez acaben en la cárcel. ¡Cuenta con ello! ¡Escuche el reloj acechándole!

Pero Rojo hizo caso omiso a las amenazas de Marchirant y abandonó el despacho en busca de la salida. A partir de ese momento, supo que para el resto de sus días, la Comisaría nunca más volvería a significar lo mismo.

Los medios de comunicación no tardaron en difundir la noticia. A pesar de los esfuerzos de la Policía, el secuestro de Luisa Valverde llegó a la televisión en menos de veinticuatro horas. Los programas de la mañana se llenaban de criminólogos en busca de un minuto de atención. El historial del asesino fue la chispa que ansiaban los periodistas para alimentar a las audiencias con más morbo. De pronto, estudiantes y conocidos hacían también sus apariciones aportando su grano de arena. Por fortuna, Rojo seguía incomunicado, sin teléfono y sin ganas de conseguir uno. Aunque nunca había mostrado interés por el reconocimiento, era el momento de mantenerse al margen de la hoguera.

Las cuarenta y ocho horas posteriores al cese las pasó en su domicilio, reuniendo documentos, fotografías y reliquias del pasado que, horas más tarde, arderían hasta convertirse en cenizas. Sintió una profunda pena al abrir un álbum con viejas fotos que creyó haber destruido tiempo atrás. En una de ellas aparecía el inspector, más joven, sin canas, y acompañado de Gutiérrez, junto a otros agentes del Cuerpo de Cartagena. Lo cerró y lo dejó con los informes que había guardado por si, en caso de emergencia, hubiera tenido que actuar en contra de alguno de sus compañeros. Todo quedaría reducido a polvo, sin rastro de su pasado. Reflexionó sobre el futuro. Tendría que buscar otro escondite, lejos de su hijo y de sus padres, al menos, por un tiempo. Un nuevo destino, un cambio de oficina... pero no permitiría que el pequeño tuviera una idea equivocada del hombre que era su padre. Entre las pertenencias, vio el colgante con forma de almendra que le había quitado a esa chica. El objeto le recordó que aún tenía que resolver algunos asuntos, antes de desaparecer por completo.

Salió del apartamento, con la sensación de que le faltaba algo en su vida. Nada más llegar a la calle, un motorista cruzó la avenida a toda velocidad, subido en una BMW de color gris metalizado. El sonido de la máquina cautivó al inspector, provocándole una sonrisa infantil en la cara. Siguió el rastro de la motocicleta, ansiando el poder de libertad que el conductor desprendía por su paso, y se imaginó montado en una de ellas, volando como un ave, ligero como un espíritu salvaje. Estaba seguro de que aquello era lo que necesitaba para su nueva vida.

Cruzó la avenida a pie, subiendo hacia el domicilio de los familiares de Rocío Quirant. Antes de tocar el timbre del portal, volvió a mirar el colgante que guardaba en la mano. La puerta se abrió, tomó aire y subió en ascensor hasta que llegó al domicilio. A Rojo nunca se le había dado bien comunicar las malas noticias, ni siquiera las buenas, pero algo en su interior le decía que el matrimonio merecía un descanso.

—Inspector... —dijo Enrique Quirant, en el umbral de la puerta del piso—. Pase, por favor, pase...

Rojo accedió, con el pensamiento de no alargar demasiado el encuentro. Cuando cruzó el pasillo, tuvo la sensación de que habían pasado semanas desde su primera visita.

Los periódicos se amontonaban en la mesa del salón. La televisión estaba encendida, con uno de esos programas de la mañana sintonizados. Como sospechó, la Policía se había olvidado por completo de los Quirant. En el fondo, sólo importaba que Marchirant tuviera cubiertas las espaldas y que la hija de Valverde hubiese sido encontrada con vida. La esposa apareció por la puerta de uno de los dormitorios. El instinto del inspector le dijo que esperaban su visita.

—Siéntese...

—Gracias, pero no tengo mucho tiempo —dijo, excusándose, a la vez que estudiaba el rostro de preocupación y esperanza que Enrique Quirant mantenía. Los ojos hundidos y enrojecidos eran un indicador de las horas de sueño a las que había renunciado por consumir toda aquella basura televisiva, en busca de una respuesta—. He venido a traerles algo.

De fondo, una reportera llamó la atención de los tres.

«La Policía ha confirmado que tiene pruebas evidentes de que el secuestrador también había asesinado a otras chicas anteriormente, por lo que ha ingresado en prisión preventiva, a la espera de la celebración del juicio...»

—Es él, ¿verdad? ¿Es el miserable que se llevó a nuestra hija? En la televisión están diciendo que mató a dos más...

—Por suerte o por desgracia, así es —contestó Rojo, con la pesadumbre de no haberlo cazado antes. Las palabras emocionaron al matrimonio, que reaccionó abrazándose con fuerza—. Estén seguros de que ese sujeto no volverá a andar suelto.

El hombre frunció el ceño.

—¿Por qué no nos han llamado para informarnos de lo ocurrido? No entendemos nada, inspector. Llevamos una semana viviendo una pesadilla... A veces, me gustaría creer que todo es parte de un mal sueño y que un día despertaré y Rocío seguirá aquí...

Rojo dio un respingo. Entendía su malestar.

—Me temo que es un tema complejo —explicó, mordiéndose la lengua, irritado por no poderles contar la verdad— Todo ha sucedido muy rápido y es importante mantener la calma, sobre todo, con el revuelo informativo que tenemos ahora mismo, como ve...

—Entiendo —dijo, agachando la mirada—. Por eso ha venido, para darnos la noticia en persona.

El inspector sacó del bolsillo el colgante de Rocío y se lo acercó a la pareja. Los ojos de la mujer se humedecieron.

—Sé que no puedo devolverles a su hija, pero ojalá aprecien este detalle —prosiguió, dejando el colgante sobre la mano de la mujer—. Es lo mínimo que podía hacer. La fotografía que me entregó fue determinante para que pudiéramos cazar a ese sádico. Sin ella, puede que no lo hubiéramos logrado. Sé que esto pertenecía a Rocío y es hora de que vuelva con quienes más la amaban.

El hombre, confundido, no entendió bien la situación.

—Pero, inspector...

—No se preocupe, existen otras muchas evidencias que demuestran que es el asesino de su hija —respondió, calmando las ansias—. Tómenlo como un favor personal y guárdenlo con mucho cuidado. Nadie tiene por qué saber sobre nuestro encuentro.

—Comprendo —dijo el hombre y miró a su mujer, haciéndola cómplice de la conversación—. Gracias.

—Se lo repito, no me las dé. Hice mi trabajo y me habría gustado hacerlo mejor pero las cosas no siempre salen como deseamos. Esto demuestra que los policías somos igual de humanos

y mortales que el resto, y eso también nos convierte en frágiles e imperfectos.

\* \* \*

Salió del apartamento con una extraña sensación de alivio y desasosiego a la vez. El descanso por poner fin al vacío de aquel matrimonio, que había sufrido tanto de manera innecesaria; y el apuro por pedir el último favor. Dado que no disponía de móvil y que las cabinas telefónicas eran un símbolo extinto del pasado, bajó a pie, apresurado, hasta la zona del mercado de abastos y se dirigió al bar Guillermo con una idea fija en la cabeza. Cuando entró, el camarero lo recibió con un saludo.

—¿Puedo usar el teléfono? —preguntó, expectante. Todos los locales de hostelería tenían uno. Extrañado, el empleado accedió, entregándole el aparato inalámbrico—. Gracias, será un minuto. Es una urgencia.

—Lo que sea, inspector.

Rojo, que disfrutaba de una buena memoria, no vaciló en marcar el número interno del escritorio de la subinspectora Ripoll. Con el aparato pegado al oído, rezó para que se encontrara en su puesto.

—¿Sí?

—He visto por televisión que lo han metido en la cárcel.

—¿Rojo? —preguntó y bajó el volumen de la voz—. No puedes llamarme a este número, ¿no lo entiendes? No es el mejor momento para ninguno de nosotros...

—Necesito que me hagas un favor, Ripoll.

—De verdad, lo siento, pero no puedo.

—Tengo que hablar con él, por última vez. Juro que no volverás a saber de mí en lo que te queda de vida.

\* \* \*

Dos horas más tarde, el Toyota de la subinspectora Ripoll aparecía por una de las paralelas del Mercado Central. Rojo subió al vehículo y percibió la expresión molesta de su compañera. El viaje al Centro Penitenciario de Focalent era corto, de apenas quince minutos, por lo que Rojo no tendría que lidiar demasiado con el interrogatorio de la policía.

—Gracias —dijo, cerrando con suavidad.

Ella no respondió y puso dirección al barrio de Benalúa para tomar la A-31 que los llevaba hasta la cárcel. Silencioso, Rojo procuraba mantener la compostura, mientras hacía un recuento de todas las cuestiones que tenía para su entrevistado. Por su parte, Ripoll se mostraba irritada, desconcertada por la llamada. Rojo entendía que la estaba poniendo en un aprieto profesional, pero ella era su único salvoconducto para entrar en la prisión y tener un último vis-a-vis con aquel psicópata.

—Todavía no me creo que esté haciéndolo —comentó ella, rompiendo el hielo—. Después de esto, estamos en paz, ¿entendido?

—Sin duda. No te lo pediría si no...

—Déjalo, Rojo, antes de que me arrepienta.

Él se mordió la lengua, tragándose lo que tenía que decir. Lo último que deseaba era que la subinspectora cambiara de parecer. Esperó unos segundos antes de regresar a la conversación.

—¿Cómo estáis llevando el asunto?

Ella lo miró con desdén.

—¿De verdad te interesa? ¿O preguntas para sentirte mejor?

—Te dije que te quedaras.

—Eso es lo que menos importa ahora... —contestó y dio un largo suspiro—. Tengo la impresión de que Pérez no está la altura. La exigencia del comisario es demasiado alta y el clima que hay en la oficina no es el mejor... Supongo que la presión y el agotamiento nos han vencido a todos.

Rojo hizo una mueca.

—Pasaré y se olvidará —contestó con tono paternal—. Piensa que ya tienen a la chica, al asesino en prisión y a su cabeza de turco. Las piezas del rompecabezas están sobre la mesa, tan sólo deben ordenarlas. Es una cuestión de tiempo, siempre lo es... La brisa fresca volverá a soplar de nuevo y el aire viciado se marchará a otra parte.

—No es necesario que te pongas tan poético.

—La historia es cíclica. Sé de lo que hablo.

Ella hizo una pausa y cambió el tono de voz.

—Parece que ni siquiera te afecte.

—Nada puedo hacer sobre aquello que está fuera de mi control. En estos momentos, pocas cosas me preocupan ya.

—¿Me vas a contar por qué quieres hablar con él?

Rojo tragó saliva.

—Lo sabes de sobra, Ripoll. De lo contrario, no habrías venido a mi encuentro. ¿Realmente necesitas oírlo en voz alta?

—Me ayudaría a sentirme menos culpable.

Cuando llegaron a las inmediaciones de la prisión, la subinspectora aparcó cerca de la entrada, junto a un pequeño jardín de vegetación y palmeras, y apagó el motor. Antes de bajar del vehículo, tuvo unas últimas palabras con el inspector.

—¿Sabes, Rojo? Creo que tus intenciones son buenas, pero has tomado el camino equivocado durante muchos años —explicó—. De veras, antes de que comentes, no te juzgo, nunca lo he hecho. Tan sólo te digo lo que pienso, aunque esto también te resbale..., es a mí a quien le da igual. Necesitaba soltarlo, decírtelo antes de que te esfumes como una mota de polvo.

—Aprecio tu sinceridad —dijo él, fingiendo interés.

—Sabía que dirías eso... —respondió, decepcionada—. Quizá me acusen de haber cometido una falta grave por hacerte este favor, pero me da igual. Creo que tienes derecho a llenar ese vacío que aún te corroe por dentro, después de tantos años. Eso es todo.

Salieron del vehículo, entraron en la fortaleza de Foncalent, un enorme complejo de ladrillo, con forma poligonal y compuesto por varios módulos de forma rectangular, protegido por una doble valla de alambre y bajo la supervisión de la árida sierra de montañas que quedaba atrás. Cuando pasaron el protocolo de alta seguridad, se identificaron ante uno de los funcionarios para solicitar que se presentara el director del centro. Minutos más tarde, tras una breve explicación de los motivos de su presencia, los dos agentes, acompañados por otros dos guardias jurado, siguieron los pasos del director hasta la zona de visitas. No era la primera vez que Rojo pisaba un

centro penitenciario, aunque se dio cuenta de que sí lo era para Ripoll. La primera vez nunca se olvida y el olor a humedad, a desinfección, a vidas quebradas, a miedo y a supervivencia, se impregna en la piel como una masa viscosa y desagradable.

—Esperen aquí un momento —dijo el director, deteniéndose frente a una doble puerta que daba al salón donde se realizaban las visitas—. Como comprenderán, confío en su palabra y entiendo que es su trabajo, pero no puedo darles más de quince minutos. El sujeto acaba de llegar y comienzan a correr los rumores de las razones por las que está aquí. No deseo más problemas, ¿me entienden?

—Agradecemos mucho lo que ha hecho por nosotros —respondió Rojo—. Quince minutos serán suficientes.

—Gracias —dijo y le dio una indicación a uno de los guardias—, el reo está listo y a la espera, así que ya pueden ir a su encuentro.



Rojo cruzó la doble puerta, dejando atrás a la subinspectora y al director de la prisión. El guardia siguió sus pasos varios metros por detrás, asegurando que no sucediera nada. La sala estaba vacía, la luz iluminaba las mesas y, al fondo, sentado en un rincón y vestido con las mismas prendas con las que había sido detenido, Arpones lo miraba en silencio, como si aguardara aquel momento desde hacía tiempo. Cuando el inspector se dio cuenta de las intenciones del guardia, le agradeció su protección y le pidió que se mantuviera alejado de la mesa. No había lugar para terceros en la conversación que estaban a punto de entablar. A regañadientes, el guardia reculó.

—Si ocurre algo, será su responsabilidad —advirtió y retrocedió hasta la entrada.

Con movimientos lentos, Rojo se sentó en la silla sin desviar la vista de su interlocutor y sacó un paquete de Winston. De la cajetilla extrajo un cigarrillo arrugado y se lo ofreció al hombre que tenía delante. Éste lo aceptó, poniéndoselo entre los labios. Rojo acercó un mechero, atento a lo que pudiera suceder, y prendió la punta del cigarrillo. El sujeto dio una placentera bocanada y expulsó el humo.

—Supongo que tendré que olvidarme hasta de fumar... —comentó, contemplando la nube que se formaba en el aire—. Esta vez ha sido más rápido, inspector. Es curioso... Para algunas cosas, sí que se da prisa.

—Me voy a alegrar viendo cómo te pudres aquí dentro. No es el lugar más idílico para pasar el resto de tu vida. Te resultará complicado hacer amigos.

El asesino soltó una carcajada que formó un eco en la sala.

—Es usted increíble... —dijo y dio otra profunda calada—. No se da por vencido, ¿verdad? Aunque la partida haya terminado en tablas.

—Nunca existió ninguna partida.

—¿Cómo que no? —cuestionó, arqueando una ceja—. Usted ha conseguido lo que quería... y yo también. ¿Qué hará ahora, Rojo? He logrado mi cometido. Está acabado como policía y pronto descubrirán quién es la persona que hay tras esa placa, si es que aún la conserva.

—Corta el rollo. No he venido a darte ninguna satisfacción.

—¿Acaso cree que no sé por qué está aquí? —cuestionó desafiante. Rojo se esforzaba para no ahogarlo con sus propias manos—. Tengo la respuesta a sus preguntas y usted aún puede hacerme un último favor.

—¿Yo? Creo que te has equivocado todo este tiempo... El único favor que puedo hacerte es impedir que te atraviesen el hígado antes del juicio.

—No, nada de eso, hay algo que aún debe hacer por mí, un asunto muy pequeño, pero... está bien, me siento tranquilo. No tengo mucho que perder y usted tampoco, así que no voy a hacerle esperar por más tiempo. Al fin y al cabo, todos tenemos derecho a un purgatorio. ¿Realmente desea saber dónde está Elsa?

Cuando pronunció el nombre de su expareja, Rojo sintió un latigazo eléctrico que le recorrió la columna vertebral. De pronto, le sudaban las manos a causa de los nervios y el corazón le latía a toda velocidad.

—Te escucho.

—Espero que sea fuerte porque, lo que va a oír, sospecho que no será de su agrado... —dijo, apagando la colilla en el suelo con un pisotón. El guardia carraspeó a lo lejos, advirtiendo de que el tiempo de la visita llegaba pronto a su fin—. Aquellos fueron muy interesantes para todos... Usted se enamoró de quien no debía, en un momento complicado de su vida. Elsa, por llamarla por alguno de los diversos nombres que ha utilizado a lo largo de estos años, nunca le amó. El hecho de que tuviera un hijo suyo no significa nada. ¿Sabe cuántos abortos sufrió antes de que lo conociera?

Rojo desconocía si aquella era una provocación o estaba contándole la verdad. Sabía que Elsa había formado parte del harén de su hermano y, por consecuencia, también habría caído en las garras de ese sádico, pero era tarde para hacer más sangre del pasado. Mentira o no, escuchar lo que decía, le dolía en las entrañas.

—¿Dónde está?

—Coincidí con su pareja hace un año, en un hotel de Dénia. Había dejado a los Hermanos del Silencio. No parecía ella y tampoco lograba recordar nada de los años anteriores. ¡Ni siquiera me reconoció! Sin duda, el lavado de cerebro que le hicieron en esa secta surtió efecto... Esa noche, su nombre era Florencia y trabajaba como escort de lujo para una agencia que regentaban unos finlandeses. ¡Qué cosas! Jamás olvido una mirada, así que imagine la sorpresa al verla en la puerta de mi habitación. Me provocó tanto morbo saber que era ella, que hasta pensé en matarla y todo... pero decidí disfrutar del servicio por el que había pagado. Después de hacerlo, comenzó a hablarme de un novio que tuvo. De primeras, no le di demasiada importancia... Supuse que era parte del guión que usan todas las fulanas para empatizar con el cliente, pero entendí que hablaba de usted cuando me dijo que nunca se olvidaría de aquel policía...

—Eres un cerdo y un enfermo.

—¡Eh! No me juzgue, sólo pretendía divertirme... —dijo, escudándose en su relato—. Aquella noche tuve una epifanía y decidí encargarme de usted. Puede que fuera el polvo que echamos o la reminiscencia del pasado, qué se yo... Por desgracia, como era de esperar, intenté contratarla de nuevo, a través de la agencia, dos meses más tarde, pero me dijeron que Florencia ya no trabajaba allí. En aquel momento me arrepentí de no haberle preguntado más sobre usted, pero hoy ya me importa un carajo.

—¿Qué agencia era?

—Eso le costará un favor.

—Dame el nombre de la maldita agencia y déjate de tonterías.

El sujeto metió la mano en el bolsillo y sacó una nota de papel doblada.

—Sé que me toma por un pedazo de basura, que es incapaz de ver más allá de lo que le hice a esas chicas... Jamás entenderá por qué me he convertido en lo que soy, tendría que comprender mi infancia y la de mi hermano. Usted no es el único que carga con los demonios del ayer, pero no es el momento ni el lugar para hablar de ello. También sé que no le interesa escuchar mi historia... —dijo, tapó la nota con la mano y la colocó en el otro extremo de la mesa—. No obstante, eso no me ha impedido amar a alguien de verdad, como usted amó a Elsa, como muchas otras personas se desviven por otros. Sé que no me sacaré de aquí, aunque nente

convencerme de lo contrario..., pero sí que puede hacer algo que me ayudará a dormir más tranquilo entre barrotes... Entréguele un mensaje a Luisa Valverde, es todo lo que demando.

Impasible, Rojo miró su mano, a escasos centímetros de él, sujetando el trozo de papel.

—¿Y por qué cree que iba a hacerlo?

—Hágalo, como última voluntad —dijo, confiado—. Vuelva a mí cuando lo tenga y le diré el nombre de la agencia para la que trabajaba Elsa.

Rojo llenó los pulmones con impotencia. La tentación era fuerte y peligrosa, a sabiendas de que caería en su maquiavélico juego.

—Necesito una garantía.

—La tengo aquí, en este papel —señaló—. No está solo, hay alguien más que tiene interés por meter las narices donde no le llaman, un periodista... Él no lo sabe todavía, puede ayudarle a encontrar una respuesta. Le aseguro que está entrando en un lago de cocodrilos.

Tras reflexionar unos segundos, agarró la nota y se la guardó en el bolsillo. El asesino sonrió, calmado y con la mirada relajada.

—Estábamos enamorados como adolescentes. Dígale que la amo de verdad y pídale que venga a verme. Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad.

Rojo sintió los pasos del guardia acercándose a la mesa. Se puso en pie y miró por última vez al sujeto.

—En eso, difiero. Todos... no.

Cuando le dio la espalda, recorrió la sala vacía como si fuera un corredor sin fin. Necesitaba escapar de allí. El aire se había vuelto más difícil de respirar.

—Una última cosa, inspector... —dijo el preso, desde la mesa, elevando la voz. Rojo y el guardia detuvieron el paso. Al girarse, encontró un rostro diferente, una expresión familiar, la misma mirada enfermiza del hermano—. Elsa está muerta, pero no fui yo quien la mató...

La respuesta del inspector fue tan obvia, que los enormes brazos del guardia jurado se anticiparon a sus movimientos, inmovilizándolo como si fuera una serpiente para que no corriera hacia el asesino, sacándolo de allí antes de que cometiera una insensatez.

Existen momentos en la vida en los que abrazar la verdad, no es más que una decisión personal. Aunque los hechos carezcan de subjetividad, el modo en el que se perciben siempre es diferente en cada sujeto. Los padres de Rocío Quirant aceptaron que su hija no volvería a cruzar el pasillo de su vivienda, ni a sentarse los domingos a la mesa para comer el arroz a banda que su madre preparaba con cariño. El matrimonio Quirant se abrazó a una espinosa verdad, aceptando que la luz no volvería a entrar por la ventana del dormitorio de la joven. Juntos y de la mano, los Quirant estaban dispuestos a cruzar el doloroso camino que les quedaba de por vida. Por el contrario, nadie ponderó la idea de que Luisa Valverde apareciera sin vida. La presión mediática era tal que nadie estaba dispuesto a bajar a los infiernos hasta que no existiera otra evidencia. La peor parte se la llevó Tamara Sempere, cuyo nombre, diez años después salía a la luz removiendo los fantasmas enterrados. Las personas son seres de costumbres, de hábitos, así como de adicciones. Sin embargo, no existe mayor dependencia que la de la fe, la de la esperanza ciega, la de la creencia de que, algún día, la espera y el sacrificio habrán merecido la pena. En la última década, Rojo se había enganchado a una idea que sólo existía en su cabeza, un pensamiento que, con los años, había moldeado a su antojo, volviendo la objetividad de los hechos, cada vez más y más opaca. ¿Le había contado aquel hombre la verdad?, se preguntó, mientras el camarero del bar Guillermo rociaba con whisky el vaso de tubo de cristal. Era el primer trago y la tarde no había hecho más que comenzar. Tal vez sus palabras fueran las que llevaba tiempo esperando escuchar, pensó. No importaba si eran ciertas o no. Después de todo, Rojo había viajado hasta allí para encontrar una explicación verosímil que justificara sus actos. Elsa, su querida Elsa, seguía intacta en el recuerdo, con sus caricias, con el olor de su pelo rizado al despertar cada mañana entre sus brazos. Elsa, su amada y añorada Elsa, a pesar de sus imperfecciones, de su adicción a los estupefacientes y de la fragilidad mental que había servido de agujero para aquella secta, por muchos nombres que hubiera tenido a lo largo de los años, por muchos problemas que le hubiese causado estando con él, seguía siendo la madre de su hijo, el talismán que anunciaba que algún día volvería, para convertirse de nuevo, en la familia feliz que fueron durante un breve periodo de tiempo. Pero, a medida que el whisky calentaba el estómago y las palabras del asesino resonaban en su conciencia como un pasaje bíblico, algo en su interior le decía que, quizá había llegado la hora de quitarse la veda y rendirse ante lo evidente: Elsa no era la mujer que había idealizado durante su ausencia. Es cierto que el amor nace del vacío, así como los sentimientos afloran cuando la otra persona no está. Rojo había convertido su pérdida en una causa, en una meta a la que llegar y en una razón para seguir vivo. Había idealizado el amor como quien sueña con una creación perfecta. Que aquella mujer siguiera viva o no, era cuanto menos, irrelevante para el inspector. Elsa se había convertido en un dogma, en un sistema de creencias que aunaban todas las ideas que daban sentido a sus días, para que la luz del sol

entrara por alguna parte. A medida que entraba la tarde bañada en licor, los ladrillos del muro que lo cegaron durante tantos años, comenzaron a desmoronarse.

¿Ahora, qué?, se cuestionó, perdido, viendo cómo había absorbido el destilado, dejando el vaso lleno de hielo. Sin una causa por la que pelear, la lucha había terminado, y aquella confesión era la más dura de digerir.

Cuando el camarero se acercó a servirle el segundo trago, Rojo le hizo un gesto con la mano para que se detuviera. Entendió que lo suyo no era cuestión de soledad, de aguantar los golpes en silencio hasta caer derrotado, como había hecho toda su vida, sino de sentirse comprendido por fin. Necesitaba ayuda, hablar con quien no le juzgara por quien era ni por sus errores del pasado. Debía purgarse hasta desprenderse de ese petate, aunque fuera por una vez en la vida. Acto seguido, abonó la cuenta y abandonó el bar.

\* \* \*

Cuando llegó a la consulta de la doctora Galiana, encontró un montón de cajas de cartón apiladas junto a la recepción. No había rastro de la secretaria, ni tampoco de los muebles que decoraban la sala de espera. Cruzó la entrada, esperanzado, y encontró a la terapeuta sacando los últimos libros que quedaban en la estantería del despacho.

—¿Inspector? —preguntó la mujer, cuando advirtió su presencia. Desconcertado, se dirigió hacia ella—. Pensé que no volvería por aquí.

—¿Qué significa todo esto, doctora?

Galiana sonrió con tristeza.

—Ya lo ve, no hace falta ser un adivino... —dijo, apilando los manuales de psicología—. Me marcho, cierro la consulta.

—Pero, no puede ser... No ahora.

La mujer se encogió de hombros.

—Puse todo mi empeño en intentar que esto funcionara, pero supongo que los negocios no son para mí —explicó—. Hay que saber cuándo decir basta. ¿Qué hace aquí?

—Necesito una sesión con usted, la última.

—Rojo... —dijo ella, con un halo de tristeza en su tono de voz—. No tiene por qué preocuparse. Hice lo que me pidió y redacté un informe positivo... He leído las noticias sobre esa muchacha y soy consciente de la presión que ha tenido que soportar en los últimos días... No lo tome como un favor, creo que estaba pasando por una mala racha con mucho estrés. Todos lo hacemos.

—¡No! No puede marcharse —respondió desesperado.

Ante la reacción, ella dejó los libros, se colocó las gafas y lo observó atenta.

—Entiendo que no ha venido a despedirse. ¿Qué sucede?

—Quiero hablarle de ella, de Elsa. ¡Le pagaré su tarifa!

La doctora Galiana cerró los ojos, buscando la calma en su interior ante la desesperación del hombre que tenía delante.

—Inspector... Yo no hago magia, ni receto soluciones a quien viene a verme —respondió—. Podría escucharle durante horas, hablar acerca de lo que le atormenta, pero tengo la sensación de que, por mucho tiempo que pasara, nunca llegaría a contarme toda la verdad...

—Eso no es cierto.

—Llevo años tratando a diferentes perfiles de personas y sé con qué clase de paciente me enfrento cuando entra por primera vez por esa puerta... Usted no es como los demás agentes que han venido a visitarme. La mayoría tiene problemas comunes, de estrés, de presión... Conflictos cotidianos que no trascienden si se toma una buena decisión a tiempo. Sin embargo, usted esconde algo ahí dentro que va más allá de mis competencias y me temo que, por una cuestión de ética, no quiero cruzar ciertas líneas rojas.

—Vengo a hablarle sobre ella —sentenció, jugando una última carta para captar su atención.

La mujer bordeó el escritorio y se detuvo a escasos centímetros de él. El perfume que llevaba embriagó los sentidos del inspector. Después, sin esperarlo, se acercó a él y le regaló un abrazo. Las manos de la doctora tocaron la espalda de Rojo. No supo cómo reaccionar, quedándose paralizado por un instante. Entonces, sintió un alivio enorme que recorrió su cuerpo y toda la carga se desprendió de golpe. Los brazos de Rojo rodearon la espalda de la mujer con presión, entregándole una muestra de afecto sin más connotación que la del agradecimiento. Cuando la doctora se separó de su cuerpo, lo agarró del brazo y clavó sus ojos en él.

—En ocasiones, un abrazo es más poderoso que cientos de horas de terapia —respondió, regalándole una sonrisa maternal—. En estos momentos, es la ayuda que puedo ofrecerle, pero estoy convencida de que saldrá adelante... Le mentiría si dijera que todos lo hacemos, aunque usted es un superviviente y sé que lo hará.

—Doctora...

—Le recetaré algo que será más útil que cualquier medicamento —dijo, cortándole las palabras—, el perdón. Acepte el pasado, acéptese a sí mismo, sin buscar más explicaciones, porque en esta vida, no todas las preguntas tienen respuesta, y perdone... Aprenda de las experiencias que la vida le ha dado, porque es ahí donde reside la sabiduría de cada persona... Puede que mis palabras carezcan de sentido ahora, pero sé que en el futuro las comprenderá. Aprenda de lo que ha sufrido, para no cometer el mismo error cuando la oportunidad se presente de nuevo.

Aquella fue la última vez que vio a la doctora Galiana. Como a él, la terapeuta iniciaba una etapa en busca de otro porvenir. Rojo pasó los siguientes dos días haciendo el escaso equipaje que tenía. Con el dinero en metálico que le quedaba, se compró una motocicleta BMW negra, de un particular que encontró en internet. Le gustaba el sonido que hacía al rugir el motor. Se sentía libre, como nunca antes se había sentido. Se disponía a dejar Alicante y emprender una nueva aventura hasta que las aguas se calmaran, cuando esa misma mañana, dos hombres aparecieron por la puerta del domicilio. Confundido, comprobó por la mirilla antes de abrir. Para su sorpresa, eran dos policías vestidos de uniforme. Una señal que le sentó como un tiro en la pierna. Sabía que el momento llegaría, pero no que Marchirant se hubiera apresurado tanto. Subestimó a ese cretino. Compungido, giró la llave y recibió a los agentes.

—Buenos días —dijo, mirándolos con cautela, estudiando sus gestos para entender de qué iba todo aquello.

—Inspector —respondió uno de ellos, sujetando en su mano un sobre blanco, sellado—. Nos han enviado para entregarle esta carta en persona. Debido a que su teléfono permanece fuera de servicio y no había forma de contactar con usted, no nos ha quedado otro remedio que venir a su domicilio.

Rojo no entendía nada y temió el peor de los finales. El corazón se le atragantaba.

—Claro —dijo, expectante. El hombre le hizo la entrega y Rojo recogió el sobre—. ¿Algo más, agentes?

—El inspector jefe Pérez le manda saludos. No estaría de más que dispusiera de una línea telefónica en la que localizarle. La necesitará en el futuro.

—Gracias por el consejo.

—Que tenga un buen día —contestó y la pareja de policías desapareció de la entrada del piso.

Cerró con desconcierto, intrigado por el contenido del sobre. El envoltorio no llevaba ningún sello oficial, lo cual aumentó su curiosidad por aquel giro de los acontecimientos.

Se sentó en el sofá del salón, buscando un rayo de luz para leer con claridad, y sacó el folio plegado que había en el interior. La carta era breve, estaba escrita a mano con una estilográfica, y firmada por Ramón Valverde, el conocido diputado de las Cortes Valencianas. Los nervios le provocaron un temblor en las manos. Respiró hondo y comenzó a leer.

*Estimado inspector Vicente Rojo:*

*Si está leyendo esta nota, significa que el inspector jefe Pérez ha cumplido con su palabra, llevando a cabo el acuerdo en privado que realizamos hace unos días. Debido a los acontecimientos ocurridos, lamento no poder felicitarlo en persona como hubiera deseado, pero espero que entienda la delicada situación en la que me encuentro, sin mencionar los exigentes compromisos que debo mantener para no manchar mi imagen pública y política. A pesar del*

*trágico episodio vivido durante la última semana, deseo transmitirle mi agradecimiento por arriesgar su vida para salvar la de mi hija. Luisa fue consciente en todo momento de lo que sucedió y me confesó lo que hizo por ella y, por ende, por mí. Entenderá, como padre, que quien hiere a quien más amo en esta vida, también me hiere a mí. Y del mismo modo sucede, al contrario. No tenemos palabras suficientes para elogiar su labor durante el rescate.*

*Dicho esto, sin que sirva de precedente, me siento en deuda con usted y ojalá, a partir de ahora, así quede reflejado en el trato que reciba por parte de sus superiores. Lamento las discrepancias que haya podido sufrir en su entorno laboral, aunque espero que sean un hecho anecdótico del pasado.*

*Sin más, mis mejores deseos para el resto de su carrera. Ojalá tenga ocasión de conocerle en el futuro. El país necesita a más hombres como usted entre las filas.*

*Atentamente,  
Ramón Valverde.*



Rojo sabía de buena tinta la influencia que los favores tenían en la vida de las personas. Hoy por ti, mañana por mí, era una de sus frases predilectas. Los tiburones no sólo guardan una carta bajo la manga para las ocasiones especiales, sino que suelen tener una baraja propia para que la partida juegue a su favor. Como en una timba de póquer, no siempre gana quien mejores cartas tiene, ni tampoco el que más arriesga, y aquel sobre demostró que Marchirant, ansioso y absorbido por sus ambiciones para salir de Alicante y trasladarse a Valencia en volandas, quedaba fuera de juego, eliminado en la primera ronda, con un resultado peor del que jamás hubiera imaginado.

Los extraños e inesperados cambios en los eventos golpearon con fortuna la carrera del inspector. Tras el cierre del caso de Arpones, la investigación de Asuntos Internos se cerró sin pruebas concluyentes que demostraran la corrupción del policía. Por otro lado, Rojo regresó a la Brigada de Homicidios de la comisaría de Alicante, no sólo como inspector. El presuntuoso ascenso a inspector jefe que Marchirant y Pérez le habían prometido, fue el toque de gracia para convertirlo en un héroe. Desconocía la influencia de Valverde sobre la camaradería policial, pero no invirtió ni un segundo en cuestionar la moral de sus actos. Quid pro quo, pensó, dejando en tablas su intercambio de favores.

Él había salvado a su hija y el político, a cambio, se había encargado de mantener su vida fuera de peligro.

El comisario Marchirant desapareció con un repentino cambio de destino hacia tierras manchegas, de donde originalmente era la familia de su esposa. El reemplazo del superior llegó como un sol brillante y esplendoroso a las dependencias policiales. Para más inri, Rojo recibió el despacho de su antecesor, el inspector Andrés Botella, fallecido algunos días antes en pleno servicio. Como antaño, volvía a gozar de la privacidad de una puerta cerrada, aunque no sería lo mismo sin el gruñón de Gutiérrez merodeando en su vida.

Dejó una caja de pertenencias en el escritorio, pasó el índice sobre la madera y se percató de la cantidad de ácaros que habitaban en el despacho. De pronto, alguien tocó a la puerta. Era la subinspectora Ripoll.

—Inspector Rojo, bienvenido —dijo la subordinada, con una sonrisa cálida de complicidad—. ¿Puedo hacer algo por usted?

En ocasiones, la vida nos regala momentos dulces y efímeros, que hay que saber aprovechar. Rojo no era un gran lector de la prensa, debido a su aversión a los periodistas, pero aquel precedente no era motivo para reconocer que le relajaba leer lo que ocurría a su alrededor.

—Sí, claro. ¿Podría tener la prensa de hoy?

—Por supuesto —dijo Ripoll, desapareciendo de su vista por unos segundos, para regresar con un ejemplar de Las Provincias—. Aquí tiene.

—Muchas gracias —dijo, sujetando el periódico doblado, y volvió a su mesa. Puso la caja a un lado, se sentó y lo abrió de par.

Ojeó los titulares por encima, cuando se topó con la fotografía en blanco y negro. En ella aparecía un apuesto, aunque delgado reportero con gafas de sol y aspecto de sinvergüenza, que llamó su atención. Leyó la noticia. El periodista había resuelto una trama de corrupción universitaria, a raíz de la muerte de uno de los candidatos a rector en la Universidad de Alicante. Entonces sacó la billetera y extrajo el trozo de papel que el asesino le había entregado. El apellido concordaba con el del titular y se acordó de la conversión en el presidio.

—Caballero... Por fin te pongo cara.

Durante unos segundos, estudió el rostro de aquel tipo y cerró las páginas del periódico. Luego reflexionó sobre las palabras de la doctora Galiana.

Puede que hubiese llegado el momento de aceptar algunas cosas y de perdonarse a sí mismo para no cargar con los errores del pasado. Pero si algo tenía claro, era que no iba a descansar hasta encontrar a la persona que había arruinado la vida de Elsa, porque, como había dicho Valverde, cuando hieren a quienes amamos, también nos hieren a nosotros.

# Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 con la novela El Doble. **Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.**

Ha escrito otras obras como:

## **Serie Gabriel Caballero**

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[El Doble](#)

[La Idea del Millón](#)

[La Dama del Museo](#)

[Todos los libros...](#)

## **Serie Don**

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

[Silencio](#)

[Rescate](#)

[Invisible](#)

[Origen](#)

## **Serie Dana Laine**

[Falsa Identidad](#)

[Asalto Internacional](#)

[Matar o Morir](#)

**Serie Rojo**[Rojo](#)[Traición](#)[Venganza](#)[Desparecido](#)**Trilogía El Profesor**[El Profesor](#)[El Aprendiz](#)[El Maestro](#)**Otros:**[Motel Malibu](#)[Sangre de Pepperoni](#)[La Chica de las canciones](#)[El Círculo](#)[Perseguido](#)[El Misterio de la Familia Fonseca](#)

Contacto: [pablo@escriptorfantasma.com](mailto:pablo@escriptorfantasma.com)

[Eescriptorfantasma.com](http://Eescriptorfantasma.com)